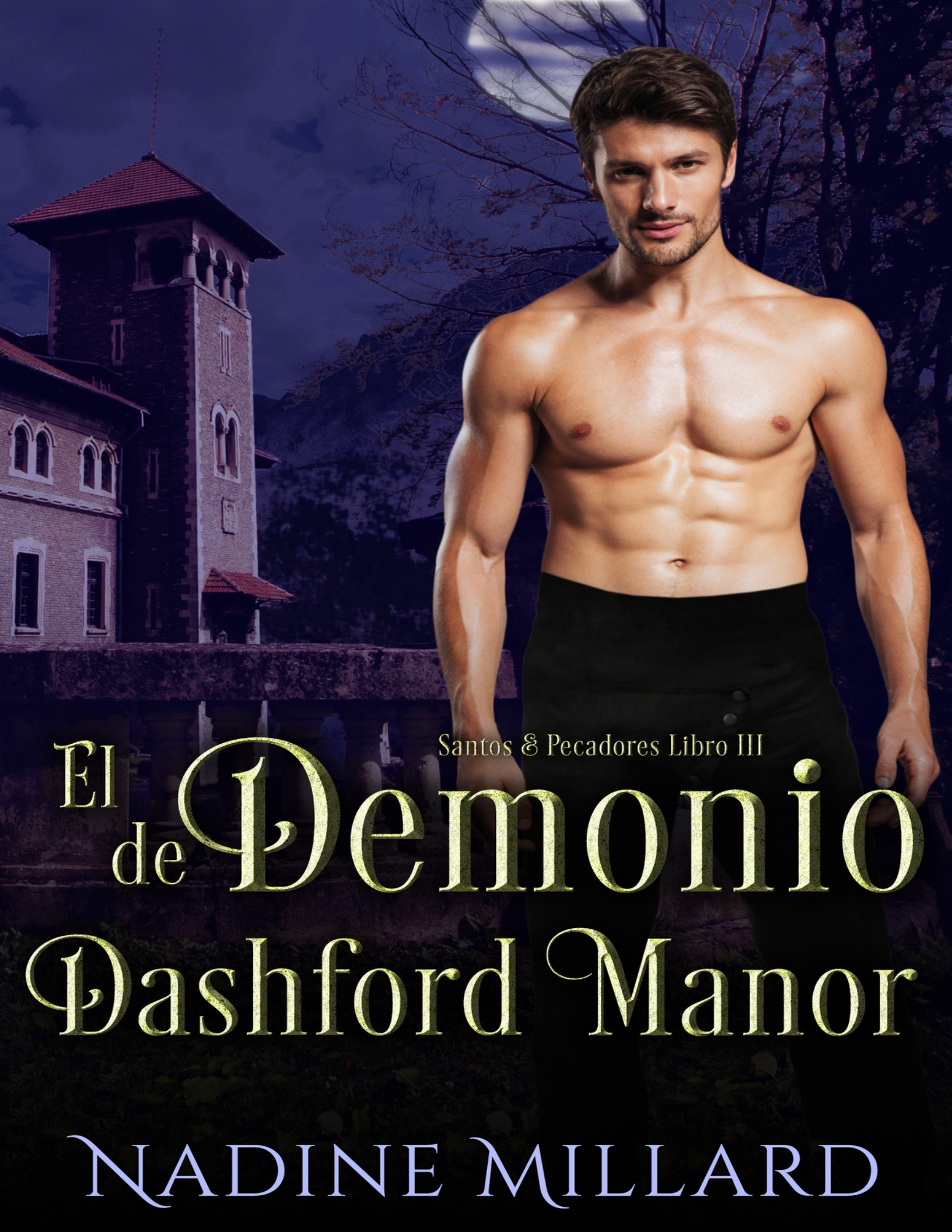


Santos & Pecadores Libro III

El Demonio de Dashford Manor

NADINE MILLARD

EL DEMONIO DE DASHFORD MANOR

Por Nadine Millard

CONTENIDO

El Demonio de Dashford Manor
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Veinte
Capítulo Veinte
Capítulo diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Epílogo

PRÓLOGO

“Debes entenderlo, Simon. Si no guardas este secreto, tu padre podría enviarnos lejos. O podría enviarme solo a mí, y entonces nunca me volverás a ver.”

Simon Taft miraba con los ojos muy abiertos a su madre, mientras su mirada, tan oscura como la suya, lo penetraba.

Con solo nueve años, no entendía completamente cuál era el secreto, aunque le provocaba un nudo incómodo en el estómago.

Todo lo que sabía era que su madre había estado besando al señor Finch, y que cuando ella lo había visto mirándolos, lo había arrastrado fuera del pabellón donde estaban y lo había llevado a su sala de estar.

Había estado allí de pie durante una eternidad, escuchando a su madre primero reprenderlo por espiarla, aunque él la había encontrado por accidente, y luego suplicándole que nunca, nunca le contara a su padre, el conde de Dashford.

Sabía que estaba enojado con ella. Besarse era asqueroso de todos modos, pero incluso a su corta edad sabía que la condesa no debería estar besando al maestro de establos. Y eso hacía que lo que había visto fuera aún peor.

La gente a menudo hablaba del conde de Dashford y de cuánto amaba a su esposa. Cómo la adoraba y le daba todo lo que ella pudiera desear.

Simon nunca había pensado mucho en si eso era verdad o no. En lo que a él respectaba, el conde y la condesa eran solo su madre y su padre. Nunca pensaba en su matrimonio, ¿qué niño lo haría? Ahora, sin embargo, se veía obligado a pensar en ello. Incluso a su joven e inocente edad, sabía que Papá sería miserable si supiera lo que Simon había visto.

Además, aunque estaba enojado con Mamá, aunque su estómago se retorcía con una sensación de incomodidad que no podía entender del todo, no quería que la llevaran lejos para siempre. Ella no era tan amable como Papá. No jugaba con él ni le prestaba mucha atención. Pero era su madre, y si la enviaban lejos, apenas la vería.

La condesa estaba arrodillada frente a él para que sus ojos estuvieran al mismo nivel, y sus manos apretaban las de él tanto que le dolía.

“Bueno, Simon,” preguntó ella.

¿Qué elección tenía?

“No diré nada, Mamá,” susurró infeliz.

El alivio inundó los ojos de su madre y lo abrazó brevemente y con fuerza.

“Buen chico,” dijo bruscamente antes de ponerse de pie y sacudir sus faldas color burdeos. “Ahora, dejemos todo esto atrás y no hablemos nunca más de ello.”

Sin decir otra palabra, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Simon sabía que su madre estaba equivocada al hacer lo que hizo. Sabía que estaba mal pedirle que guardara un secreto así.

Una rabia infantil y latente de repente burbujeó a la superficie.

Estaba indignado en nombre de su padre. ¿Cómo se atrevía ella a tratar a Papá de esa manera? Durante años, la gente había alabado al Conde y a la Condesa de Dashford como ejemplos de un matrimonio perfecto, feliz y respetable.

Bueno, si eso era respetabilidad, Simon no quería tener nada que ver con ella.

CAPÍTULO UNO

“Tu primo es tan estable, tan responsable.”

Simon Taft, conde de Dashford, apretó los dientes mientras su madre hablaba efusivamente sobre el Taft preferido.

Su primo Eugene había estado destacándose en el mundo académico, y ahora era elogiado como una especie de genio en la Real Sociedad.

Acababa de publicar un artículo sobre algo que Simon no entendía y le importaba aún menos.

“Vino a visitarnos, ¿sabes? Mientras estabas en Avondale.”

La Condesa Viuda de Dashford parecía empeñada en hacer que Simon hablara de cosas en las que no tenía ningún interés.

Cuando ella hacía esto, actuando virtuosa y juzgadora, le daba ganas de rechinar los dientes.

Todo, desde la forma en que se sentaba, la censura apenas oculta en su tono, las no tan sutiles inhalaciones piadosas mientras miraba su corbata arrugada y su chaqueta desordenada de la noche anterior, gritaba decepción.

Solo una vez, Simon querría gritarle también. Si él era una decepción, ¿qué era ella?

Aun así, no lo haría. No la confrontaría. No por su duplicidad. No por su comportamiento cuando su padre estaba vivo.

Dejaría que se sentara en su hipocresía, sintiéndose superior. Dejaría que señalara las numerosas faltas de Simon, su desempeño menos que estelar como conde y como hijo.

De cualquier manera, no le prestaba atención.

Simon nunca había confrontado a su madre sobre su comportamiento pasado. Después de ese día, no la había vuelto a ver actuar de otra manera que no fuera completamente correcta. Por supuesto, él había ido a Eton y luego a Oxford. También había tenido su Gran Tour.

Por lo que Simon sabía, la condesa había continuado su aventura. Quizás varias.

Nunca había sido capaz de preguntarle. Había considerado confrontarla varias veces. Incluso había considerado decirle a su pobre y crédulo padre más de una vez.

Pero el conde se había enfermado cuando Simon terminó Oxford y había languidecido lentamente durante años.

En los últimos años de la vida de su padre, habría sido cruel romperle el corazón de esa manera.

Y así, Simon había ascendido a su título, manteniendo el sucio secreto de su madre y enfureciéndose en silencio sobre cómo ella podía sentarse allí reprendiéndolo por sus acciones cuando las suyas habían sido menos que estelares.

“Hubiera sido tan agradable si hubieras vuelto a tiempo para despedirlo. Estaba decepcionado de que no pudieras hacerlo.”

Simon cerró los ojos y contó hasta diez antes de responder. Habría rezado por paciencia, pero dada la forma en que había vivido su vida durante los últimos diez años, Dios seguramente lo habría abandonado ya. No se había ganado el título de Diablo de Dashford por nada.

“Como te dije, Madre, me necesitaban en Avondale. La familia de James estaba en peligro, y tuve que quedarme más tiempo del esperado. No recibí tu mensaje hasta el día de la boda de James, y no me lo habría perdido.”

“¿Ni siquiera por tu familia?”

“James es mi familia,” respondió Simon mordazmente. “De todos modos, Eugene volverá en un mes. No es una expedición épica.”

Era verdad. James, Nicholas y Robert eran la familia que había elegido, no la que le había tocado.

La condesa viuda simplemente resopló su desaprobación. No es que desaprobara a James, por supuesto. Nadie lo hacía. El Ángel de Avondale era el opuesto de Simon en todos los sentidos imaginables. No solo en apariencia; el cabello dorado y los ojos azules de James contrastaban directamente con el cabello y los ojos marrones de Simon, tan oscuros que bien podrían ser negros.

Pero James era bondad y luz. Exudaba encanto y amabilidad.

Simon era todo lo oscuro y pecaminoso.

Eso no le ganaba muchos admiradores entre las patronas de la sociedad, pero ciertamente le conseguía muchas mujeres.

“¿Piensas pasar algún tiempo aquí en Londres o volverás a Dashford Manor?” preguntó su madre ahora, cambiando de tema misericordiosamente.

Si Simon tenía que escuchar más elogios efusivos sobre Eugene o comentarios directos sobre su propio comportamiento, su resaca sería mucho peor de lo que ya era.

La Temporada había terminado, aunque siempre había diversión en Londres. Siempre había algún entretenimiento en la Ciudad. Probablemente más sin los ojos fisgones de las matriarcas de la sociedad observando todo y arruinando la diversión.

“No he decidido,” respondió ahora, moviéndose para servirse una bebida e ignorando otro resoplido de desaprobación. “¿Cuáles son tus planes?”

“Volveré a la Mansión,” dijo la viuda. “Había planeado irme a finales de semana y me preguntaba si te unirías a mí.”

¿Por qué preguntaba?

¿Se preguntaba si Simon estaría allí para vigilarla?

No lo haría, por supuesto. Ella era viuda ahora y podía hacer lo que le plazca.

Con solo cuarenta y nueve años, su madre seguía siendo una mujer atractiva. Si quería acostarse con cada mozo de cuadra de Londres a Edimburgo, podía hacerlo.

Pero, por supuesto, había que mantener esa reputación impecable y sin tacha.

¿Cómo podría obtener la simpatía de la sociedad por tener un hijo tan depravado, si no mantenía las apariencias de la viuda dedicada?

“Te avisaré cuando decida,” murmuró.

“La señora Trimble nos visitó mientras estabas fuera, también.”

La cabeza de Simon comenzó a palpitar aún más.

Sabía a dónde iba esto.

“¿Realmente?” preguntó, asegurándose de mantener su tono desinteresado.

“Sí, con su hija Penelope. Qué joven tan encantadora es. Tan refinada. Tan reservada.”

Tan aburrida.

Simon no sabía por qué los intentos obvios de su madre de emparejarlo lo molestaban más hoy que de costumbre.

Quizás era porque sabía que estaba envejeciendo y se consideraba su deber continuar la línea, engendrar el heredero y el suplente requeridos.

No había habido suplente para el padre de Simon, pero una hija que se había casado con un príncipe ruso había sido una compensación suficiente.

Quizás era que dos de sus amigos más cercanos se habían casado recientemente, dejando solo a él y a Nicholas, el duque de Barnbury, solteros.

La boda de James con Senna Baker, la tía de la sobrina huérfana de James, había sido inesperada, dado que él no había conocido la existencia de Senna o su sobrina Poppy hasta hace poco.

Pero incluso Simon con su cinismo podía ver lo enamorados que estaban, lo feliz que estaba James de haberse casado.

Y le gustaba la nueva marquesa de Avondale. Se alegraba por su amigo de que hubiera encontrado a alguien con quien compartir su vida.

La condesa viuda seguía hablando de las muchas y variadas virtudes de Lady Penelope, pero Simon había dejado de escuchar en cuanto se mencionó el nombre de la dama. En su lugar, permitió que sus pensamientos divagaran.

Robert, el duque de Montvale, había sido una sorpresa mayor. Mucho mayor.

Simon siempre había supuesto que Robert, apodado el Monstruo de Montvale Hall por aquellos que le temían, tenía un alma tan negra como la suya y, por lo tanto, estaría a salvo de las garras del amor.

Pero Rob había echado un vistazo a la prima americana de James, Abigail, y había caído. Duro.

Estaban igual de enamorados que James y Senna. Igualmente nauseabundos para estar cerca.

Simon no creía en la institución del matrimonio. No confiaba en las mujeres. Las disfrutaba, las trataba bien, le gustaban muchas de ellas bastante. Pero no confiaba del todo en ellas.

Sin embargo, tenía que admitir que era difícil creer que Senna o Abigail engañarían a sus respectivos esposos. Solo había que verlas desmayándose y alabando a sus cónyuges para saber cuán enamoradas estaban.

Independientemente de los pros y contras de la institución, sin embargo, sus amigos habían caído en la trampa del párroco, y ahora solo quedaban Simon y el santo Nicholas.

Simon sabía que Nicholas pasaría el resto del año en Londres. Rara vez, si acaso, regresaba a su residencia en Irlanda. El ducado tenía un alcance prominente y Nicholas podía manejar sus variados asuntos en la Ciudad tan fácilmente como en cualquier otro lugar.

La verdad sea dicha, Simon no sabía a qué se dedicaba Nicholas la mayor parte del tiempo. Lo que fuera, seguro era constante y adecuado. Aburrido, en otras palabras.

Nicholas era un buen amigo, sin embargo, y su compañía sería mucho más entretenida que escuchar los intentos de emparejamiento y las críticas de su madre.

La condesa todavía esperaba una respuesta a su charla insulsa sobre Lady Penelope.

Pues, no la obtendría.

"Voy a encontrarme con Nic en mi club", mintió Simon, dirigiéndose hacia la puerta.

"¿Eso es todo? ¿Es todo lo que dirás? ¿Qué hay de la fiesta de Lady Bellow esta noche? Prometiste que estarías allí, después de haber perdido la partida de Eugene", replicó la condesa.

El temperamento de Simon se encendió.

"Mis disculpas, Madre", escupió mientras se volvía hacia ella. "Estoy seguro de que el Santo Eugene habría hablado elogiosamente contigo sobre Lady Penelope y sus muchas virtudes. Sin embargo, yo no me quedaré a escucharlo. Si alguna vez me veo obligado a caer en la trampa del párroco, puedo asegurarte de que la mujer que elija será la más escandalosa, y la menos virtuosa que pueda encontrar".

Sin decir otra palabra, dio media vuelta y marchó hacia sus aposentos.

En cuestión de minutos se lavó, se cambió de ropa y salió por la puerta de nuevo.

Todo el camino hasta White’s, Simon ardía de rabia por el comportamiento piadoso de su madre. Ella era un ejemplo perfecto de la volubilidad del sexo femenino.

Pero había dicho lo que pensaba: si alguna vez se casaba, se aseguraría de encontrar a la novia más indigna que la sociedad hubiera visto jamás.

Después de todo, ¿no era él el Diablo de Dashford? Y solo una diablesa serviría.

CAPÍTULO DOS

Este podría no haber sido el mejor plan.

Miss Amelia Linchfield temblaba en sus botines de niña mientras vacilaba frente al imponente edificio ante ella.

Bajo la tenue luz del temprano otoño, la Royal Society se cernía sobre ella.

El problema no era el tamaño del edificio. No era particularmente grande en absoluto. Tampoco era que estuviera sola en las calles de Londres, salvo por su sufrida criada, Matilda.

El problema era que se estaba volviendo bastante cansador ser constantemente expulsada del lugar.

"Matilda", Amelia se volvió hacia su diminuta criada, frunciendo el ceño ante la mueca de desaprobación de la chica.

Matilda había estado quejándose abiertamente sobre el plan de Amelia toda la mañana. Eso no había cambiado la mente de Amelia, y tampoco lo haría una cara estampada en censura.

"¿Sí, señorita?", preguntó Matilda.

"¿Recuerdas lo que discutimos?", preguntó Amelia.

"Hablar de 'discutir' es exagerar un poco lo que realmente sucedió, lo admito." Amelia había expuesto su plan para colarse en las habitaciones del Sr. Eugene Taft, y Matilda había gritado y llorado y amenazado con contarle al padre de Amelia, Sir Walter. Después de una dulce taza de té, algo de súplica y la promesa de hacer la vista gorda cuando Matilda se escabullía para encontrarse con un mozo de cuadra, la criada accedió a ser una distracción.

Durante meses, Amelia había estado escribiendo al Sr. Taft. Su campo de especialización arqueológica era uno en el que no solo estaba interesada, sino apasionada.

Los documentos que publicaba sobre las tribus Pictas del norte eran geniales, y cuando anunció sus planes de viajar desde Londres a Escocia durante algunas semanas, Amelia tomó una decisión: quería formar parte de su expedición.

Y así, por primera vez en su vida, había expresado entusiasmo por viajar a Londres para la temporada.

Su madre estaba emocionada, pensando que su hija intelectual finalmente estaba lista para cazar a un hombre.

Su padre parecía un poco desconcertado por su repentino entusiasmo, pero como era habitual en él, no le prestó mucha atención, en cualquier caso.

Así que, aquí estaba.

La temporada estaba llegando a su fin, y no había recibido ni animado ninguna oferta de matrimonio.

A pesar de los intentos de Mamá, no había podido convencer a Amelia de cambiar su apariencia

o reír tontamente para atraer la atención de los dandis de la ciudad.

Amelia había venido por una razón, y solo una razón: conocer al Sr. Taft en persona y convencerlo de que ella, una mujer, se uniera a su expedición a las Tierras Altas de Escocia.

Sabía que sería difícil.

No sabía que sería imposible.

Ahora, aquí estaba, para su último y desesperado intento.

Pronto, su padre los trasladaría a todos a Nottingham, y Amelia no tendría más oportunidades.

Durante semanas había estado intentando ver al hombre.

Durante semanas, había intentado colarse en conferencias, dejar cartas, irrumpir en sus oficinas.

Nada funcionó. Al parecer, la Royal Society tomaba muy en serio la seguridad.

Lo peor de toda esta situación era que el Sr. Taft también había estado ansioso por conocerla, según sus cartas.

Habían discutido posibles sitios de excavación, los orígenes de dos tribus en las que él estaba particularmente interesado.

Él había especificado que le gustaría conocerla, si ella venía a Londres. En otras palabras.

"Realmente no creo que esto sea una buena idea, señorita", objetó Matilda de nuevo.

Amelia suspiró, rezando por paciencia antes de volverse completamente hacia la mujer más pequeña.

"No hay otra manera, Matilda. Tal como te dije."

"Pero, señorita, esto no se hace."

No, no se hacía.

La Royal Society nunca había admitido a una mujer como miembro. Y Amelia ni siquiera había logrado pasar del vestíbulo.

Aunque había explicado que había estado comunicándose con el ilustre Sr. Taft durante meses, incluso había sido invitada (en cierto modo) a visitarlo.

Técnicamente, nunca había mencionado que era mujer en sus cartas, cierto.

Pero, aun así, mujer o no, su mente, sus ideas, su intelecto eran igual de válidos.

¿Por qué debería importar que fuera de diferente sexo?

No debería. Pero sí importaba. Y como tal, no había podido acercarse al hombre. Y esta era su última oportunidad.

Él no había especificado una fecha para su partida, pero había dicho que sería al final de la temporada. Y este era el final de la temporada.

"De acuerdo. Vamos entonces", animó a la criada, ignorando la censura hablada en voz baja.

Agarrando a la chica del brazo, Amelia prácticamente la arrastró por los escalones y hacia la puerta.

"Ánimo, Matilda", la alentó, empujando sus gafas que se le resbalaban hacia arriba de su nariz, y entró barrida.

Esta vez, no sería frustrada.

***

“Bueno, eso podría haber salido mejor."

No habían pasado ni cinco minutos cuando tanto Amelia como Matilda fueron expulsadas sin ceremonia de las instalaciones.

Matilda estaba sollozando y lloriqueando de una manera muy molesta.

Realmente no era necesario.

"Oh, vamos, Matilda. No es para tanto."

"Si su madre llegara a descubrir lo que ha estado haciendo, señorita, perderé mi empleo", lloró la criada de cabello rubio.

"Cállate, Matilda. No diré nada si tú no lo haces."

"Pero si alguien nos hubiera visto, señorita..."

"Nadie que conozca a mi familia estaría cerca de un lugar de aprendizaje, te lo aseguro", respondió Amelia con ironía.

Y era verdad.

Su padre era un barón de medios modestos y de intelecto modesto, y su madre no se acercaría a un libro ni muerta si pudiera evitarlo.

"¿Podemos irnos, señorita?"

Amelia sintió una punzada de decepción ante la pregunta temblorosa de la criada.

Deberían irse.

Debían irse, dado que, una vez más, les habían negado la entrada a los sagrados salones de la Royal Society.

El falso desmayo de Matilda no había sido tan convincente, para ser brutalmente honesta. Afortunadamente, la chica no tenía planes de seguir una carrera en el teatro.

Amelia apenas había bordeado el cuerpo tendido de la criada cuando ese odioso portero que nunca parecía dejar el lugar la había descubierto.

El Sr. Taft seguramente partiría pronto, y perdería su oportunidad por completo.

Pero ¿qué podía hacer? Comenzaba a temer que la próxima vez que se presentara allí, tendrían a un policía esperándola para llevarla a la cárcel.

Sintiendo una abrumadora tristeza junto con una irritante sensación de fracaso, Amelia exhaló un suspiro.

"Está bien", accedió a regañadientes, empujando sus gafas hacia arriba. "Vámonos."

El humor de Matilda mejoró dramáticamente mientras se dirigían al carruaje que las esperaba, y ella no dejaba de parlotear sobre el vestido de Amelia para el baile de esa noche en casa de Lady Bellow. Aunque no sabía cómo la chica podía emocionarse tanto por metros de horribles volantes blancos, Amelia no tenía idea. Amelia nunca podría considerarse una experta en modas, pero incluso ella sabía que los vestidos que mamá había elegido para ella eran simplemente abominables. Mientras que Adeline se había preocupado lo suficiente por su vestuario como para armar un escándalo y exigir su opinión al respecto, Amelia no había prestado atención a lo que se elegía. Y ahora estaba atrapada con los vestidos.

Lady Bellow organizaba un evento anual de fin de temporada, y la mamá de Amelia y su hermana menor, Adeline, estaban desesperadas por asistir.

Amelia asistiría por compromiso y nada más.

Nadie, lo sabía, bailaría con ella. Nadie le hablaría de nada que le interesara.

Mientras Adeline era el centro de atención, Amelia sería olvidada en un rincón.

Lo cual estaba bien, en lo que a ella respectaba, considerando que su paciencia para estos eventos se estaba agotando rápidamente.

Pero iría como la obediente, ratonil e intelectual hija. Y pasaría la noche siendo ignorada y tratando de idear cómo llegar al Sr. Taft.

"Y todos estarán allí, dice la señorita Adeline. Todos los solteros elegibles que aún están en la ciudad. Así que es una buena oportunidad para conocer a alguien, señorita."

Amelia no había estado prestando mucha atención al parloteo de Matilda mientras se apresuraban por las calles de Londres, pero eso captó su atención.

Se detuvo y agarró a la criada.

"Por supuesto", murmuró, sus ojos verdes brillando detrás del cristal de sus gafas. "Todos estarán allí, Matilda", repitió.

Matilda primero pareció curiosa, luego suspicaz.

"Oh, señorita, ¿qué...?"

Pero Amelia ya había dejado de escuchar.

Miró a las bulliciosas calles de Londres. Pero en lugar de observar a los señores y damas que pasaban, a los vendedores ambulantes ofreciendo sus productos y a los niños corriendo aquí y allá evitando a las niñeras e institutrices, su mente estaba dando vueltas con un plan apresuradamente improvisado.

Si el esquivo Sr. Taft todavía estaba en la ciudad, entonces el baile de Lady Bellow sería el único lugar donde podría hablar con él.

Aunque solo se habían comunicado por carta y no sabía cómo se veía, salvo por una pequeña imagen en la parte posterior de uno de sus documentos, el Sr. Taft era miembro de una familia muy prominente. De hecho, primo del actual conde de Dashford. Amelia no prestaba mucha atención a las familias muy por encima de su propia posición en las cosas normales, y la verdad sea dicha, no sabía nada del condado de Dashford salvo que era bastante prominente.

Amelia nunca había conocido a un miembro de la familia Taft, su círculo generalmente era mucho más ilustre que el de la familia Linchfield.

Pero Lady Bellow era una vieja amiga de la señora Linchfield y, como tal, aseguraba una invitación cada año.

Solo podía imaginar que el Sr. Taft estaría tan aburrido e incómodo en una reunión así, como ella misma. Sin duda, se escondería en un rincón, tal como ella solía hacerlo.

¡Pero eso era perfecto!

Eso significaba que tendría una maravillosa oportunidad de hablar con él. De presentarse y defender su caso.

Si fuera del tipo tonta, Amelia incluso fantasearía que el Sr. Taft quedaría tan enamorado de ella

que se enamoraría instantáneamente.

Pero ciertamente no entretendría tales fantasías tontas e infantiles.

Por un lado, no estaba dada a ningún tipo de tontería romántica. Por otro, difícilmente era una Helena de Troya. Más bien se parecía a Helena, la vieja burra que tenían en su finca.

No, conocer al hombre y que él respetara y admirara su pensamiento, su cerebro, era realmente suficiente.

De repente, Amelia estaba esperando con ansias la noche que se avecinaba. Decidió que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

CAPÍTULO TRES

"Recuérdame darte una buena paliza cuando lleguemos a Gentleman Jackson's mañana."

Nicholas, el Duque de Barnbury, solo sonrió con esa serenidad que lo caracterizaba mientras Simon se desahogaba con él.

¿Qué le había hecho escuchar la razón y el sentido común de su amigo?

Simon originalmente no tenía ninguna intención de venir a este ridículo baile, pero una tarde en compañía del repulsivamente bueno y *responsable* Nicholas le había hecho sentir suficiente culpa como para arrastrarse a este evento sin sentido con los restos de la Sociedad educada que aún no habían abandonado la ciudad.

Aquí estaban las debutantes desesperadas que no habían logrado asegurar un matrimonio, y sus madres casi maníacas ahora con determinación.

Nunca había un momento más peligroso para un hombre soltero en Londres que el final de la temporada.

Le había explicado todo esto a Nic hoy cuando el otro hombre le había estado sermoneando sobre sus deberes familiares.

"Te dije cómo sería, ¿no?" Gruñó a un grupo de jóvenes que se acercaban, disfrutando del ensanchamiento de sus ojos y la palidez de sus mejillas mientras se alejaban rápidamente en otra dirección.

Eran como patitos, huyendo asustados.

Simon no solía fruncir el ceño a ninguna de las del sexo femenino. De hecho, se había ganado su reputación por hacer todo lo contrario. Pero esta noche no estaba de humor para levantar las faldas de una señorita coqueta, ni las esperanzas de una madre con intención de matrimonio.

"No te preocupes," dijo Nic con indiferencia, completamente a gusto, aunque parecía tan desinteresado en las ofertas de esta noche como Simon. "¿Por qué se molestarían con un conde cuando podrían atrapar a un duque?" bromeó.

Simon solo se burló en respuesta.

Aunque Nic efectivamente lo superaba en rango, el hombre bien podría ser célibe por toda la atención que prestaba a las mujeres.

Además, el condado de Simon era uno de los más antiguos y respetados del reino. Sin mencionar que era rico como Creso

"Y cualquier madre sensata mantendría a su pobre e inocente hija lo más lejos posible del Diablo de Dashford," Nic finalizó irónicamente.

“Pero ellas no son sensatas”, se quejó Simon. “Míralas. Como generales en su última batalla. Preferirían que les levantara las faldas a sus hijas aquí mismo en el salón de baile antes que regresar a casa con las manos vacías”.

Nicholas simplemente rio suavemente.

“¿De verdad no te molesta?” demandó Simon, antes de beberse de un trago el champán tibio de su copa y hacer una mueca.

“No, de verdad no me molesta”, confirmó Nicholas.

Nada parecía alterar las plumas de su amigo. Siempre tan calmado y recogido.

Era increíblemente irritante.

Simon barrió su mirada de descontento una vez más por el salón de baile. Pero todo seguía más o menos igual.

Su madre estaba instalada con sus amigas, sin duda recibiendo sus condolencias por haber terminado con un hijo tan deshonroso.

Solo esta mañana, Nicholas se había deleitado en leer en voz alta las últimas travesuras de Simon en las hojas de escándalo.

El diabólicamente apuesto, y francamente diabólico Lord D. fue atrapado in fraganti con Madame Savitti, la infame cantante de ópera. Aunque esto sería lo suficientemente impactante por sí solo, la noticia de que tal hazaña amorosa tuvo lugar en un estanque fue más que un poco sorprendente para el autor de este artículo.

Solo podemos imaginar la vergüenza que tal descubrimiento ha traído a la pobre madre del notorio libertino.

¡Ni siquiera era cierto! Bueno, en parte era cierto. Habían escrito mal el nombre de Serena.

Y estaban en un estanque, no en una fuente.

Por lo que podía recordar.

Francamente, los detalles eran un poco borrosos.

Pero había sido suficiente para hacerlo sentir culpable y asistir a esta maldita reunión, aunque solo fuera para demostrarle a la alta sociedad que podía permanecer ocasionalmente vestido.

Simon pasó su mirada oscura sobre las cómplices de su madre, los bailarines, los jugadores y las inevitables solteronas.

Las sillas generalmente reservadas para las Damas Indeseadas estaban en su mayoría vacías esta noche.

Parecía que todas las apuestas estaban abiertas, y hasta las damas sin la menor oportunidad estaban arrojando su suerte.

Excepto una.

Simon permitió que su mirada aburrida se deslizara una vez más sobre la delgada joven que estaba sentada sola.

A diferencia del grupo habitual de solteronas, ella no estaba mirando desesperadamente esperando un poco de atención.

Sus mejillas no estaban enrojecidas de humillación.

No se estaba preocupando ni retorciendo el vacío tristemente tarjetón de baile en su mano.

De hecho, sus ojos se estrechaban ligeramente en concentración, parecía como si estuviera murmurando para sí misma.

Simon se sorprendió al sentir un remolino de interés mientras observaba a la extraña criatura.

¿Qué tipo de mujer era ella, que se sentaba allí sola en una habitación llena de gente?

Su ojo perspicaz notó el cabello castaño, recogido firmemente y colocado en la nuca, y las gafas que constantemente se deslizaban por su pequeña nariz respingona.

Bajando la mirada aún más, pudo ver que su vestido era de buena calidad, aunque horrible.

¿Cómo se podían poner tantos volantes en un solo vestido tan pequeño?

El escote era lo suficientemente alto como para estrangular a alguien también.

Para asombro de Simon, se encontró preguntándose fugazmente qué estaba ocultando.

En ese momento, ella levantó la mirada y sus ojos chocaron con los suyos.

No podía ver de qué color eran los suyos, ocultos como estaban por el reflejo de las arañas de cristal en sus gafas.

Pero lo que sea que ella vio en él, claramente no le interesó en lo más mínimo, porque inmediatamente apartó la mirada y continuó murmurando para sí misma.

Simon frunció el ceño confundido.

Estaba acostumbrado a causar una gran variedad de efectos en las personas.

Las jóvenes suspiraban y se ruborizaban por él.

Las mujeres mayores fruncían el ceño. Excepto las pocas que todavía tenían un poco de maldad en ellas.

Los hombres inevitablemente bajaban la mirada antes que él; su reputación era tan notoria entre los caballeros de la alta sociedad como entre las damas, aunque por razones muy diferentes.

Las mujeres lo deseaban y lo temían. Los hombres lo respetaban y lo temían.

Sin embargo, nadie, nunca antes, había mostrado tan poco interés en él.

Sin embargo, esta chica, con su cuello demasiado alto y su cabello demasiado severo, había apartado la mirada sobre él como si no fuera más que una mosca irritante que no podía captar su atención.

Eso oscureció aún más el ánimo de Simon.

Y ya había tenido suficiente.

"Voy a encontrar una maldita bebida de verdad", ladró Simon, ganándose solo una sacudida de cabeza resignada de parte de Nic.

Se dio la vuelta sobre sus talones y marchó hacia el estudio del Lord Bellow. El hombre era una rata odiosa y rechoncha. Pero tenía una buena bodega. Y en este momento, lo único que podría captar la atención de Simon sería una botella de brandy

***

Esto no servía de nada.

Amelia había estado escuchando atentamente a las chicas chismosas que la ignoraron completamente toda la noche, y ni una sola vez mencionaron al Sr. Taft.

Estaban hablando sin parar sobre los dos gigantes en la esquina.

Una y otra vez se referían a la altura de los hombres, que notoriamente se elevaban por encima de todos los demás en la habitación.

El ancho de sus hombros. *Eran bastante grandes.*

El de cabello más claro era un poco más ancho, tal vez. El de pelo oscuro, infinitamente más peligroso de aspecto.

Había algo en él. Amelia no podía determinar qué. Simplemente emitía un - aura - algo oscuro y malvado y totalmente peligroso. Si Amelia se inclinara hacia las novelas góticas, él sería uno de los héroes personificados. Todo pecaminosamente oscuro y distraídamente sombrío.

Sin embargo, Amelia no tenía tiempo para distraerse. Practicó su discurso para el Sr. Taft repetidamente hasta estar segura de que podría recitarlo hasta en sueños.

Se arriesgó a echar un vistazo a los caballeros hace apenas unos momentos, y contuvo la respiración cuando se cruzó con la mirada del más oscuro.

Señor, pero era apuesto. Lo sabía, aunque no le diera importancia a esas cosas triviales.

Amelia se sorprendió e irritó por el repentino revoloteo en su estómago cuando sus ojos negros como la noche la recorrieron.

Ella aspiró nerviosamente y apartó la mirada, decidida a no volver a mirar en su dirección otra vez.

Pero fue en vano.

Con nadie hablando del Sr. Taft, y todos charlando sobre si el hombre de cabello castaño en azul oscuro, o el hombre de ojos diabólicos en negro eran más guapos, Amelia no tenía nada para distraerse adecuadamente.

Molesta consigo misma incluso mientras lo hacía, volvió la cabeza para mirar de nuevo al hombre misterioso.

Él se había ido.

Parpadeó sorprendida y frunció el ceño mientras un nudo de decepción se formaba en su estómago.

Esto era ridículo.

Lleno de repente de una energía nerviosa, Amelia se puso de pie y sacudió sus ridículos faldones blancos.

Valdría la pena casarse solo para no tener que usar vestidos como este, pensó irritada mientras se dirigía hacia los bordes de la habitación.

A dondequiera que fuera, era firmemente ignorada.

Incluso su madre solo le enviaba miradas cursis de vez en cuando. Difícilmente era hacía de chaperona.

Pero, Adeline, una vez más había llamado la atención del Capitán Lassiter, un soldado muy condecorado de muy buenas posiciones.

Francamente, el partido sería mejor para Adeline que para el capitán en términos de estatus social y riqueza. Pero, Amelia pensó cínicamente, un hombre perdonaría el estatus y la dote de una mujer si fuera lo suficientemente bonita. Y Adeline era una belleza, de eso no había duda. Su cabello era más oscuro que el de Amelia, atrapado en hermosos rizos de cuervo. Y sus ojos eran

un verde oscuro, musgoso y misterioso, mientras que los de Amelia eran claros, del color del Mediterráneo en un día de verano, como siempre decía su padre.

La noche había sido lo suficientemente larga, y Amelia ahora estaba bastante segura de que el buen científico no haría ninguna aparición.

Sintiéndose completamente harta y francamente aburrida, decidió que se escaparía a la biblioteca del señor Bellow y se ocuparía hasta que mamá estuviera lista para irse.

Estaba segura de que nadie lo notaría. Y aunque fuera un tanto impropio para una joven dama irse de paseo sola por la casa de alguien, ¡no es como si alguien la fuera a extrañar!

Su estado de ánimo mejoró con el conocimiento de que al menos podría ocupar su mente hasta el final de esta fiesta interminable. Amelia volvió a moverse por la habitación, esta vez en dirección a las puertas que llevaban al pasillo y la salida.

Una última mirada hacia el rincón de la habitación hacia donde realmente no debería estar mirando le dijo que el hombre moreno y de aspecto pícaro aún no había reaparecido.

En cambio, el apuesto caballero de cabello castaño sonreía cortésmente, pero sin interés a un grupo de bellezas desesperadas por su atención.

Amelia no podía culparlas, supuso.

Era realmente una de las cosas más bellas que había visto en la vida, realmente.

Sin embargo, ella no era del tipo de mujer que se dejaba llevar por un rostro guapo, por lo que, aunque pudiera reconocer que el hombre tenía más buen aspecto que la mayoría, permaneció impasible.

Si Amelia hubiera tenido amigos aquí esta noche, habría preguntado quién era el caballero. Una pequeña parte de ella sabía que su interés residía principalmente en saber quién era su amigo desaparecido.

Pero ignoró esa parte porque no tenía sentido.

Finalmente, afortunadamente, Amelia llegó a la relativa paz del pasillo fuera del salón Bellow.

El silencio y la oscuridad eran maravillosos después del estruendo y el brillo que acababa de dejar. Pero, por supuesto, no podía quedarse allí para siempre.

Con un suspiro de alivio de que finalmente estaba sola, Amelia comenzó a avanzar suavemente por el pasillo.

No tenía idea de dónde estaba la biblioteca del señor Bellow, pero si el diseño de esta casa era como otras en las que había estado, estaría por aquí en algún lugar.

Amelia avanzó con cautela, sintiéndose un poco tonta pero reacia a hacer ruido, por si acaso llamaba la atención no deseada sobre sí misma.

Al acercarse a la primera puerta, la abrió, gimiendo por el chirrido.

Mamá le arrancaría la cabeza si encontraba a Amelia merodeando por la casa de campo en Mayfair.

Era demasiado oscuro para ver qué habitación era, así que Amelia entró completamente, cerrando la puerta suavemente detrás de ella.

Al ajustar sus ojos a la penumbra, Amelia se dio cuenta de que no había entrado en una biblioteca.

Miró rápidamente, notando el escritorio de caoba sobredimensionado, los sillones de cuero rellenos, la chaise que daba a una chimenea vacía.

Había entrado en el estudio del señor Bellow.

Oh, Dios.

Dándose rápidamente la vuelta sobre sus talones, Amelia se apresuró a salir de la habitación.

"Bueno, no sería mi primera opción para una cita, pero supongo que a nadie le gusta beber solo, supongo."

Amelia resistió el impulso de gritar de miedo cuando la voz sonó detrás de ella.

Se giró para ver a una figura sentada en la chaise.

Mientras miraba con ojos abiertos de par en par, el hombre se puso de pie.

¡Dios mío, era grande!

Amelia sintió que se le caía la mandíbula ante su altura, el ancho de sus hombros.

Se acercó. Acechó, más bien. La hizo pensar en un gato de la jungla acechando a su presa.

Sin embargo, extrañamente, en lugar de miedo o indignación, el estómago de Amelia se retorció con algo que se sentía muy parecido a la *emoción*. Lo cual era sumamente tonto, por supuesto.

Mientras él se acercaba, deteniéndose a solo un pie de ella, Amelia se dio cuenta con un sobresalto de que no era otro que el caballero sombrío del salón de baile.

"Yo... yo..." No solía quedarse sin palabras, pero el nerviosismo en su voz y el mal funcionamiento en su cerebro eran más que un poco irritantes.

Recomponte, Amelia Linchfield, se regañó.

"No quería..."

Su breve risa interrumpió lo que ella había estado a punto de reunir.

"No se preocupe," murmuró, removiendo el contenido de un vaso que ni siquiera había notado que estaba sosteniendo. "No es la primera debutante que quiere bailar con el diablo. Aunque, como dije, no es mi tipo habitual.

Amelia estaba tan abrumada por la cercanía del hombre, ya que nunca había estado tan cerca de un hombre en su vida, al menos no a propósito, que le tomó un momento que sus palabras penetraran la niebla que de repente envolvía su conciencia.

Pero cuando lo hicieron, una ira helada apagó las llamas amenazantes.

"¿Me está usted pidiendo perdón?" dijo entre dientes, deleitada con su tono imperioso y con el hecho de que sus faldas llenas de volantes ocultaban sus rodillas temblorosas.

"Sin intención de ofender, cariño", sonrió, y en esa sonrisa había un mundo de maldad. "Es solo que tiendo a encontrar a las mujeres menos vestidas en mi compañía. Por supuesto" habló mientras ella emitía un jadeo de indignación "eso se puede arreglar fácilmente. Estoy dispuesto, si usted lo está."

Amelia podía sentir cómo su boca se abría y cerraba como la de un pez, pero no podía por su vida formar una oración coherente. La pura *audacia* del hombre la tenía furiosa, y no quería nada más que darle la reprimenda mordaz que tan merecidamente se había ganado.

Nunca antes la habían insultado tantas veces en el espacio de un solo minuto.

"¡Pero qué... yo... usted!" balbuceó, pero no parecía poder conectar su cerebro lo suficiente como para terminar.

Notó, un poco enloquecida, que él olía divino. Pero eso era realmente irrelevante.

"Ahora, escúcheme." Lo intentó de nuevo, pero antes de que pudiera terminar, sus labios descendieron y Amelia se encontró siendo besada profundamente por primera vez

Capítulo Cuatro

Bueno, esto es interesante.

Simon sabía que no debía besar a señoritas vírgenes. Por supuesto que lo sabía.

Aunque disfrutaba de coquetear con debutantes, nunca se entretenía con ellas, prefiriendo a las mujeres más experimentadas y menos propensas a pensar que un romance significaba matrimonio.

Pero esta frágil criatura con su indignación, sus gafas, su aire de superioridad, despertó en él un deseo repentino e inesperado.

La había descartado como nada más que una mujer ordinaria y mansa que se sentaba en los rincones y divagaba para sí misma.

Pero el sentir de sus labios suaves, aunque firmemente cerrados bajo los suyos, la presión de su cuerpo bajo la abundante tela agitó a Simon de una manera que no había experimentado en años.

Sabía que necesitaba apartarse de ella. Disculparse por su conducta y enviarla por su camino.

Pero sus labios seguían firmemente cerrados, y sus hombros estaban rígidos como una tabla, y el desafío de tal comportamiento, cuando estaba acostumbrado a lo contrario, era demasiado para resistir.

Simon movió sus manos para capturar su rostro, sus pulgares rozando la delicada curva de su mandíbula. Aun así, ella permaneció inmóvil.

No sabía si estar divertido o preocupado de que estaba perdiendo su toque.

Entonces se dio cuenta de que estaba de pie en una habitación oscura besando a una mujer que claramente no estaba interesada.

Entonces, ¿qué demonios significaba eso para él?

Una oleada de disgusto por sus propias acciones se levantó dentro de él.

Simon era tan depravado como su reputación afirmaba. Pero no era, ni lo había sido nunca, un hombre que forzara a una mujer o, y su disgusto creció aún más al pensarlo, la asustara.

Hizo el intento de apartarse cuando, de repente, los brazos de la joven se envolvieron en un agarre como una tenaza alrededor de su cuello, su cuerpo presionándose urgentemente contra el suyo.

El shock luchó con el deseo cuando ella abrió los labios con un suave suspiro y, que el diablo se lo llevara, Simon no pudo resistir aprovecharse.

Profundizó el beso, deleitándose en su entusiasmo tembloroso, maravillándose del suyo propio.

¿Quién era esta criatura? Esta cosa simple y poco llamativa que lo estaba encantando tan inesperadamente.

El sonido distante de una puerta cerrándose sacó a Simon de su extraña ensoñación y le permitió darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Fue suficiente para finalmente, misericordiosamente, traerlo a sus sentidos.

Se apartó y miró el rostro de esta desconocida que le había dado la primera sorpresa de su vida en mucho tiempo.

Maldita sea, pero es encantadora.

Simon se encontró sorprendido de lo hermosa que era la mujer en sus brazos. Hacía un excelente trabajo al hacerse parecer sencilla, pero no había forma de negar su belleza estando tan cerca de ella.

Su piel era suave y estaba sonrojada, sus labios eran carnosos y agonizantemente perfectos.

Y sus ojos, bueno, todavía estaban cerrados, pero ellos...

De repente se abrieron, y él quedó tan sorprendido por ellos como por el resto de ella.

Imposiblemente verdes y grandes detrás de las gafas, lo miraban, no con la adoración a la que estaba tan acostumbrado, sino más bien... con consternación.

De hecho, ella lo miraba como si fuera una especie de curiosidad a estudiar.

"Bueno, eso fue interesante", declaró de manera objetiva, reflejando sus pensamientos de momentos antes. Dio un paso atrás, y él se sintió como un tonto por extrañar la sensación de tenerla en sus brazos. Ni siquiera conocía a esta extraña criatura.

Parecía completamente indiferente a lo que acababa de pasar. Como si fuera por ahí atacando a señores desprevenidos en todas las fiestas a las que asistía.

Razonablemente, sabía que él, de hecho, la había besado primero. Pero eso era completamente irrelevante.

Ella no estaba reaccionando en absoluto como una persona normal. Habría esperado que una debutante llorara, lo abofeteara o incluso se desmayara, dado que acababa de besarla hasta dejarla sin sentido.

Pero no, allí estaba, perfectamente compuesta.

¿Le costaría mucho desmayarse un poco?

Simon abrió la boca para hablar, pero por más que intentó, no pudo pensar en nada que decir.

Como resultó, no necesitó hacerlo.

"Gracias, mi lord. Eso fue muy informativo."

Solo pudo mirarla con sorpresa mientras ella inclinaba la cabeza hacia él y luego se daba la vuelta y salía de la habitación con paso decidido.

Aun así, estaba completamente incapaz de pronunciar una palabra.

Simon era un diablo de lengua suave. Al menos, eso era una de las muchas cosas que se decían sobre él. Podía hablar para salir de, o entrar en, lo que eligiera.

Y, sin embargo, allí estaba, después de un encuentro con la misteriosa señorita, completamente perdido por las palabras.

Por primera vez en su vida, el Diablo estaba sin palabras

***

Amelia se aseguró de respirar profunda y calmadamente mientras se apresuraba de vuelta al salón de baile.

La habían besado.

¡La habían besado! Y por el hombre más endemoniadamente apuesto que jamás había visto.

Todavía no tenía idea de quién era, claro está. Y en realidad, debería haberle abofeteado la cara, o gritado o algo así.

Iba a hacerlo, por supuesto. Cuando él primero presionó sus labios contra los suyos después de las cosas odiosas que había dicho, Amelia tenía toda la intención de huir, llorar y dar alaridos y hacer todas esas cosas que las señoritas jóvenes e inocentes se suponía debían hacer cuando un hombre grande y malo atacaba.

Pero algo le sucedió cuando sintió su boca contra la suya, cuando él presionó su cuerpo contra la solidez del suyo.

Se sintió... extraña. Emocionada, un poco asustada. Su sangre se calentó, su corazón se aceleró, y sin saber exactamente lo que hacía, envolvió sus brazos alrededor de él y le devolvió el beso.

Después de eso, los alaridos no parecían apropiados. Se había convertido en un ataque mutuo. Muy placentero. Incluso delicioso.

Desafortunadamente, no tenía idea de quién era el hombre. Todo lo que sabía sobre él era que parecía la encarnación andante del pecado mismo, y obviamente era un libertino de la más alta categoría.

El salón de baile apareció a la vista y Amelia entró, sin sorprenderse al ver que no la habían echado de menos.

Su mirada encontró a mamá todavía enfrascada con sus amigas, Adeline batiendo las pestañas al capitán que había capturado, y el apuesto lord que había estado de pie con su malvado besador todavía en el mismo lugar, con esa misma expresión cortésmente desinteresada en su rostro.

En resumen, nada parecía haber cambiado. Sin embargo, dentro de ella, Amelia sentía como si hubiera habido un cambio épico.

Y había manejado todo terriblemente. ¿Le había *agradecido*? ¡Dios santo! Nunca se proclamaría experta en el arte de la seducción, pero incluso ella sabía que envolverse alrededor de un desconocido y luego agradecerle antes de marcharse no era lo correcto.

Y él solo la había mirado con esos ojos negros y pecaminosos. Si hubiera tenido alguna expresión, habría sido de miedo ante la mujer loca que lo acosaba en habitaciones oscuras.

Pero en su mayoría, parecía completamente indiferente.

Pero Amelia – ella recordaba cada segundo torturante y exquisito. Cada suspiro. Cada latido del corazón. Cada toque. Cada gloriosa sensación.

Qué tontería, se reprendió a sí misma.

Solo fue un beso. Y no tenía dudas de que el caballero, aunque usaba la frase con ligereza, estaba bien acostumbrado a tales encuentros. ¿No había dicho algo así? Algo sobre que Amelia no era su tipo habitual. Bueno, eso no era sorpresa. Amelia no había sido el tipo de nadie desde que usaba faldas largas.

Y la verdad sea dicha, apenas lo había notado y nunca le había importado.

Ahora, sin embargo, por primera vez en su vida, deseaba ser el tipo de chica que fuera el tipo de alguien.

Y eso la enojaba. Con el extraño por hacerla dolorosamente consciente de sus fallos en cuanto a atraer al sexo opuesto, y consigo misma por importarle.

Era hora de irse. De sacar a quienquiera que fuese ese hombre de su cabeza. Y de concentrarse en encontrar una manera de conocer a la familia Taft para finalmente poder conocer al señor Taft.

Las posibilidades de volver a encontrarse con su hombre misterioso eran ridículamente escasas, así que ¿cuál sería el punto de seguir pensando en ello?

En ese momento, la señora Linchfield levantó la mirada y llamó a Amelia a su lado. Mamá no era muy noctámbula, y afortunadamente parecía lista para irse.

Cuanto antes Amelia se alejara de este lugar, mejor. No había logrado conocer al señor Taft esta noche. Y ese sentimiento en el fondo de su estómago, ¿decepción y arrepentimiento? Tenía todo que ver con no haber conocido al señor Taft, y *nada* que ver con irse antes de ver al libertino de ojos negros del estudio.

CAPÍTULO CINCO

Simon hizo una mueca cuando el puño de Nicholas volvió a conectarse con su mandíbula.

Si su amigo no se estuviera conteniendo, Simon estaría cubierto de moretones ahora mismo.

"¿Dejaste el cerebro en casa, verdad?" Nic se rio. "¿O es esto el resultado de otra noche en la vida del Diablo de Dashford?"

Simon agarró la toalla que Nic le lanzó y se secó la frente.

Ir al Gentleman Jackson's esta mañana había parecido una idea maravillosa. Había planeado dar unas cuantas rondas, desahogando toda esa extraña frustración que había estado sintiendo desde el baile de anoche.

Desafortunadamente, estaba tan distraído que había recibido una paliza. No era algo que sucediera muy a menudo, y ciertamente no era algo que disfrutara.

"Para tu información, fui directo a casa después del baile anoche," replicó Simon.

Miró hacia arriba y vio los ojos azul marino de Nic abrirse de asombro.

"¿Solo?" preguntó el duque, y por alguna razón su sorpresa molestó a Simon.

"Sí, solo," respondió. "¿De verdad piensas que llevaría a una mujer a la casa en la que está mi madre?"

Nic levantó una ceja. "No sería la primera vez."

Bueno, ahí lo tenía.

Simon le lanzó la toalla de vuelta a su amigo y luego se dispuso a desatar sus puños.

"No tienes muchas cualidades que admiraría, Simon, pero eres, sin duda, el mejor pugilista entre nosotros," dijo Nic en ese tono tranquilo y gentil suyo. "Entonces, ¿por qué siento que acabo de dar tres rondas con un cachorro?"

Simon simplemente frunció el ceño en respuesta, aunque sabía que su amigo tenía razón. Desde que eran niños en Eton, Simon, Nicholas, James y Robert se habían metido en más peleas que lo normal. Y aunque los otros señores siempre habían sido bien capaces de defenderse, Simon era el mejor luchador cuerpo a cuerpo de su grupo.

James siempre decía que era porque a Simon le faltaba conciencia en comparación con el resto de ellos.

Bueno, eso no era difícil con James, el Niño de Oro, y San Nicholas. Eran demasiado buenos y se comportaban bien. El único de su grupo que podría haberle dado pelea a Simon en términos de mal comportamiento era Robert. Y desde su matrimonio con la prima de James, Abbey, ese monstruo particular se había convertido en un ratón.

No es que Simon se lo dijera en la cara.

"Estoy... distraído," respondió Simon ahora, sintiéndose vagamente incómodo y más que un poco

sorprendido por ello.

La verdad era que después de su encuentro con la mujer loca con gafas anoche, no había podido concentrarse en mucho más.

Y cuando se fue de la fiesta a uno de sus antros de juego favoritos, ninguna de sus proclividades habituales le atrajo. Ni el juego, ni ser mujeriego.

Había llegado a casa sobrio, con los bolsillos llenos y sin compañía por primera vez desde su adolescencia.

Y no disfrutaba de ese hecho.

Nicholas permaneció en silencio, esperando que Simon se expandiera.

¿Pero cómo explicar?

No sabía cómo, así que se quedó obstinadamente en silencio.

"¿Una bebida?" Nicholas finalmente habló cuando los caballeros estaban limpios y vestidos para el día.

"Ya era hora de que lo preguntaras." Simon sonrió, y se dirigieron en un silencio amistoso a White's.

Con Robert felizmente casado con Abigail y James casado con Senna y criando a su sobrina huérfana, Nicholas era el único amigo restante en quien Simon podía confiar para hacerle compañía.

Los otros dos eran firmes en que tanto Simon como Nicholas caerían a los pies de alguna mujer y terminarían atrapados en la trampa del párroco como ellos, pero por parte de Simon, pasaría un día muy frío en el infierno antes de que se atara a una mujer solo para ser cornudo como su padre.

Y Nicholas, bueno, Nicholas estaba tranquilamente decidido a permanecer soltero. O al menos, eso presumían todos. Por acuerdo tácito, ninguno de ellos cuestionaba a Nicholas sobre su vida personal.

Todo lo que Simon sabía era que, cuando era joven, Nicholas pasaba la mayor parte de su tiempo en su residencia principal en Irlanda, hasta que un año apareció en Londres como un hombre poseído. Ninguno de ellos sabía mucho de él y solo hablaban con él cuando lograban encontrarlo.

Entonces, un día, simplemente cambió. Estaba siempre tranquilo y sereno. Y pasaba horas en la Cámara de los Lores discutiendo por los derechos de las clases bajas. Simon siempre lo apoyaba porque nunca prestaba mucha atención a lo que sucedía en el Parlamento, pero hacía lo que podía por los menos afortunados

No parecía tener mucha vida personal, y Simon no estaba del todo seguro de cómo pasaba sus días.

Mientras la vida de Simon aparecía constantemente en las páginas de chismes, la de Nicholas era un libro cerrado.

Simon estaba eternamente agradecido de que su amigo rara vez dejara Londres. Aunque nunca lo admitiría, había veces en que incluso el Diablo se sentía solo.

Una vez que los caballeros llegaron a Whites y se acomodaron, saludando y poniéndose al día con varios conocidos, Nicholas dirigió su mirada seria a Simon. Y esperó.

“¿Quién era esa mujer anoche?” finalmente estalló Simon, aunque odiaba admitir que alguien, especialmente alguien como ella, le había causado una impresión.

“Tendrás que ser más específico,” dijo Nic con tono despreocupado.

“La... la de las gafas. ¿Sabes, la que estaba sentada en la esquina, murmurando para sí misma? Llevaba ese ridículo vestido lleno de volantes y capas.”

Nic lo miraba como si se hubiera vuelto loco, lo cual probablemente no estaba lejos de la verdad.

“No tengo idea de quién estás hablando,” dijo el duque con cuidado, sirviendo del botellón de brandy que acababan de dejar en su mesa.

Simon contuvo una maldición de frustración.

“Tenía el cabello castaño,” dijo. “Y gafas, como dije. Y un monstruo de vestido blanco y esponjoso.”

Nic negó con la cabeza.

“No lo sé, Simon. No parece que hubiera llamado mucho la atención.”

Simon se sorprendió por el brote de ira que sintió ante la desestimación de Nic de la dama.

“¿Por qué quieres saberlo, de todos modos?”

La pregunta lo dejó en seco. ¿Por qué quería saberlo? No es que quisiera cortejar a la chica.

Y ella no había mostrado ni el más mínimo interés en él. Quizás por eso estaba intrigado por ella.

Quizás, con todos sus amigos casándose, y Nicholas desapareciendo para hacer lo que sea que hiciera, Simon estaba buscando una distracción. Un misterio para aliviar la sensación de que faltaba algo en su vida.

Diablos, tal vez solo quería volver a probarla.

“Solo me preguntaba,” murmuró, sabiendo que Nic no se tragaría eso ni por un segundo.

Afortunadamente, antes de que Nic tuviera la oportunidad de interrogarlo o burlarse de él, un joven llegó a su mesa.

“Su gracia, es bueno verlo de nuevo.”

Simon levantó la vista y vio el distinguido abrigo rojo del oficial del ejército.

“Capitán Davis. ¿Cómo está?”

Nic se levantó y estrechó la mano del hombre.

“Simon, Conde de Dashford, este es el Capitán Peter Davis. Davis me ayudó mucho a establecer una de mis organizaciones benéficas.”

Simon estrechó la mano del joven.

“No tuve la oportunidad de presentarle mis respetos en el baile anoche,” explicó el capitán, tomando el asiento que Nicholas le ofreció. “Estaba... ocupado.”

Simon levantó una ceja ante las mejillas repentinamente sonrojadas del joven.

“¿Realmente?” Nic sonrió. “¿Y quién podría ser la joven dama?”

“¿Sabe que es una joven dama?” respondió el capitán.

“¿No lo es siempre?” dijo Simon, sin ánimo para escuchar cuentos de romance empalagosos y sueños de amor juvenil.

El capitán, sin embargo, era demasiado tonto o estaba demasiado enamorado de su joven dama para notar el tono de Simon.

“Su nombre es la señorita Adeline Linchfield,” dijo. “Es la criatura más hermosa que he visto. Está aquí con su padre, un barón, y su madre y hermana.”

“Y claramente está enamorado.” Nicholas sonrió.

Nic parecía genuinamente feliz por el joven. Siempre estaba feliz por todos. Era sumamente molesto. Simon dejó que su mirada y su mente comenzaran a divagar.

“Lo estoy.” El joven capitán sonrió. “Volverá a casa pronto, ya que la Temporada está por terminar. Creo que solo se quedaron tanto tiempo porque su hermana mayor es algo así como un ratón de biblioteca y estaba interesada en conocer a un historiador de cierta reputación. Y estoy muy agradecido por eso,” terminó felizmente.

Los ojos de Simon se clavaron en el capitán al mencionar a la hermana de su dama. Un ratón de biblioteca.

¿Podría ser?

“Esta hermana,” dijo, inclinándose repentinamente hacia adelante. “¿La conoce?”

El capitán parecía un poco desconcertado por la repentina pregunta de Simon, al igual que Nic, pero a Simon no le importaba.

“N-no, mi lord,” murmuró el capitán.

“Eso parece extraño,” dijo Simon.

“Bueno, iba en camino a ser presentado a ella, pero Adeline – es decir, la señorita Linchfield no pudo encontrarla. Y se fueron poco después.”

“¿No pudo encontrarla?” repitió Simon, negándose a reconocer el repentino aumento de los latidos de su corazón. “¿Desapareció?”

“No, no. Nada de eso. Es solo que suele ser una persona callada y generalmente se esconde en una esquina toda la noche, según la señorita Linchfield. De hecho, la había visto yo mismo. Pero cuando llegó el momento de las presentaciones, había desaparecido.”

Simon podía sentir la mirada de Nicholas clavada en él, pero se negó a mirar a su amigo.

Tenía que ser ella, ¿no?

“Dígame, ¿cómo es físicamente? ¿Esta hermana?”

Ahora el capitán parecía desconcertado, y Simon no podía culpar al hombre. Sabía que su comportamiento errático merecía una o dos cejas levantadas, al igual que sabía que Nicholas lo interrogaría en cuanto el Capitán Davis se fuera.

Pero no le importaba.

Tenía esta necesidad imperiosa de averiguar sobre la dama, y aquí estaba su oportunidad.

“Ella... bueno, tiene el cabello castaño. El de Adeline es rubio, como un campo de trigo bajo el sol de verano,” el capitán divagó nauseabundamente, y Simon tuvo que luchar contra el impulso de poner los ojos en blanco ante el discurso florido del hombre.

“¿Y sus ojos?” exigió.

“N-no puedo decirlo, mi lord. Solo sé que los de Adeline son como esmeraldas. Tan hermosos,

tan...“

“Ya basta de eso,” interrumpió Simon.

Si los ojos de esta Adeline eran verdes, no era difícil suponer que los de su hermana también lo eran.

“¿Linchfield, dijo?” preguntó ahora, tirando toda precaución al viento.

“Sí, mi lord.” El capitán se levantó, sin duda desesperado por alejarse del inesperado interrogatorio. “Sir Reginald Linchfield es su padre. Adeline y Amelia, son sus hijas.”

Amelia Linchfield.

Simon prestó poca atención a las despedidas que se llevaban a cabo a su alrededor.

Sin embargo, justo antes de que el capitán se despidiera, Simon se levantó de un salto.

“Saldremos con usted,” anunció, ganándose otra serie de miradas desconcertadas. “Capitán, este historiador. ¿Dijo su Alison quién era?”

“Adeline, mi lord,” protestó el capitán, pero una mirada oscura silenció inmediatamente su protesta. “Creo que dijo que era el señor Taft, mi lord.”

Eugene.

Simon se quedó en silencio, tratando de decidir si eso era bueno o malo.

El Capitán Davis se apresuró, dejando a su paso un silencio cargado.

“Bueno,” dijo finalmente Nicholas. “¿Quieres decirme de qué iba todo eso?”

La mente de Simon seguía corriendo, no menos porque no tenía idea de por qué esto le importaba tanto. O en absoluto

“Me encantaría,” dijo con tono despreocupado. “Pero no tengo ni idea.”

CAPÍTULO SEIS

“Amelia querida, me olvidé por completo de decirte, Lady Bellow dijo anoche que el Sr. Taft ya se había ido a Escocia. Lo siento.”

Adeline y Amelia estaban dando un paseo por Hyde Park mientras el clima aún era lo suficientemente cálido para hacerlo.

Cuando Adeline le había rogado a Amelia que la acompañara, sabía que era porque su hermana menor esperaba ver al capitán del que se había enamorado la noche anterior.

Sin tener nada más que hacer, y estando demasiado distraída con pensamientos de caballeros misteriosos y su habilidad para besar de una manera que dejaba a una persona sin sentido, había aceptado.

Ahora, dejaba que su mente divagara por lugares a los que no debería ir, a caballeros que eran todo menos eso, mientras Adeline examinaba el área en busca de señales de un abrigo rojo.

“¿Amelia? ¿Me estás escuchando? Declaro que estás bastante sorda esta tarde. Apenas has oído una palabra de lo que he dicho.”

“Lo siento, Addie.” Amelia sacó su mente de la inmundicia y la volvió al asunto en cuestión. “¿Qué decías?”

“Decía que Lady Bellow nos informó que el Sr. Taft ya está en Escocia.”

Amelia miró a su hermana, su cerebro no terminaba de registrar las palabras.

Los ojos de Adeline la miraban, pareciendo casi color aguamarina en el sol bajo de la tarde.

Los ojos de su caballero habían sido negros como el carbón, llenos de deseo y pecado y...

“¡Amelia!”

“¡Sí! ¿Qué? Lo siento. ¿Qué?”

Su hermana la miraba como si se hubiera vuelto loca.

¿Qué había dicho? Algo sobre el Sr. Taft.

¿Se había ido?

¡Se había ido!

“¿Se ha ido?” exclamó. “Oh, no.”

Había pasado toda la noche anterior y toda esta mañana pensando en ese hombre odioso con sus ojos negros, su mandíbula fuerte y sus hombros anchos y...

“¡Amelia! Por el amor de Dios, ¿qué te pasa?”

“Lo siento, lo siento,” murmuró. Realmente debía controlarse. Esto simplemente no podía seguir así.

Adeline entrecerró los ojos, como buscando señales de que Amelia empezaría a divagar de

nuevo, luego asintió satisfecha y comenzó a hablar una vez más.

“Le pregunté a Lady Bellow anoche si el caballero asistiría, ya que su primo estaba allí.”

“Espera, ¿le *preguntaste*? Pero...”

“No te preocupes, estuvo bien.” Adeline desestimó las preocupaciones de Amelia sobre la propiedad antes de que siquiera las expresara. “Fue fácil preguntar sin ser inapropiada, ya que todos estaban muy interesados en su primo y hacían muchas preguntas de todos modos. Fue un gran logro para la dama, tener al Conde de Dashford asistiendo. Aunque fue un poco decepcionante que no hiciera nada escandaloso. Al menos, no hubo nada en los periódicos sobre él esta mañana.”

Amelia trató de parecer interesada, pero honestamente, aunque había oído sus nombres, no sabía quiénes eran estas personas, y aunque debería haberse preocupado por el hecho de que su oportunidad de unirse a la expedición Picti del Sr. Taft había pasado, en realidad estaba preocupada por su beso prohibido en la biblioteca de Lord Bellow.

“Por supuesto, podría haber sido la influencia del Duque de Barnbury la que mantuvo a Lord Dashford bajo control. Eso fue otra cosa. ¡Incluso consiguió que el duque asistiera! Mamá estaba completamente emocionada. Cuando cuente a la gente que asistió a un baile con Lord Dashford *y* Lord Barnbury, su estatus estará asegurado hasta la próxima temporada.”

“Addie, no tengo idea de quiénes son estas personas,” confesó Amelia con un poco de impaciencia. Era incorrecto de su parte desquitarse con su hermana. Estaba desilusionada de que el Sr. Taft se había ido. Desilusionada de que no le importaba tanto como debería.

Adeline la miró como si tuviera dos cabezas.

“Lord *Dashford*.” Pronunció el nombre en un tono de admiración. “Es el libertino más escandaloso que la alta sociedad ha visto en años. Las páginas de la sociedad lo llaman el Diablo de Dashford. Y por lo que se dice, el título está bien ganado. Difícil de creer que sea primo del Sr. Taft. Por lo que has dicho de ese hombre, parece un verdadero aburrido. Y su primo es todo menos eso. Pero, en fin, lamento que no puedas estudiar a tus pictos. Después de que trabajaste tanto para mantenerlo en secreto para mamá, también.”

“El Sr. Taft no es aburrido, Adeline. Es brillante. Y es Picti.”

Podía ver que Adeline no estaba remotamente interesada. Muy pocas personas lo estaban.

Había confiado en Adeline el día anterior al baile, esperando que si el Sr. Taft asistía, Adeline pudiera distraer a su madre el tiempo suficiente para que Amelia hablara en privado con el historiador y defendiera su caso.

Tal vez era algo bueno que no hubiera estado allí, porque Addie estaba tan enamorada de su capitán que habría sido un desastre como distracción vigilante. Aunque Amelia había estado besando a un extraño y nadie se había dado cuenta.

El repentino jadeo de Adeline sacó a Amelia de sus pensamientos circulares.

“Amelia, es el Capitán Davis,” gritó su hermana.

Maravilloso, pensó Amelia un poco desagradablemente. Ahora tendría que quedarse aquí viendo al capitán hacerle ojitos a su hermana de cabello dorado mientras ella intentaba no ser notada para que él no la involucrara en una charla educada y vacua.

Realmente estaba de mal humor hoy.

Pero Adeline parecía tan emocionada, más de lo que Amelia la había visto nunca, de hecho, y eso la hizo un poco más dispuesta a conocer a este capitán suyo.

Así que, respirando hondo para prepararse para una conversación educada y torpe, Amelia se volvió en la dirección en la que Adeline estaba mirando.

“Oh, Dios mío,” blasfemó.

“¡Amelia!” la reprendió su hermana mientras los caballeros, sí, caballeros, se acercaban.

¡Era él! El seductor pecaminoso del baile de Lady Bellow. Con él estaban el apuesto lord de la noche anterior y, a juzgar por el abrigo escarlata en su figura delgada, el Capitán Davis.

Pero Amelia sólo podía mirar, bueno, en realidad, contemplar con deseo la figura alta y depredadora de...

“Lord Dashford.”

“¿Perdón?”

“*Ese*,” susurró Adeline, “es Lord Dashford.”

El corazón de Amelia se detuvo en seco en su pecho y luego comenzó a acelerarse.

“¿C-cual?” logró balbucear, aunque sabía, por supuesto.

¿Acaso ella misma no lo había considerado diabólico?

“El que parece que te comería para desayunar,” comentó Adeline secamente. “El otro es el Duque de Barnbury. ¡Y vienen hacia aquí!”

Amelia miró nerviosamente alrededor del parque.

¿Cuánto daño le haría a su nombre familiar si simplemente levantara sus faldas y corriera?

Probablemente mucho, admitió. Lo que significaba que tendría que quedarse y enfrentarlo.

Tomando una profunda respiración y preparándose, se puso una sonrisa en el rostro y esperó el martirizante momento.

“Querida señorita Linchfield, qué encantadora se ve hoy.”

Amelia observó cómo las mejillas del joven capitán se sonrojaban tanto como su abrigo.

No pudo evitar sonreír cuando las de Adeline hicieron lo mismo mientras el capitán se inclinaba sobre su mano.

Amelia podría no ser el tipo de dama que cree en los sueños juveniles de amor, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de la felicidad de su hermana.

Adeline estaba hecha para el romance con su bonita sonrisa y su suave temperamento.

Amelia estaba hecha para robustas expediciones a través de las tierras altas de Escocia y emocionantes aventuras peligrosas entre las ruinas de Egipto. Y cosas como el amor o los besos apasionantes con lores solo se interpondrían en su camino.

Sintiéndose mejor, más segura, y completamente preparada para enfrentar a este hombre educadamente y luego olvidarlo por completo, Amelia dio un paso adelante para que se hicieran las presentaciones.

Miró hacia arriba y se encontró atrapada en la oscura red de sus ojos.

“Señorita Linchfield. Un placer.” Su sonrisa era positivamente lobuna mientras ignoraba todas

las reglas de cortesía y decoro y extendía la mano para agarrar la suya antes de colocar un ardiente beso en ella.

El corazón de Amelia se hundió hasta sus botas, incluso mientras aceleraba. Nunca podría olvidar a este sinvergüenza.

Y eso, lo sabía, era un problema.

CAPÍTULO SIETE

“No puedo creer que conocieras a Lord Dashford y no me lo contaras.”

Amelia apretó los dientes con molestia. Tenía dolor de cabeza, y todo era culpa de ese hombre odioso.

Su comportamiento en el parque había creado un silencio impactante y lleno de tensión.

Afortunadamente, su amigo, el duque, intervino y suavizó la situación, pero aun así, todos se quedaron pensando que el conde y Amelia se habían conocido antes. Lo cual, supuso, *era* cierto, pero apenas en una situación que quisiera que la gente conociera.

Había contenido su enojo en silencio durante el resto de la charla intrascendente, y cada vez que sus traicioneros ojos se desviaban hacia Lord Dashford, lo encontraba observándola, lo cual la enfurecía aún más, ya que la reacción de su cuerpo a su mirada era indeseada e inapropiada.

“Ya te he dicho, Addie, no lo conocía.”

Amelia era muy consciente de que sonaba como si estuviera mintiendo. Porque estaba mintiendo.

Todo esto era culpa de Lord Dashford. ¿Es que no le importaba en absoluto que fácilmente podría haber dañado la reputación de Amelia con la implicancia de que se conocían?

Por supuesto que no. Era el Diablo de Dashford, según los comentarios de Adeline sobre el sinvergüenza. Sin duda, se comía a chicas como Amelia para el desayuno. Y un diablo difícilmente se preocuparía por la reputación de una dama.

De hecho, probablemente ya se había olvidado de todo su encuentro, y de ella.

Pasando a la siguiente. Al tipo de dama que sería su “tipo habitual”.

Bueno, eso estaba bien para Amelia. Mejor que bien, de hecho.

¿Y esa extraña sensación en su estómago? Hambre. Nada más.

***

“¿Cuándo dijiste que Eugene estaba de vuelta?” demandó Simon en cuanto entró en su casa de la ciudad.

Su madre parpadeó sorprendida.

“Buenas tardes también para ti”, resopló.

Simon simplemente rodó los ojos y esperó impacientemente una respuesta.

Finalmente, Lady Dashford cedió.

“Dijo que estaría en casa en seis semanas. Este va a ser un breve viaje de investigación antes de que comiencen las excavaciones. ¿Por qué de repente estás tan interesado?”

Frunció el ceño hacia él con confusión, y Simon supuso que no podía culparla. Cuando Simon hablaba de Eugene, era bajo coacción o para burlarse del pobre tipo. Nunca había mostrado interés real en su trabajo. Nunca había tenido interés en su trabajo. Y no le importaba particularmente ahora tampoco.

Pero las necesidades son las necesidades.

No le importaba examinar demasiado sus razones detrás de lo que estaba a punto de hacer.

Así como no le había importado el interrogatorio de Nicholas después de que hubieran dejado a las Señoritas Linchfields en Hyde Park con el Capitán Davis.

"Creo que deberíamos hacer un baile para darle la bienvenida a casa", dijo Simon ahora, sabiendo que probablemente le daría a su madre una apoplejía de sorpresa. "Celebrar su hallazgo del, el ah -"

"¿Los *Pictos*?"

"Sí. Esos", respondió impacientemente Simon. "Entonces, ¿qué opinas?"

Como sospechaba, la mandíbula de su madre cayó en shock.

"¿Qué estás tramando?" Se levantó y se movió para ponerse delante de él cerca de la enorme chimenea de su salón preferido.

Simon intentó, y sin duda falló, parecer inocente. No había sido inocente desde que tenía catorce años. Y no era un actor muy bueno.

"No estoy tramando nada", intentó sonar ofendido. "¿No puedo hacer algo agradable por mi primo?"

La ceja levantada de incredulidad fue la única respuesta que necesitó a esa pregunta.

"Bueno..." Buscó otra razón, menos tenue. "Lo estoy financiando, ¿no? Pagando todo para que él pueda jugar a excavar viejas suciedades y dar conferencias a todos al respecto."

Su madre frunció el ceño desaprobador y abrió la boca, sin duda para dar su propia conferencia, pero Simon no le dio la oportunidad.

"Lo que estoy diciendo es que no he mostrado suficiente interés en el trabajo de Eugene, y me gustaría rectificar eso."

No, eso no sería suficiente tampoco. Todavía no le creía.

"Pero en serio", continuó, un poco desesperadamente, "me gustaría presentarle a más pares con

interés en la historia, y bolsillos profundos."

Eso serviría.

Su madre rodó los ojos, pero al menos parecía que le creía.

"Realmente no te entiendo, Simon", mordió. "No es como si no tuvieras el dinero para financiar la investigación de Eugene. Podrías financiarlo cien veces sin que te afectara en los bolsillos."

"Sí, pero no quiero", dijo él, calentándose con su tema. "De todos modos, ¿qué piensas? ¿Sobre el baile?"

"No funcionará", respondió rápidamente, arruinando sus, admitámoslo, no muy bien pensados planes. "Todos se habrán ido de la ciudad para entonces."

"Pero, pero..."

"Y además", continuó la condesa, "este ni siquiera es su verdadero viaje. Este es un viaje corto de seis semanas para hacer un reconocimiento del sitio, sea lo que sea eso. Estará fuera durante meses, posiblemente años, una vez que comience 'jugar con su tierra', como lo expresaste tan elocuentemente. Así que habrá tiempo para que organices tu baile al comienzo de la próxima temporada, antes de que necesite más dinero."

Maldición. Eso no funcionaría.

"Entonces, una fiesta en la casa", gritó de repente. "Vamos a tener una fiesta en la casa e invitaremos a la gente a quedarse con nosotros durante dos semanas antes de que Eugene regrese. Entonces, cuando él regrese, puede viajar directamente a Liverpool en lugar de volver a Londres."

Su madre lo miraba como si realmente se preocupara por su cordura. Y no la culpaba en absoluto, porque él mismo estaba preocupado.

"Está bien", respondió lentamente, con cautela. "No pretenderé saber por qué de repente has decidido hospedar voluntariamente a la gente en tu casa, Simon, pero sería agradable organizar una fiesta en la casa antes de que los caminos se pongan demasiado malos para viajar."

"Sí, exactamente", respondió un poco débilmente.

¿Qué demonios estoy haciendo?

"Confío en que podrás organizarlo, ¿verdad?" preguntó mientras se dirigía hacia la puerta.

Necesitaba salir de la casa. Necesitaba conducir hasta Bedlam y mudarse.

"Déjamelo todo a mí", respondió su madre con suavidad. "Invitaré a nuestros amigos y a aquellos que tienen interés en el área de trabajo de Eugene."

Justo antes de salir corriendo de la habitación, Simon se dio la vuelta.

"Sir Reginald Linchfield y su familia", tartamudeó. "Ponlos en la lista de invitados."

"¿Quién?"

"Sir Reginald Linchfield. Creo que es todo un historiador. Estoy seguro de que la presencia de él y su familia será valiosa. Para Eugene."

Salió corriendo de la habitación antes de que su madre pudiera interrogarlo sobre personas tan por debajo de su propia elevada posición en la Sociedad.

Una vez en el pasillo, se detuvo y se pellizcó el puente de la nariz.

¿Había dicho en serio a su madre que llenara su casa de gente y organizara un baile solo para volver a ver a la enigmática intelectual?

Además, ¿realmente quería pasar semanas escuchando cómo ella admiraba a su flaco primo?

De repente, le dolía la cabeza, y no le gustaba esta sensación revoloteando en su estómago. Nunca le había importado tanto alguien o algo antes.

Fuera de Nicholas, James y Robert, no había una sola persona a la que Simon pusiera por delante de su estilo de vida disoluto.

Entonces, ¿por qué ella? ¿Por qué ahora?

No quería examinar demasiado sus razones. Y ciertamente no quería sentir que estaba cambiando de alguna manera, perdiendo su filo.

Todo esto era ridículo y no tenía nada que ver con él.

Simon necesitaba recordarse quién era. Era un libertino disoluto y depravado que no confiaba en el sexo opuesto y no se esforzaba por idear elaborados planes para pasar tiempo con alguna de ellas.

Iba a poner fin a esta locura antes de que su madre hiciera cualquier cosa con sus planes.

Pero primero, iba a hacer lo que siempre hacía mejor; perderse en sus vicios y cuidarse solo a sí mismo.

CAPÍTULO OCHO

“Señorita, ¿cree que tal vez debería dejar de ser expulsada de aquí?”

Amelia suspiró impacientemente ante el tono agrio de su criada.

El Royal College una vez más no había dado frutos.

"No estaba tratando siquiera de verlo esta vez, ya que está a medio camino de Escocia", se defendió ella acaloradamente. "Solo estaba tratando de averiguar cuándo iba a regresar".

Después de su encuentro en el parque con ese odioso Lord Dashford, y la subsiguiente interrogación de Adeline, Amelia había estado en un gran enojo toda la tarde, y después de una noche de sueño inquieto, no se sentía más feliz.

Mientras desayunaba sola esta mañana, ya que su familia nunca aparecía tan temprano como ella, Amelia se había dado una charla seria.

Dejar que su cabeza fuera girada y su boca besada por alguien como Lord Dashford era extremadamente tonto. Desde la infancia, Amelia se había enorgullecido de estar por encima de tales conductas típicas en las jóvenes damas bien criadas. Es decir, de reír detrás de sus abanicos sobre los hombres y llenar sus cabezas de modas y fruslerías, ninguna de las cuales le interesaba.

Se había dedicado a la lectura y al estudio de la historia y la arqueología. Tenía *planes*. Maravillosos planes aventureros para viajar y ver el mundo. Descubrir los secretos de tribus antiguas y compartir sus descubrimientos con el mundo.

Ya era bastante difícil tener estos planes retenidos por el hecho de ser mujer, algo que no podía evitar.

¿Pero desviarse por un lord libertino con una cara demasiado guapa? Eso era imperdonable. Porque ella *podía* evitar eso. Podía sacar al hombre de su mente para siempre, podía ignorar el hecho de que era primo de su ídolo intelectual, por extraño que fuera ese hecho, y podía volver a enfocar sus esfuerzos en avanzar en su vida académica.

Con ese fin, había llamado a su criada, que era realmente muy poco cooperativa, y una vez más se había dirigido al Royal College.

Adeline le había dicho que el Sr. Taft ya se había ido a Escocia. Esto era inconveniente pero no insuperable.

En su última carta, el Sr. Taft había mencionado su interés tanto en el declive de los Pictos como en la llegada de los Vikingos a la Isla Shetland.

Este viaje no era más que una exploración de investigación, una manera de estudiar los sitios y ver dónde sería mejor comenzar.

Estaba bien si había perdido la oportunidad de hablar con él esta vez. Solo se aseguraría de verlo antes de que partiera en su viaje prolongado.

El problema era que no tenía idea de cuándo volvería a Inglaterra, ni por cuánto tiempo. Y

necesitaba saberlo porque necesitaba idear cómo convencer a su familia de estar donde el Sr. Taft iba a estar a su regreso.

Todo era muy complicado y enrevesado. Por lo tanto, requería toda su concentración, y eso no dejaba espacio para pensar en señores diabólicos. Incluso aquellos que se alzaban sobre ella, tenían hombros anchos, olían maravillosamente y le hacían mariposas en el estómago.

Se lo había repetido a sí misma repetidamente en el camino hacia la Sociedad. Y ahora que la habían echado *de nuevo* sin ceremonias, merecía repetirse. Porque sería muy fácil renunciar a sus sueños y distraerse, por ejemplo, por un par de ojos oscuros y misteriosos. O una mandíbula fuerte y definida.

Y eso no podía permitírselo.

No era menos importante porque, para chicas como Adeline, desmayarse por un caballero probablemente daría lugar a una oferta de matrimonio.

Las chicas como Amelia estaban destinadas a ser floreros hasta que fueran lo suficientemente mayores como para ser consideradas solteronas.

Los hechos eran hechos, y Amelia siempre había sido pragmática al respecto. Adeline había recibido la belleza en la familia; Amelia había recibido el intelecto.

Y permitir que dicho intelecto se convirtiera en papilla por dos encuentros con un hombre era ridículo.

"Seguro que hay otras formas de averiguarlo, señorita", la aseguró la criada, e inmediatamente Amelia pensó en Lord Dashford y su conexión con el historiador.

Pero, no. Esto no serviría.

Definitivamente no pediría ayuda a ese hombre. De hecho, nunca más lo vería ni hablaría con él.

"Señorita Linchfield".

"Oh, no".

Esa voz solo podía pertenecer a un bruto no deseado.

Lanzando su mirada hacia el cielo y rezando por liberación, Amelia se giró para ver a Lord Dashford tambaleándose hacia ella. Y no estaba solo.

***

"No había escapatoria de la mujer".

Simon llegó a esa conclusión mientras se dirigía hacia la figura con el sobrio redingote gris.

¿Por qué se vestía así? Parecía que se vestía a propósito para deprimir.

Aunque, su mente ebria se argumentaba a sí misma, una parte de él estaba contenta de que su belleza no fuera inmediatamente obvia para los que estaban a su alrededor. Se sentía privilegiado de saber de su existencia.

Mientras se tambaleaba hacia ella, vio cómo sus ojos se estrechaban mientras recorría con esa mirada impertinente a su compañera.

Extrañamente, una vaga incomodidad comenzó a apoderarse de él.

Normalmente, a Simon no le importaba un comino quién lo viera en una mañana como esta. Había pasado la noche bebiendo y juergueando, frecuentando sus infiernos favoritos antes de

tambalearse al primer rayo de luz.

Las mujeres con las que estaba -y nadie podía acusarlas de ser damas- habían sido sus compañeras desde hacía mucho tiempo, y por lo general, él disfrutaría bastante del escándalo y la indignación que su presencia entre el *beau monde* provocaría.

Aunque usualmente a esta hora no había nadie más, aparte de otros caballeros de su calaña tambaleándose hacia casa.

Sin embargo, ahora, deteniéndose frente a la señorita Linchfield, viéndola ajustar esas gafas extrañamente encantadoras sobre su nariz respingona, sintió el impulso de jalarse nerviosamente de su corbata.

Luego recordó que había perdido su corbata en algún momento de la noche, así que incluso si hubiera querido jalarla, no habría podido.

"Está madrugando", sonrió, intentando y fracasando en liberarse de las extremidades de las mujeres de vida alegre.

"Y usted está trasnochado, aparentemente", respondió ella con acritud, haciéndole sentir como si fuera regañado por una institutriz.

Habría sido una excelente institutriz, pensó distraído. Toda estricta y recta.

Pero Simon conocía la pasión que se escondía debajo. El fuego bajo todos los volantes y encajes.

"¿Qué hace tan sola?", frunció el ceño ahora, al darse cuenta de que ella no parecía tener acompañante.

Amelia frunció el ceño, confundida, antes de echar una mirada rápida a su alrededor y luego rodar los ojos al ver a una doncella acurrucada contra la pared.

"Tengo a mi doncella conmigo", respondió impacientemente. "Se asusta fácilmente".

Simon no pudo contener su sonrisa.

"Pero usted no".

Amelia levantó la barbilla desafiante, y demonios si no le envió una serpiente de lujuria serpenteando por las venas.

Simon había esperado que una noche de embriagadoras diversiones le recordara quién era y quién no era. Él no era, por ejemplo, un hombre que se perdiera por una intelectual en gafas.

Sin embargo, mientras estaba aquí, admirando a la señorita Linchfield y el hecho de que no se hubiera desmayado ante la vista escandalosa que él y sus compañeras presentaban, se dio cuenta de que se había estado engañando toda la noche.

De alguna manera, esta mujer se le había metido bajo la piel.

Y en lugar de alegrarse de haber vuelto a ser él mismo, Simon se sintió avergonzado. No era un sentimiento al que estuviera acostumbrado ni le agradara.

"No", respondió ella sacándolo de su ensueño. "No me asusto fácilmente".

Pero yo sí, pensó Simon mientras intentaba liberarse de nuevo de las mujeres que lo envolvían.

Maldita sea. ¿Cuántos miembros tenían entre todas?

"Bueno, no lo retendré a usted y a sus, eh, compañeras por más tiempo. Buen día, mi lord".

Ella asintió bruscamente y luego se volvió y se apresuró hacia su doncella, agarró firmemente el

brazo de la joven y se alejó rápidamente.

Y simplemente no estaba dispuesto a dejarla ir.

Simon se dispuso a seguirla como un loco, pero aún estaba atrapado en el agarre de las mujeres que lo rodeaban.

Todavía estaba borracho, también, de hecho. Pero eso no venía al caso.

"Por el amor de Dios, suéltame, mujer", eventualmente bramó cuando se liberó de la última mano.

Enderezando su chaqueta, dirigió su sonrisa más encantadora a las mujeres.

"Me temo que tendré que posponer el resto de nuestros planes, señoritas".

Una de ellas simplemente rodó los ojos, claramente tan ligada a Simon como él a ella. Lo cual quería decir, para nada.

La otra, sin embargo, levantó los labios maquillados en una sonrisa mientras seguía con la mirada a la señorita Linchfield.

"¿Por ella?", se burló, y Simon sintió una chispa de ira ante el tono despectivo.

"Sí, precisamente por ella", soltó entre dientes. "Si me disculpan".

Hizo señas a su cochero, quien había estado esperando pacientemente el momento en que su amo decidiera que quería irse a casa, con o sin compañía.

"Por favor, lleve a las damas a casa, Fred", dijo un poco arrastrado.

Podría ser un bribón de la peor calaña, pero se aseguraría de que las mujeres estuvieran a salvo.

Confiado en que había actuado como un caballero, y convenientemente ignorando todo su comportamiento desde ayer por la noche, Simon se lanzó tras la joven señorita que había puesto su mundo de cabeza en el espacio de solo unos días.

"¡Señorita Linchfield!" gritó.

Vio cómo se le tensaba la espalda y cómo giraba para fulminarlo con la mirada.

"¿Qué diablos está haciendo?", susurró, echando un vistazo a su alrededor, y Simon se dio cuenta de que ella debía estar asegurándose de que no estaban causando revuelo.

Hizo lo mismo y notó a un par de caballeros mirándolos especulativamente. Un ceño fruncido hizo que la pareja se marchara con la mirada baja.

"Realmente está decidido a arruinar mi reputación, ¿verdad, mi lord?"

"Por supuesto que no", respondió, muy ofendido. "Solo que no estoy acostumbrado a preocuparme por preservar la reputación de nadie".

Le ofreció su sonrisa más encantadora, la cual desapareció rápidamente ante su continua desaprobación.

¿Acaso no tenía ningún efecto sobre ella?

"¿Quería algo, mi lord, o me estaba gritando por pura diversión?", preguntó ella.

Maldición, ella era difícil.

"Solo quiero..."

Se detuvo al darse cuenta de que no tenía absolutamente nada que decir, y que de hecho la había

estado gritando por diversión propia. O al menos, porque no quería que se fuera.

La señorita Linchfield suspiró y se quitó las gafas para pellizcarse el puente de la nariz, sin duda en señal de exasperación.

Luego levantó la barbilla y lo miró con furia.

El impacto fue instantáneo y lo dejó petrificado.

Sin la barrera de sus gafas, sus ojos brillaban como astillas de jade. Sus mejillas estaban sonrojadas, presumiblemente de ira y no del deseo que solía ver en las mejillas de las mujeres, y esa boca estaba fruncida con desaprobación.

Era exquisita.

"¿Solo quiere qué?", exigió ella.

Él le sonrió, el desafío de sacudir un poco de ese rígido autocontrol era demasiado intrigante como para dejarlo pasar.

"Bueno, besarla hasta dejarla sin sentido, eso es lo que quiero", dijo con tono burlón y observó de cerca el efecto que sus palabras tendrían en ella.

No sabía qué esperar; definitivamente, una reprimenda que le haría arder los oídos. Una bofetada en la mejilla, muy posiblemente.

Lo que no esperaba era que esos ojos hipnotizantes se abrieran de par en par en shock, y luego brillaran con un fuego verde que le aceleró el corazón.

Si no estaba equivocado, eso era puro y desenfrenado deseo en esas llamas.

Y nada nunca lo había excitado más.

Se acercó un paso, pero la acción pareció hacer que ella recobrara el juicio.

Ella se ajustó las gafas rápidamente en la nariz, pero si esperaba que eso disminuyera su atractivo, estaba equivocada.

"Haría falta mucho más que avances no deseados de alguien como usted para dejarme sin sentido, mi lord", dijo entre dientes. "Le *sugiero* que vaya a casa y se ponga sobrio. Algunos de nosotros tenemos nuestro futuro que planificar".

Se dio la vuelta y se marchó, ni siquiera se detuvo para recoger a su atónita doncella, dejando a la joven chica corriendo detrás de ella.

Simon solo pudo quedarse allí mirándola con consternación.

Quería saber cuáles eran esos planes futuros. Quería verla de nuevo. Quería explorar la atracción que ella no podía ocultar del todo.

Y no sabía por qué. Quizás solo era masoquista.

CAPÍTULO NUEVE

"Necesitamos realmente considerar regresar a casa pronto", dijo Sir Reginald mientras revisaba el correo que acababa de traer el lacayo. "Necesito volver a la finca al menos durante parte de la temporada de cosecha."

"Bueno, ya no queda mucho entretenimiento en la ciudad," coincidió su esposa.

Amelia escuchaba, dividida entre querer convencerlos de que se quedaran hasta tener la oportunidad de conocer al Sr. Taft y querer alejarse lo más posible de su odioso primo.

Habían pasado tres días desde su encuentro fuera de la Royal Society, y no había podido dejar de pensar en el hombre, lo cual era muy inconveniente.

También porque verlo en ese estado, con los brazos alrededor de dos mujeres ligeras de cascos, no solo la había disgustado, sino también la había herido.

Estúpida, ridícula e insensata, se había sentido celosa y molesta por la forma en que se aferraban a él.

¿Por qué la mayoría de los hombres parecían estar peor después de una noche de comportamiento escandaloso, pero Lord Dashford parecía más atractivo y diabólicamente desordenado? Era muy injusto.

Y cuando dijo que quería besarla...

Amelia levantó el pergamino en el que estaba escribiendo notas y se abanicó sutilmente.

Lo sensato sería irse de Londres por completo. Alejarse de la inquietante presencia de Lord Dashford y la tentación maliciosa que representaba.

Y era una pura locura verse tentada por el hombre. Amelia lo sabía. Cualquiera que fueran sus razones para prestarle atención, no podían ser sinceras o reales. Hombres como él nunca querían tener nada que ver con mujeres como ella.

Quizás estaba jugando con ella para su propio entretenimiento. Ciertamente encajaría con su reputación. Una reputación de la cual ahora sabía demasiado, ya que no solo había interrogado sin vergüenza a Adeline en busca de información, sino que ahora también tenía la costumbre de escudriñar las hojas de escándalo en busca de menciones suyas.

Y siempre había algo sobre él. Un romance que salió mal aquí, una exhibición pública casi desnuda allá. Cosas realmente terribles, horribles y de ninguna manera emocionantes.

Oh, pero deseaba tanto ser incluida en la expedición del Sr. Taft.

Quería salir de Inglaterra, aunque solo fuera hasta las Islas Shetland.

Quería ser parte de algo. Quería poder leer uno de sus libros y pensar para sí misma "Yo estuve allí. Ayudé a descubrir eso."

Quería ser algo más que la discreta intelectual, manteniéndose fuera del camino para que su hermosa hermana pudiera brillar.

Sus padres continuaban su discusión, Adeline tocaba suavemente el piano en la esquina y todos estaban gracias a Dios ignorantes del torbellino que estaba volviendo loca a Amelia en silencio.

Un golpe en la puerta puso fin a las discusiones. Era la hora de las visitas, pero la mayoría, si no todos, de sus conocidos ya habían dejado la ciudad, por lo que era un poco sorprendente que alguien los visitara.

La familia esperó en silencio mientras escuchaban los sonidos de una conversación amortiguada seguida de pasos que se dirigían hacia la puerta.

Martin, su mayordomo, apareció con una tarjeta en una bandeja de plata.

"Su Señoría, el Conde de Dashford, y su Señoría, la Condesa Viuda de Dashford."

La boca de Amelia se abrió de par en par y dirigió su mirada hacia Adeline, quien la miraba con asombro. Mamá parecía a punto de explotar de emoción. Papá parecía vagamente interesado, como con todo lo demás.

Mamá se levantó de un salto y agitó frenéticamente las manos a las chicas para que hicieran lo mismo.

"¡Envíalos adentro!", susurró emocionada. "¡Envíalos adentro!"

El mayordomo asintió y se fue a cumplir con el deseo de mamá.

En cuestión de segundos, la entrada se llenó con la figura del Conde de Dashford, con sus ojos negros brillando mientras recorrían la habitación, antes de posarse en Amelia y clavarse en ella con esa mirada que le hacía encrespar los dedos de los pies.

Entró en la habitación, ejecutando una reverencia perfectamente adecuada a su madre, saludando cordialmente a su padre, preguntando por su hermana.

Amelia observó cómo su madre entraba después de él, luciendo mucho menos cómoda y mucho más desaprobadora.

Su mirada oscura, tan parecida a la de su hijo, recorrió la habitación y no pareció completamente complacida con lo que veía.

Vestida con satén oliva, la condesa rezumaba calidad. Era una mujer hermosa, de eso no había duda. Pero estaba claro como el día que no quería estar allí.

Entonces, ¿por qué estaba?

No tenían ninguna conexión con la familia. No había razón en el mundo para que los pares de Dashford se presentaran en la modesta casa de los Linchfield.

Solo podía haber sido idea del Conde de Dashford.

Entonces, ¿qué estaba tramando el hombre?

Ella levantó la vista hacia él una vez más para encontrarlo mirándola.

"Señorita Linchfield". Sonrió, la sonrisa torcida que la había mantenido despierta por las noches y se acercó para tomarle la mano.

Cuando se inclinó sobre ella, Amelia apretó los dientes contra la sensación de su boca presionada contra su piel descubierta.

Siempre se quitaba los guantes cuando escribía. Ahora, los cosería a su piel para evitar una situación como esta.

"Parece estar bien", mintió.

Amelia no hizo ningún esfuerzo por ocultar su escepticismo ante su comentario.

"Y usted parece sobrio", respondió, provocando otra sonrisa que hacía que su corazón se detuviera.

"Más le vale comenzar las presentaciones", susurró conspiradoramente. "Mi madre no es nada si no es estricta con el comportamiento adecuado."

Amelia se sorprendió por la amargura en sus palabras. Pero tenía razón. La condesa parecía del tipo que definitivamente se mantendría en la ceremonia y esperaría que todos los demás hicieran lo mismo.

Además, Mamá preferiría que su hija fuera colgada antes que permitir que una dama principal de la sociedad la tuviera en mala consideración

"Lord Dashford, permítame presentarle a mi padre, Sir Reginald Linchfield, y a mi madre, Lady Moira. Ya conoce a mi hermana, Adeline."

El conde hizo una reverencia una vez más y luego hizo las presentaciones de su madre.

Para Amelia, todo era vanidad y tontería, pero era una parte necesaria del *beau monde*. La sociedad era aficionada al boato y al protocolo. Y a su madre le gustaba la sociedad.

"Amelia, por favor, llama a la campana para el té".

¡Señor! Mamá estaba usando su voz nasal y de Alta Sociedad. La que irritaba los oídos de Amelia, quien felizmente escapó al otro extremo del salón para tocar la campana.

Sabía que la cocina ya estaría llena de comentarios sobre la visita de la gran familia Dashford.

Estarían especulando como locos, preguntándose qué podría haber traído a tal familia a su puerta relativamente modesta.

Y era una buena pregunta.

"Así que..."

Amelia dio un respingo al sonido de una voz en su oído.

Se dio la vuelta y fulminó con la mirada a su némesis.

"¿Por qué vino?", susurró furiosamente. "¿Qué estás tramando?"

"Honestamente, señorita Linchfield, realmente debería intentar suavizar ese encanto suyo. Dará la impresión equivocada."

Amelia rodó los ojos y se volvió ostensiblemente.

"La otra mañana," dijo el Conde de Dashford, con su aliento cosquilleando la piel expuesta de su cuello y haciendo todo tipo de emocionantes, pero no bienvenidas cosas en su interior, "cuando nos encontramos."

Se volvió de nuevo, observando a los ocupantes al otro extremo de la habitación.

Afortunadamente, nadie les estaba prestando atención. Mamá prácticamente se postraba a los pies de la condesa, con Adeline firmemente pegada a su lado.

Papá escuchaba en silencio. La conjetura de Amelia era que ni siquiera escuchaba en absoluto.

"¿Quiere decir cuando tropezó por la calle oliendo a brandy y desfilando con esas... esas..."

Arqueó una ceja de manera que un mechón de pelo negro azabache se asentó sobre ella, y Amelia tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no alcanzarlo y alisarlo.

¡Cielos! Esto simplemente no podía continuar así

"¿Esas?" preguntó fingiendo estar extrañado

Ella no podía pensar en una palabra respetable.

“Esas mujeres de moral suelta”, resopló con piedad.

Él parpadeó por un momento antes de lanzar la cabeza hacia atrás y reír, atrayendo la atención de su familia y de su madre.

“Ahora mire lo que ha hecho”, susurró ella antes de lanzar una mirada a su madre, no sea que vuelva a causar otra escena con ella.

“Como estaba diciendo”, la interrumpió groseramente, sin preocuparse de que ahora fueran el centro de atención desde el otro lado de la habitación. “Cuando la encontré la otra mañana, ¿qué hacía allí a esa hora solo con una doncella?”

“Eso”, dijo Amelia firmemente. “No es asunto suyo”.

Hizo un gesto para alejarse de él y regresar a la seguridad de su familia y su capacidad para evitar hacer cosas como olerlo. Realmente olía bien. Pero Amelia sabía lo suficiente sobre los comportamientos respetables como para saber que simplemente no se iba por ahí oliendo a caballeros bien perfumados. Incluso si no eran del todo caballeros.

De repente, su mano se extendió y la agarró suavemente del brazo, y el tacto la escaldó a través de la tela de su sencillo vestido de batista.

Sus ojos volaron hacia él mientras se preparaba para un rechazo escandaloso.

Pero las palabras murieron en su boca cuando su mirada negra y preocupada la atravesó.

“No es seguro que esté sola a esa hora, Amelia”, dijo suavemente, con un hilo de acero en sus palabras. “Hay gente desagradable a esa hora”.

Su corazón martilleaba al escuchar su nombre en sus labios. No tenía derecho a tomar tales libertades.

Pero escucharlo le dio un escalofrío de placer.

¡Maldito hombre!

“Gente como usted, ¿quiere decir?” respondió ella, enojada porque él se atreviera a decirle qué hacer, enojada porque él le estaba haciendo sentir todos estos sentimientos confusos y tumultuosos.

En lugar de molestarlo, sin embargo, sus palabras lo hicieron parpadear sorprendido y luego sonreír con esa sonrisa.

“Touche, Amelia. Pero no quiero hacerle daño”. Sonrió de repente, y de repente, todo fue seriedad. “Pero no puedo decir lo mismo de otras personas que podrían haber estado cerca”.

Su corazón estaba latiendo con el sonido de su nombre en sus labios. No tenía derecho a tomar tales libertades.

Pero escucharlo le dio un escalofrío de placer.

“Soy perfectamente capaz de cuidarme sola, mi señor”, respondió, retirando el brazo de su agarre

antes de que se convirtiera en un charco a sus pies. “Y mi nombre es señorita Linchfield, ¿entiende?”

¿Nada removería esa sonrisa incorregible de él?

“Sí, señorita Linchfield”, respondió como un escolar que había sido reprendido.

“Es imposible”, se quejó.

“Y es bastante encantadora cuando me reprende”, respondió, deteniendo su explicación y su capacidad para pensar.

Ella sintió un momento de euforia y deseo perverso, antes de que la realidad alzara su cabeza.

Nunca había sido acusada de ser amable en su vida. Él solo estaba jugando con ella.

“Está desperdiciando su vacía adulación en mí, Lord Dashford”, dijo, ignorando el doloroso giro en su corazón. “Ambos sabemos que no es verdad. Insulta mi inteligencia”.

Él entrecerró los ojos, como evaluando algo sobre ella.

“¿Qué estaba haciendo allí, de todos modos?” preguntó, cambiando abruptamente de tema.

No estás decepcionada de que no protestara, Amelia Linchfield. No estás decepcionada de que no insistiera en que eres encantadora. No te importan esas cosas.

“Realmente no es asunto suyo”.

“Pero quiero saber”.

“De acuerdo, no quiero decírselo”.

Estaba siendo bastante infantil, Amelia sabía. Pero él era tan irritante.

Hizo un movimiento para alejarse nuevamente y una vez más, su mano apretó su brazo.

“Sé que está terriblemente preocupada por hacer hablar a las lenguas, señorita Linchfield, pero puede haber notado que no tengo esa preocupación. No querría que su familia y mi madre pensaran que hay algo entre nosotros, ¿verdad?”

Frunció el ceño hacia él. Tenía razón, por supuesto. No le gustaría que pensaran eso.

“Si me lo dice ahora, podemos poner fin a esta íntima pequeña conversación, y puede volver a lanzarme dagas desde el otro lado de la habitación”.

¿Cómo era posible que él pareciera encantador incluso mientras le hacía la vida más difícil de lo que necesitaba ser?

Otro vistazo a su familia mostró a Amelia que habían pasado de curiosos a francamente calculadores.

Lo que definitivamente significaba que era hora de poner fin a esta "íntima pequeña conversación".

Jadeando un gran suspiro para mostrar lo molesta que estaba con él, cedió.

“He estado tratando durante algún tiempo de conocer a un historiador renombrado allí. Él... su...” Suspirando una vez más para darle peso, continuó, “Su primo. Mr. Taft. Hemos estado intercambiando correspondencia, y había esperado conocerlo antes de que se fuera en su viaje de investigación a Escocia. Pero se ha ido ahora, obviamente”.

“Se ha ido desde la semana pasada”, interrumpió él de manera muy poco útil.

“Lo sé”, respondió. “Pero, bueno, había esperado averiguar cuándo volvería para... para...”

Ahora, era el turno del conde de estrechar los ojos con suspicacia.

“¿Para qué?”, exigió.

Amelia podía sentir cómo se encendían sus mejillas. Ella, que había arremetido contra él por su falta de propiedad, estaba a punto de admitir que quería huir hacia Escocia como mujer soltera para trabajar con un equipo de hombres durante meses. Posiblemente años.

“No me diga que se ha encariñado con mi pequeño primo a través de toda esa correspondencia”, se burló, e inmediatamente se le erizaron las plumas. “¿Quién habría pensado que Eugene tenía el don de seducir a una mujer con esa pluma suya?”

“Para su información, había esperado unirme a él en sus expediciones. Y solo discutimos historia y arqueología. No todos los hombres piensan con su...”

“Amelia, la condesa estaba contándonos sobre una fiesta que está organizando en dos semanas”.

La interrupción de su madre llegó en el momento justo.

Una mirada directa al rostro burlón de su señoría como una medida de precaución, y Amelia se movió rápidamente hacia el diván, apretándose entre su madre y su hermana para evitar dejar una oportunidad para que él se sentara cerca de ella y la atormentara.

"Qué amable", respondió educadamente, aunque confundida.

Seguramente la gran Condesa de Dashford no invitaría a una familia como los Linchfields a quedarse con ella.

"Mi sobrino, el señor Eugene Taft, el notable erudito e historiador, regresará pronto de un viaje a Escocia, y queríamos darle la bienvenida a casa con un baile para celebrar todos sus logros", explicó la condesa mirando significativamente a su hijo mientras hablaba. Él estaba apoyado casualmente contra la pared ahora, aparentando estar aburrido. Sin embargo, ante las palabras de su madre, inclinó la cabeza como reconociendo un golpe.

Había una extraña tensión entre el conde y su madre, y Amelia realmente deseaba no estar intrigada por ello. Pero como con muchas cosas, no pudo evitarlo con este hombre.

Podría reprenderse por estar tan desconcertada por el granuja, y en solo una semana de conocerlo. Pero por el momento al menos, estaba suficientemente distraída por la charla de la condesa como para ignorar ese problema en particular. Además, no era algo que realmente quisiera examinar demasiado de cerca, en cualquier caso.

"He escuchado que tienen un gran aficionado a la historia en su familia, y he venido a extenderles una invitación a todos ustedes"

***

Simon observó atentamente cómo la mandíbula de Amelia Linchfield se abrió de par en par ante las palabras de su madre.

Aunque había estado molesto por el comentario sutil de su madre y bastante irritado por la noticia de que la señorita Linchfield había estado rompiendo reglas al escribirle a su primo, tenía que admitir que estaba disfrutando esta parte.

Vio el deleite de su hermana, su bonita carita iluminándose de emoción.

Vio el shock de su madre, seguido de la misma emoción.

Su padre no estaba prestando atención.

Simon sintió el tirón de algo cálido e incluso tierno ante la expresión de Amelia, lo cual nuevamente lo sumió en el pánico y la confusión.

Había experimentado más emociones en la semana que la había conocido que en toda su vida. Y no le gustaba para nada.

"Su esposo, creo, está interesado en los mismos campos que el Sr. Taft, y estoy seguro de que a mi sobrino le gustaría su presencia, y por lo tanto la suya", continuó su madre.

La cara de Amelia cayó, y Simon sintió otro retorcijón de algo ante su decepción.

"¿Mi esposo? Eh..."

"¡Sí!" Esto lo dijo la indomable señorita Linchfield misma.

No iba a dejar pasar la oportunidad de conocer a su precioso Sr. Taft. Tal como Simon sabía que sucedería.

Su madre giró la cabeza hacia Amelia ante este estallido, y Simon apretó los dientes ante la expresión en su rostro mientras sus ojos recorrían el vestido de alto cuello de Amelia y sus anteojos.

"Ah, sí, mi señora. Mi esposo tiene un gran interés en la historia. Especialmente en las tribus Pictas, que... quiero decir, él entiende que su sobrino está investigando actualmente, ¿no es así?"

Ella se inclinó hacia adelante al hablar, con sus ojos verdes brillando, un mechón rico y castaño caía sobre su mejilla, y él ansiaba capturarlo.

¿Qué diablos le pasaba? Simon se preguntó, no por primera vez.

Había besado una vez a esta arpía de mujer. Todos sus otros encuentros habían consistido principalmente en que ella lo reprendiera.

Sin embargo, aquí estaba, lujurioso por un mechón de cabello.

Era una locura absoluta.

"Así es", fue la breve respuesta de su madre. "Mi hijo insistió mucho en que su familia fuera incluida."

Maldición.

Eso lo iba a meter en problemas.

Volvió la mirada hacia Amelia y, efectivamente, ahora sus ojos estaban fijos en él.

Esperaba que luciera furiosa. De hecho, ni siquiera le sorprendería que rechazara la invitación por principios.

Lo que no esperaba era que su mirada se suavizara, que se mostrara agradecida y algo parecido a tierna.

El padre de Amelia, que había estado escuchando el intercambio con una mirada de confusión que crecía cada vez más, de repente se inclinó hacia adelante.

"Mi señora, perdóneme, pero..."

"Estaremos encantados de aceptar, Lady Dashford", lo interrumpió su esposa antes de que pudiera revelar el juego. "Muchas gracias por incluirnos. Estoy segura de que mi esposo estará ansioso por discutir... eh, historia y... y demás con el estimado Sr. Taft."

Simon captó el sutil rodar de ojos de Amelia ante la clara falta de conocimiento de su madre sobre el tema. Y cuando él sonrió en respuesta, ella le devolvió la sonrisa.

CAPÍTULO ONCE

"Creí que podría encontrarla aquí."

Amelia chilló y se dio la vuelta al sonido de la voz del Lord Dashford.

"Me ha asustado", jadeó, llevándose una mano al corazón acelerado.

"Mis disculpas", sonrió Lord Dashford, sin parecer arrepentido en absoluto.

Estaban de pie en el museo, uno de los lugares favoritos de Amelia en Londres. Ella podía pasar horas aquí sola mientras mamá y Addie estaban de compras. Lo cual era exactamente lo que estaba sucediendo ahora.

La invitación de la condesa el día anterior había creado cierto revuelo en la casa de los Linchfield.

Después de que Lord Dashford y su madre se marcharon, Amelia había pasado una eternidad tratando de ordenar sus sentimientos.

La condesa había dicho que su hijo quería que los invitaran. Había dicho que había escuchado que Sir Reginald era un experto en historia.

Y eso simplemente no podía ser cierto porque su padre definitivamente no era un experto.

Parecía demasiada coincidencia que él supiera que Amelia estaba interesada en tales cosas, y, sin embargo, ella no se lo había dicho hasta justo antes de que la condesa hiciera la invitación.

Y él había estado demasiado ocupado molestando a Amelia como para haber podido darle a su madre alguna instrucción apresurada. Además de que solo estaban allí para extender la invitación.

Tan pronto como se fueron, Adeline y mamá habían empezado a chillar de emoción.

Y todo el tiempo, Amelia había estado sentada allí sintiéndose confusa. Pero había un núcleo de algo. Algo cálido y tierno y completamente aterrador. Lo había hecho por ella, estaba segura de ello.

Su sonrisa cuando sus miradas se encontraron; no había sido burlona ni sarcástica ni siquiera pícara. Había sido realmente maravillosa y casi tan peligrosa para Amelia como el recuerdo de su beso.

Por supuesto, eso fue antes de que mamá lo arruinara todo.

"Esto debe ser por ti, Adeline", había chillado emocionada. "Dijiste que lo conociste en el parque? Bueno, debes haber causado una gran impresión, mi querida. ¿Y cómo no lo harías, luciendo como luces?"

El corazón de Amelia se hundió en sus zapatillas.

Adeline. Tenía sentido. Con sus rizos dorados y su tez de melocotón y crema, su hermana era la perfecta rosa inglesa. Amelia era más como un diente de león. No parecía importarle a mamá que Amelia hubiera sido la que había conversado con el conde. O que ella hubiera sido la que hizo

las presentaciones. Según mamá, Adeline era hermosa y, por lo tanto, capaz de captar la atención de un conde. Amelia no lo era.

"P-pero su reputación, mamá", tartamudeó Adeline.

Mamá frunció los labios, pareciendo momentáneamente preocupada. Pero fue pasajero.

"Bueno, los hombres tienen sus inclinaciones, cariño. Y él es un conde. Un Dashford. Hay que mantener a hombres como él en un estándar diferente al de la mayoría."

Amelia había quedado horrorizada. Tanto por los sentimientos de su madre como por la feroz envidia que se retorcía dentro de ella.

Salió rápidamente de la habitación para llorar a lágrima viva.

Pero no había escapatoria en la planificación para la gran fiesta, así que se escapó de Bond Street.

Ahora, parecía que no había escapatoria del conde.

"¿Qué hace en un museo?", preguntó ahora, un poco agria dada la dirección que habían tomado sus pensamientos.

"Me perdí", sonrió.

Era incorregible.

"Espero que se dé cuenta del alboroto que has causado en mi familia", mantuvo un tono ligero, ignorando desesperadamente las tumultuosas emociones que él estaba evocando en ella. De todos modos, se estaba acostumbrando a ellas.

"Por mis encantos diabólicamente buenos e incomparable encanto, sin duda", bromeó.

"Por la inesperada invitación a su hogar. Mi pobre padre está tratando desesperadamente de aprender todo desde los neandertales hasta los emperadores romanos".

"No pensé que consideraría apropiado que le dijera a mi madre que usted es la erudita", respondió suavemente. "Y sabemos lo defensora que es del comportamiento apropiado".

Amelia se detuvo y se volvió hacia él.

Estaban casi completamente solos en la habitación, con solo una o dos personas dispersas por el lugar.

El guardia ni siquiera era visible desde donde ahora estaban, oculto a la vista por una columna gigante.

Había dejado a su doncella en el vestíbulo, ya que Amelia siempre encontraba los bostezos de la chica aquí muy molestos.

"¿Cómo supo siquiera sobre mi interés en la historia?"

"Tengo mis maneras", guiñó un ojo, y su corazón latió más rápido como resultado.

"Mi lord..."

"Llámeme Simon", la interrumpió.

"Absolutamente no", respondió inmediatamente, era una influencia terrible. O al menos lo sería si permitía que su guardia bajara por un momento.

"Mi lord", continuó firmemente, ignorando su sonrisa burlona. "¿Por qué está haciendo esto?"

Por un momento, pareció desconcertado por la pregunta. Como si no tuviera respuesta. Como si estuviera tan confundido como ella

**

"Quiero ayudarla", dijo Simon, aunque era consciente de que no era una respuesta adecuada en absoluto.

Ella frunció el ceño hacia él, una pequeña arruga apareció en su frente y empujó sus gafas hacia abajo.

"¿Quiere ayudarme?", repitió ella.

Simon asintió.

"¿Por qué?" preguntó. Más bien exigió. Era muy exigente.

Y él no tenía una respuesta real para ella. No una que no le asustara hasta el alma, en cualquier caso.

"Porque me gusta ayudar a la gente", insistió.

No podía culparla por su expresión de incredulidad absoluta. Apenas había logrado decir esa mentira sin atragantarse.

Pero si no le daba una razón genuina, ella se iría ahora mismo y se negaría a ir a la fiesta en casa que él no quería dar en primer lugar.

Simon empezaba a tener dolor de cabeza.

Y entonces, se le ocurrió. Una razón válida. Ella no necesitaba saber que no era real.

"Mi primo, el Sr. Taft", comenzó, y trató de no sentirse abatido por el brillo en su expresión. Hasta ahora, ella lo había estado mirando con sospecha. "Lo conozco más que a la mayoría. Somos tan cercanos como hermanos", mintió suavemente.

"¿Y entonces?", volvió a demandar ella. Era muy molesto. Y en absoluto atractivo, insistió Simon para sí mismo.

"Así que sé que está muy solicitado. Sé que la gente siempre está clamando por hablar con él. Y sé que simplemente no tiene el tiempo ni la inclinación para hablar con todos ellos".

"Francamente", continuó cuando parecía que ella iba a abrir la boca de nuevo. "Solo hay una forma en la que puedo pensar para que capte su atención".

"Oh, ¿y cuál es esa?", preguntó ella con acritud.

"La misma manera en que las mujeres han captado la atención de los hombres desde el principio de los tiempos", dijo él con tono burlón.

Ella era una mujer inteligente, captaría su significado.

Y lo hizo.

Sus mejillas se ruborizaron escarlata, y Simon apretó los puños para no correr un dedo por una de ellas.

"¿Quiere decir, quiere decir...?", titubeó ella.

"Quiero decir, sedúzcalo", declaró él con tranquilidad.

Su boca se abrió de par en par mientras lo miraba.

"¿Qué?", finalmente balbuceó. "No podría, no... no puedo"

“Probablemente no,” estuvo de acuerdo, disfrutando bastante de su repentina mueca de enfado. “Pero con mi ayuda, podría.”

Ella lo fulminó con la mirada por un momento tenso.

“El Sr. Taft es un erudito brillante y culto,” finalmente dijo entre dientes apretados. “Él se preocupa por cosas como la inteligencia y... y la mente y las opiniones de una persona.”

“Estoy seguro de que sí. Pero también es un hombre. Y puede que no sepa mucho sobre tus tribus Picti y demás, pero créame, sé lo que hará que un hombre la note.”

“No todos son una... una criatura tan básica como usted,” le disparó, con sus mejillas ardiendo de vergüenza.

“Y, además,” continuó, y Simon se sorprendió de que bajara la mirada, con su tono pasando de ofendido a avergonzado. “No soy el tipo de dama que puede hacer que un hombre se fije en ella.”

El corazón de Simon latió con fuerza mientras un sentimiento que era a la vez demasiado tierno y demasiado aterrador para ser descrito lo atravesaba.

Ella realmente no tenía idea. No tenía ni idea de lo hermosa que era.

Y una parte de él, una parte que crecía más fuerte cada día, no quería cambiar ni un solo aspecto de ella. Quería que se quedara tal como era.

Si el resto del mundo era ciego a su belleza y él era aparentemente el único que la veía, tanto mejor.

Sin embargo, ayudarla era la única manera de pasar tiempo a solas con ella. Y por extraño que pareciera, su necesidad de estar en su compañía era más fuerte que su deseo de mantenerla oculta de su primo.

Porque tenía razón: Eugene era un hombre brillante. Seguro que reconocería el diamante que era Amelia Linchfield en cuanto la conociera.

Y Simon tendría que quedarse de brazos cruzados y verla enamorarse sin remedio de su odioso primo.

De repente, esta gran idea suya no parecía tan maravillosa.

Pero ya la había puesto en marcha, y no permitiría que ella pensara mal de sí misma.

“Amelia...” Dio un paso adelante y tomó su barbilla, obligando a sus ojos a encontrarse con los suyos. “Solo un ciego no vería lo verdaderamente hermosa que es si se le da la oportunidad. Hace un muy buen trabajo escondiéndose.”

Ella lo miró con esos ojos increíblemente verdes. Ojos que lo habían atormentado desde que los había mirado por primera vez.

“¿Y se supone que debo creer que usted puede verlo?” preguntó con sarcasmo, aunque su tono parecía haber perdido algo de su acidez.

“Puedo verlo,” dijo suavemente y sintió una satisfacción arrogante al notar su respiración entrecortada.

“¿Y por qué es eso?”

“Porque he estado mirando,” respondió suavemente. “No he dejado de mirar.”

Sus ojos se agrandaron, y sus gafas se deslizaron por su nariz, como solían hacerlo. Debería arreglárselas.

Él levantó la mano libre y las empujó suavemente de vuelta a su lugar.

Y luego, porque no pudo evitarlo, y porque necesitaba saber si lo que había sentido esa primera noche realmente había sido ella, o solo el brandy, se inclinó y le robó un beso.

En el segundo en que sus labios tocaron los de ella, Simon lo supo con certeza. Había sido ella.

CAPÍTULO DOCE

Huir del museo había sido el acto de una cobarde, Amelia lo sabía. Y ella no era una cobarde.

Al menos, nunca había pensado que lo fuera.

Pero tenía un miedo mortal a Lord Dashford.

No porque él pudiera hacerle daño. No porque fuera cruel, o malvado, o algo parecido.

Sino por lo que sentía cuando estaba con él. Lo que crecía cada día más fuerte.

Y por lo que sentía cuando sus labios tocaban los de ella.

Como si la incendiara. Haciendo que su corazón latiera tan fuerte que parecía salirse del pecho. Desatando el deseo, fundido y abrasador, volando por sus venas.

Y lo más aterrador de todo; como si quisiera renunciar a sus ideas de viajar y dedicarse a la arqueología y desear en su lugar ser su esposa y tener sus hijos.

De todas las ideas descabelladas que había tenido, esa era la más idiota de todas.

Debería haberlo abofeteado, no haber rodeado su cuello con los brazos y aferrarse a él como si su vida dependiera de ello.

No, haber disfrutado del roce de su lengua bailando con la suya. No, haber imitado sus acciones y deleitarse con su gemido de placer.

Un gemido, aún peor, que le había privado de sueño en los últimos días.

Cada vez que cerraba los ojos, soñaba con él. Cada vez que intentaba concentrarse en otra cosa, recordaba ese gemido, esa boca, esos brazos musculosos tirando de ella contra su cuerpo duro como una roca...

“Señorita Linchfield.”

“¿Sí? ¿Qué?” llamó con culpabilidad cuando el mayordomo entró en la sala de estar, con una tarjeta en su bandeja. “Lord Dashford para verla, señorita.”

El corazón de Amelia se elevó antes de que pudiera hacer algo al respecto.

La familia estaba en otra expedición de compras, y ella estaba completamente sola.

Estaba pensando en si debía rechazar verlo, cuando él irrumpió en la sala.

Exhaló un suspiro de impaciencia, pero sabía que regañarlo era inútil.

“Gracias, Martin,” dijo en su lugar. “Por favor, traiga una bandeja de té y mande llamar a Matilda.”

“¿Necesita a su doncella?” preguntó Lord Dashford con arrogancia.

“Es simplemente una cuestión de...”

“Decoro,” terminó él. “Lo sé, lo sé. Por eso no soy muy fanático de ello, ¿sabe? Es demasiado restrictivo.”

Era como un niño, decidió Amelia. Mejor no recompensar el comportamiento infantil e ignorarlo.

“¿Qué puedo hacer por usted, mi lord?” preguntó en su lugar, moviéndose para sentarse con modestia en el diván, rezando para que él tomara la silla opuesta, suspirando aliviada cuando lo hizo.

“Esa es una pregunta peligrosa, Amelia,” dijo él arrastrando las palabras, con una sonrisa tan lobuna que sintió sus mejillas arder.

“No le he dado permiso para usar mi nombre, mi lord,” respondió mordazmente.

“Sí, pero no me importa.”

Amelia levantó las manos.

“Es imposible,” gritó. “¿Qué hace aquí?”

“He venido a llevarla de compras,” anunció como si fuera la cosa más normal del mundo.

“¿Perdón?” balbuceó.

“He venido a llevarla de compras,” repitió pacientemente.

“Ciertamente no ha venido a llevarme de compras,” replicó de inmediato.

Lord Dashford suspiró y se inclinó hacia adelante.

“¿No puede, por una vez, simplemente aceptar algo sin discutir?”

“Pero... pero...”

Él suspiró de nuevo, haciendo que sus dientes rechinaran de molestia.

“Pensé que habíamos acordado que la iba a ayudar.”

“*No* acordamos nada,” escupió furiosa, levantándose de un salto. “Usted dijo que me ayudaría y luego... ¡luego usted...”

“¿La besé?” sugirió él amablemente. “Parecía que estaba de acuerdo. Pero estoy más que feliz de intentarlo de nuevo, solo para aclarar las cosas.”

Él se levantó y dio un paso hacia ella, y Amelia se negó a retroceder y mostrarle lo afectada que estaba por él.

Cuando solo había unos centímetros entre ellos, los ojos negros de Lord Dashford brillaron hacia ella, él habló de nuevo, tan suavemente que sonó como una caricia.

“La verdad sea dicha, preferiría mucho más quedarme aquí aclarando las cosas que pasear por Londres.”

Oh, Señor. Voy a besarlo.

El corazón de Amelia martilleaba mientras sentía que su cuerpo se inclinaba hacia él.

La puerta se abrió de repente, y ella retrocedió tambaleándose, cayendo sobre el diván con un golpe.

Matilda entró, con la bandeja de té en la mano y una mirada especulativa en sus ojos.

“Olvida el té, Matilda,” murmuró Amelia miserablemente, ignorando la mirada de triunfo en el rostro del sinvergüenza. “Vamos de compras.”

***

“Espero que sepa,” le dijo Amelia a Lord Dashford, ni diez minutos después, cuando ambos estaban instalados en su carruaje, “que no tengo intención de s-seducir a su primo. O de intentarlo, en cualquier caso.”

Simon ignoró el destello de alivio que sintió al escuchar sus palabras.

Por supuesto, sabía que ella no era el tipo de dama que actuaría de esa manera. Aun así, era bueno escucharlo.

“No tiene que seducirlo,” respondió con calma. “Pero hacerle pensar que lo hará debería ser suficiente.”

Ella no respondió, así que él la miró y vio de nuevo ese pliegue entrañable en su frente, lo que significaba que estaba pensando. Y eso casi siempre significaba que él estaba en problemas.

“Nunca llegó a decirme por qué está haciendo todo esto realmente,” dijo ella. “Dijo que me estaba ayudando a conseguir una audiencia con su primo,” continuó, como si Eugene fuera un maldito príncipe y no solo un ratón de biblioteca con los bolsillos vacíos.

A Simon nunca le había importado financiar las actividades de su primo. Hasta ahora.

“Pero no dijo *por qué*,” continuó ella. Era demasiado perspicaz para su tranquilidad. “Y una fiesta en casa parece excesiva.”

Simon pensó por un momento y luego decidió que la excusa que le había dado a su madre era lo suficientemente plausible para la suspicaz señorita Linchfield.

“Resulta que cuanto más envejece, más caro se vuelve. Espero atraer a algunos patrocinadores para que no me arruine.”

No era cierto, por supuesto. La verdad era que Eugene costaba una miseria. Y la única razón por la que Simon financiaba al hombre era porque no podía soportar escuchar las súplicas de Eugene y las reprimendas de la condesa. Era más fácil enviar fondos de vez en cuando, especialmente porque apenas afectaba las finanzas de Simon. Financiaba a Eugene para poder disfrutar de una vida tranquila. Un pequeño precio a pagar.

Ella parpadeó sorprendida.

“¿Usted... usted financia sus estudios?”

“Financio toda su vida, señorita Linchfield.”

Ella frunció ligeramente el ceño, y él sintió una sensación de temor. ¿Se había interesado en Eugene? ¿Estaba preocupada ahora de que él no pudiera mantenerla?

“Eso es muy... generoso,” dijo finalmente, y él sintió un orgullo hincharse al escuchar el respeto en su tono.

“Bueno, es familia,” se encogió de hombros.

Ella volvió a quedarse callada, y él la miró de nuevo para ver que le sonreía.

“¿Qué?” preguntó él, un poco a la defensiva.

“El Diablo de Dashford Manor tiene un punto débil por su familia.” Se encogió de hombros. “Es un poco... poco ortodoxo. No concuerda en absoluto con su reputación.”

“¿Y qué sabe de mi reputación, eh?” bromeó, deleitándose con su repentino sonrojo. “No me diga que ha estado participando en chismes, señorita Linchfield. Eso no es muy refinado, lo sabe.”

“No he estado participando en chismes. Solo, debo haber, debo haberme encontrado con alguna que otra pieza en las páginas. O, o accidentalmente escuchado algunas cosas.”

“Ah,” respondió él. “¿Y qué es lo que ha escuchado?”

Ella olfateó piadosamente, y maldita sea si no volvió a sentir ese tirón en su corazón.

“No podría repetirlo, mi lord.”

Simon no pudo contener su risa.

Ella no tenía idea de lo adorable que era su indignación.

“Bueno, estoy seguro de que la mayoría de las cosas han sido enormemente exageradas,” la aseguró él.

Su escepticismo era palpable.

“Entonces, ¿no lo encontraron en *flagrante delicto* con una cantante de ópera hace apenas tres semanas? Cerca del Támesis, si la memoria no me falla. ¿No tuvo alguien que sacarlo?”

De repente, la corbata de Simon se sintió como un lazo.

“Eso no es *del todo* cierto,” comenzó. “Logré salir por mí mismo.”

“Hmm. ¿Y no lo vieron corriendo por Mayfair al comienzo de la temporada con la mitad de tu ropa faltante en pleno mediodía?”

“Bueno...”

“¿Con Lord Chesterwood persiguiéndolo, creo? ¿Después de que lo atrapara con su esposa?”

“La situación no...”

“Y,” continuó ella, realmente entrando en su ritmo.

Al diablo, pensó Simon y llevó la mano al lazo.

“¿No fue a usted a quien Sir Ambrose se refería como el ‘maldito que lo arruinó en la mesa de faro el otro día?’”

“Él solo es culpable de eso,” interrumpió Simon, sintiéndose como si estuviera en juicio.

“¿Sería eso la noche antes de la mañana en que lo vi con sus... compañeras?”

Él la miró con el ceño fruncido, no disfrutando en absoluto tener sus escapadas expuestas frente a él. Especialmente no por ella.

Afortunadamente, ella no parecía conocer lo peor.

“Sí,” admitió finalmente con amargura. “Lo fue. Pero no he frecuentado ningún antro de juego, ni pasado tiempo en compañía de ninguna *compañera* desde entonces.”

“¿Oh, en serio?” se burló ella. “¿Finalmente se cansó de sus vicios?”

“No en absoluto,” habló suavemente. “Solo encontré algo más que me interesa.

La observó tragar convulsivamente, y le costó toda su fuerza de voluntad no inclinarse y besar la larga y suave columna de su cuello.

Afortunadamente, habían llegado a la tienda de la modista, y Simon pudo sacar su mente de ese lodazal del que ella lo acusaba de frecuentar y volver a la tarea que tenían entre manos.

Aunque era una tarea que ya no quería llevar a cabo.

CAPÍTULO TRECE

“Le digo, no tiene sentido.”

“Quiero que luzca lo mejor posible, señorita Linchfield,” dijo en voz alta porque sabía que la molestaría.

“Entonces debería haberme llevado a un mago,” replicó ella.

Simon no pudo contener una sonrisa ante el tono indignado de Amelia.

Había sido llevada a la parte trasera de la tienda a regañadientes, y Simon aprovechó la oportunidad para entregarle una pequeña fortuna a la imponente Madame Le Fois para que de repente encontrara algunos vestidos sin reclamar y pudiera hacer lo que Amelia necesitara antes de que su familia partiera a Liverpool.

La sensación que tenía cuando imaginaba a Amelia en su casa, cuando se preguntaba nerviosamente qué pensaría ella de su hogar, era tan extraña para él como todo lo demás que había estado sintiendo estas últimas semanas.

Escuchó un golpe, un grito, y luego la voz ahogada de ella.

“¡Madame, por favor! ¿Es realmente necesario?”

Simon se rio para sí mismo. Lo que no daría por estar allí ahora mismo. Aunque, cuando su mente evocó imágenes de ella allí atrás, de repente no sintió muchas ganas de reír.

Antes de que su mente pudiera vagar demasiado por el camino que el resto de su ser deseaba desesperadamente recorrer, Amelia apareció arrastrándose detrás de una triunfante Madame y una asistente agitada.

“Mi lord,” la modista agitó los brazos dramáticamente y luego se apartó de su línea de visión, y allí estaba ella.

Simon se congeló.

No podía moverse.

No podía respirar.

Los ojos de Amelia estaban fijos en el suelo, pero ante su silencio, levantó la mirada, y lo que vio en el rostro de él hizo que sus mejillas se sonrojaran y su respiración se entrecortara.

Será mi perdición.

“Déjennos,” finalmente logró ladrar, y con una sonrisa cómplice, Madame hizo un gesto a su asistente y las dos desaparecieron en la parte trasera, dejando a Amelia y Simon solos

***

Amelia esperó nerviosamente a que Lord Dashford hablara, pero no pronunció ni una palabra.

En realidad, después de que Madame la hubiera tironeado y empujado, le hubiera sacado las horquillas del cabello y le hubiera quitado las gafas, Amelia se había sentido como algún tipo de

experimento. Una curiosidad para ser estudiada y observada.

Pero después de ese interminable y embarazoso debacle, Madame había girado a Amelia para que viera su reflejo en el espejo.

Concedido, la imagen era un poco borrosa debido a la falta de gafas, pero incluso medio ciega podía ver que había una gran mejora.

Madame había insistido en arreglarle el cabello. Amelia había protestado y había sido ignorada completamente.

Ahora, estaba agradecida por ello. Por lo que podía ver, su cabello había sido recogido en lo alto de su cabeza.

Pero el vestido realmente la había sorprendido.

Era un vestido bastante sencillo, de un verde menta, que Madame insistió no sería extrañado por su dueña original.

Las mangas cortas y el escote corazón estaban bordeados en blanco, al igual que la cintura imperio.

Eso era todo el adorno que tenía, pero el cambio que provocó en Amelia era increíble.

Sus ojos, incluso a través de la borrosidad, eran extraordinariamente verdes e incluso su cabello, que siempre había considerado un marrón aburrido y ratonil, parecía caoba a la luz del día que entraba en la tienda.

Se sentía como Adeline debía sentirse cada vez que se vestía por la mañana.

Se sentía... bonita.

Ahora, estaba frente a Lord Dashford, y aunque no debería importarle cosas tan frívolas como los vestidos y su efecto en los caballeros, se encontraba desesperada por su opinión.

Por eso su continuo silencio dolía como el diablo que decían que era.

“¿Hay algo mal con él?” finalmente preguntó, odiando el tono áspero de su voz.

Sus ojos brillaron repentinamente con un fuego impío.

“Oh, no,” respondió suavemente, seductoramente. “Todo está exactamente bien.”

Frunció el ceño de repente.

“Excepto...”

Amelia esperó a que continuara, pero él permaneció en silencio.

“¿Excepto qué?” preguntó, sintiéndose herida de que aún la encontrara deficiente.

“¿Dónde están sus gafas?” preguntó de repente.

Amelia parpadeó sorprendida.

“Oh, están aquí,” las levantó. “Madame dijo que me vería mejor sin ellas. Como si eso no fuera obvio,” se burló.

Sin decir una palabra, el conde dio un paso adelante, tomó las gafas de su mano y las colocó suavemente sobre su nariz.

Finalmente pudo ver con claridad, y parpadeó rápidamente unas cuantas veces antes de mirarlo de nuevo.

Si acaso, el fuego en su mirada se había intensificado.

Y Amelia sabía que estaba peligrosamente cerca de arder en llamas.

“Ahora, es perfecta,” dijo, y su voz estaba tan llena de ternura que le cortó la respiración. “Ahora, parece usted misma.”

El corazón de Amelia latió dolorosamente.

Estaba en un verdadero problema aquí.

“Apruebo,” anunció arrogantemente, arruinando el momento y devolviéndola a la realidad. “Ahora, quiero ver los demás.”

“¿Y es un experto en moda femenina, acaso?”

Simon sonrió con esa sonrisa que le hacía temblar los dedos de los pies.

“No diría eso, pero sé una cosa o dos sobre vestidos.”

Amelia levantó una ceja incrédula.

“¿Sabe sobre vestidos de damas?” preguntó.

Él dio un paso más cerca hasta que ella se sintió abrumada por él.

“Lo admito,” murmuró suavemente, “mi experiencia se centra más en quitarlos, pero sí, conozco bien los vestidos de damas.”

Amelia tragó ruidosamente.

Esto era inapropiado. Y escandaloso. Y ridículo.

Ella no era el tipo de mujer que perdía la cabeza por unas cuantas palabras no sinceras de un diablo con lengua suave.

No era el tipo de mujer que, por ejemplo, se arrojaba al cuello de un libertino y alcanzaba a presionar sus labios desesperadamente contra los suyos.

Pero, tenía que admitir, había una pequeña posibilidad de que se estuviera convirtiendo en ese tipo de mujer. Porque eso fue exactamente lo que hizo.

CAPÍTULO CATORCE

“Dime de nuevo por qué tengo que arrastrarme a una maldita fiesta en casa por tu primo?”

Era raro que Nic estuviera de mal humor, pero cuando ocurría, podía competir con Rob. Al menos con el Rob de antes, antes de casarse con Abby.

“Porque no quiero seguir pagando por Eugene, y mi madre estaba tan decepcionada de que me perdiera su despedida porque James casi se mata a sí mismo con un danés loco,” dijo con desgana, refiriéndose al lío de su amigo con el hombre que había matado a su hermano, dejando a James al cuidado de la sobrina que ni siquiera sabía que existía.

James estaba felizmente casado ahora con la tía de su pupila. La idea de que James se estableciera en la vida matrimonial había horrorizado a Simon en su momento. Ahora, aunque le costaba admitirlo, podía empezar a ver algo de ese atractivo.

Los caballeros estaban sentados en White's en su mesa habitual, y Simon sabía que Nicholas no creía una palabra de lo que acababa de decir.

Nicholas lo miró fijamente, pero Simon no desvió la mirada.

Lo último que quería era tratar de explicar el desastre que había hecho de su vida últimamente.

Cuanto más se acercaban a salir para Liverpool, y el regreso de Eugene, más lamentaba todo este maldito asunto en primer lugar.

“Sabes,” dijo Nicholas en un tono casual que inmediatamente puso a Simon en alerta. “Ha habido comentarios en el club. Comentarios sobre ti.”

“Siempre hay comentarios sobre mí en el club,” se burló.

“No como estos.”

Algo en el tono de Nic preocupó a Simon.

“Bueno, ¿qué es?” preguntó impacientemente.

“Nadie te ha visto con tu habitual séquito de mujeres en semanas,” dijo Nicholas. “Nadie te ha visto en ninguno de tus lugares habituales. Ni en Vauxhall Gardens, ni en ninguno de los infiernos que sueles frecuentar. Ni cerca de la ópera al final de una función.”

“Tal vez te estás pegando a mí, Santo Nic,” se burló, pero sin convicción. Él lo sabía, y Nic lo sabía.

“Me cuesta creer que de repente hayas cambiado tu conducta sin razón. Casi tanto como creer que te importa Eugene, o la opinión de tu madre.”

“Simplemente estoy aburrido de Londres,” respondió a la defensiva.

“Ah,” fue la tranquila respuesta de Nic, y le molestó a Simon que su amigo estuviera tan sereno cuando él mismo estaba en un torbellino de emociones.

Hubo un tenso silencio antes de que Nicholas hablara de nuevo.

“Entonces, ¿no tiene nada que ver con la intelectual con la que te han visto últimamente?”

Simon sintió que todo su cuerpo se tensaba.

“¿De qué estás hablando?” preguntó con voz ronca.

Un sentimiento de culpa y enojo se arremolinaba dentro de él.

¿Había estado tan ocupado persiguiendo a Amelia que no se dio cuenta de que su nombre estaba siendo arrastrado por el barro debido a su asociación con él?

¡Maldita sea! Se había burlado de ella por ser tan piadosa, tan correcta, tan preocupada por su reputación.

Pero todo el tiempo, nunca había considerado realmente el daño que podría estar causando.

“Más de una persona ha notado que has pasado una cantidad desmesurada de tiempo con la señorita Linchfield.”

“Son peores que un grupo de viejas,” escupió Simon. “¿Desde cuándo hablar esporádicamente con una mujer de calidad es digno de conversación aquí?”

“Normalmente, nunca,” reconoció Nicholas, llenando sus vasos vacíos con la botella de brandy que estaba entre ellos. “Pero cuando se trata de ti, bueno, eso es diferente. Y cuando la dama es – ah –“

“¿Es qué?” gruñó Simon.

“No es tu tipo habitual.” Nic pareció decidirse por lo que pensó que era una descripción inofensiva. “Entonces el chisme es aún más fuerte.”

No, ella no era su tipo habitual. Era inteligente, amable, con respuestas ingeniosas y educada. Todas las cosas que normalmente evitaba.

Tampoco era su tipo habitual porque su tipo habitual era desechable. ¿No le había enseñado su madre la inconstancia de las mujeres? Le había enseñado que una era prácticamente igual que la otra

Y, Sin embargo, Amelia Linchfield no se parecía en nada a su madre ni a las mujeres a las que estaba acostumbrado.

¿Y en cuanto a descartable? Incluso la idea lo llenaba de una tristeza que no podía comprender del todo.

“La joven está interesada en el campo en el que trabaja Eugene,” dijo, aferrándose a su temperamento por un hilo.

Sus ojos recorrieron la habitación, fulminando con la mirada a cualquiera que se atreviera a sostener su mirada.

¿Cómo se atrevían a chismear sobre él? ¿Sobre ella?

“Hemos hablado una o dos veces sobre la posibilidad de que se conozcan.” Tragó con fuerza.

Esto le recordó a su infancia, cuando él, Nicholas, Robert y James estaban parados en la oficina del director por algún cargo u otro. Por supuesto, James siempre estaba allí para dar un relato veraz de cualquier incidente por el que los llamaran. James nunca hacía nada mal. Nunca lo había hecho. No como, por ejemplo, tomar a una joven perfectamente respetable y convertirla en el tema de conversación de la alta sociedad.

“¿Y esta fiesta que de repente has decidido organizar? ¿Eso no tiene nada que ver con la

solterona?”

“Su nombre es Amelia, y no es una maldita solterona.” Las palabras salieron antes de que siquiera se diera cuenta.

Pero escuchar a Nicholas hablar de ella tan despectivamente. Bueno, le molestaba.

La sonrisa de Nicholas demostraba que había estado hablando así a propósito, sin duda tratando de provocar a Simon hasta una confesión. Y había funcionado de maravilla también.

Debería haber sabido que alguien como Nicholas nunca hablaría irrespetuosamente de una dama.

“Sé su nombre,” dijo Nicholas con calma. “La recuerdo de cuando la perseguías por Hyde Park. Muy bonita. Y demasiado buena para ti, estoy seguro.”

“Eso no es difícil.” Simon se rio, aunque no había humor en ello.

“Su nombre está en el libro,” dijo Nic ahora, refiriéndose al libro de apuestas al frente de la sala. El nombre de Simon había estado en él más que cualquier otro antes, un hecho del que en realidad se había sentido bastante orgulloso. Casi siempre asociado con el de una mujer. Esta vez, lo hacía sentir enfermo.

“¿Qué diablos están diciendo?” soltó.

“Están apostando cuánto tiempo te llevará arruinarla.” Nic frunció el ceño con desaprobación. “Te lo he advertido antes, más de una vez, que tu comportamiento iba a lastimar a alguien,” reprendió.

“Y te dije, más de una vez, que dejaras de actuar como un padre desaprobador,” replicó Simon.

Su estado de ánimo ya estaba oscuro.

Estaba recordando el otro día. Ese beso explosivo con Amelia. La forma en que se sentía en sus brazos. El aroma floral de ella que lo perseguía. La inteligencia que brillaba en esos ojos mientras se enfrentaba a él una y otra vez.

Pero ella había roto el beso antes de que su control se rompiera por completo y desapareció con Madame por el resto de su visita.

No había dicho una palabra durante el viaje de regreso a la casa de su padre. Y cuando él la visitó ayer, ella no estaba en casa para recibir visitas.

Desesperadamente quería verla, saber en qué estaba pensando.

Y ahora, acababa de descubrir que la había convertido en el tema de chismes ociosos, pero potencialmente peligrosos. La única gracia salvadora era que la temporada había terminado, y no había suficientes personas para realmente lastimarla.

Pero, aun así, hizo hervir la sangre de Simon.

“Simon.” La voz calmada de Nicholas interrumpió sus pensamientos. “¿Qué está pasando aquí?”

Simon miró directamente a uno de sus amigos más antiguos, una de las únicas tres personas en las que realmente había confiado en su vida, aparte de su padre.

Sacudió la cabeza, con sentimientos confusos de terror, ternura, culpa y enojo amenazando con ahogarlo.

“No tengo idea,” admitió, un poco desesperado.

La sonrisa de Nicholas no era la reacción que esperaba, y francamente, le ofendió un poco.

“¿De qué te ríes?” gruñó.

Esto solo sirvió para ampliar la estúpida sonrisa de Nic.

“Cómo han caído los poderosos.” Su amigo se rio.

La respuesta de Simon fue una maldición negra que hizo reír aún más a Nic.

“Por cierto, me he tomado la libertad de extender tu invitación al Capitán Davis.”

“¿Quién?”

“El Capitán Davis. El hombre que te consiguió la presentación. Pensé que, si la madre estaba ocupada tratando de casar a la hermana de tu dama, no estaría vigilando tan de cerca a la señorita Linchfield.”

“No es mi dama,” respondió automáticamente Simon, ignorando el placer que sintió al escuchar esas palabras. “Y pensé que no lo aprobabas. ¿Por qué estarías tratando de distraer a su acompañante?”

“Porque esto es demasiado importante para ti, y divertido para mí, como para no echarte una mano. Ya puedo ver lo que tú no puedes, amigo mío.”

A Simon no le gustó hacia dónde se dirigía ese pensamiento en particular, así que lo ignoró.

“¿Alguien más a quien hayas decidido invitar a mi casa sin mi conocimiento?” preguntó sarcásticamente.

“Puede que haya escrito de inmediato a Robert y Abigail.” Nic sonrió. “James y Senna estarán de visita de todos modos, ya que llegan a Liverpool. Y estás con suerte, Rob y Abby estaban planeando reunirse con ellos allí con Poppy. Bueno, en tu casa. Así que el timming ha funcionado perfectamente.”

“¿Dashford Manor es una maldita posada, ahora?” escupió Simon, aunque Nic sabía que no le importaba si James o Rob se quedaban en la finca. De hecho, todos sus amigos se habían quedado a lo largo de los años cuando viajaban dentro y fuera de Liverpool. Muchas veces, Simon no estaba en la residencia, pero el personal sabía bien cómo cuidar de sus amigos.

Lo último que quería ahora, sin embargo, era que sus amigos vieran el estado en lo que se había metido. Nunca lo dejarían vivir.

“Abby también llevará a su hermana. Solo para que lo sepas. Alison, creo que se llama. Ha venido a quedarse con Rob y Abby por un año o dos. Tiene intenciones de tener una temporada como su hermana.”

“Abby nunca tuvo una temporada. No propiamente.”

“Lo sé. Pero si acaso, eso parece haber animado a su hermana, no hay que desanimarla. De alguna manera, Rob se ha convertido en un héroe romántico en su historia.”

La idea de su taciturno amigo siendo un héroe romántico era lo suficientemente divertida como para distraer a Simon de sus pensamientos melancólicos.

“Apuesto a que le encanta.”

“Hmm. Aparentemente, la hermana es un poco difícil de manejar, así que podría estar demasiado distraído para burlarse de ti sin piedad por caer...“

“No termines esa frase,” advirtió Simon entre dientes.

Afortunadamente, Nicholas atendió su advertencia.

Cayó en un silencio reflexivo, y Nic lo dejó reflexionar.

Finalmente, miró a su amigo.

“¿Ella está en el libro?” preguntó.

Nicholas solo asintió.

“Bien.”

Simon empujó su silla hacia atrás y se dirigió al maldito libro, consciente de las miradas cautelosas que venían de todas las direcciones.

El libro de White’s era famoso y sagrado. Una parte importante de la historia del club y sus miembros.

Simon se quedó mirando los varios nombres y apuestas.

Y ahí estaba.

Ver su nombre en la tinta manchada lo enfureció.

Levantó la mirada y fijó una feroz mirada en cada hombre lo suficientemente valiente para mirarlo.

Luego, extendió la mano y arrancó la página del libro.

Los jadeos de asombro e indignación le dieron un placer perverso.

Arrugando el papel en una bola, lo arrojó al suelo, luego se giró sobre sus talones y salió de allí, ignorando el sonido distintivo de la risa de Nicholas mientras se iba.

CAPÍTULO QUINCE

“Oh, Dios mío, es hermoso.”

La exclamación sin aliento de Adeline sacó a Amelia de su ensueño mientras su carruaje se dirigía hacia Dashford Manor.

Durante días había estado preocupándose por la visita próxima y ahora, aquí estaban.

Miró por la ventana del carruaje mientras se acercaban a la casa y sintió que la mandíbula se le caía.

Tenía que estar de acuerdo con Adeline. La mansión era hermosa.

Amelia no estaba segura de qué esperar. Dada la reputación del dueño y el apodo de diablo, había estado medio esperando algún castillo oscuro, gótico y en ruinas. Completo con mazmorras y monstruosas gárgolas.

Nada podría estar más lejos de la verdad.

La casa estaba bellamente situada, rodeada de exuberantes jardines y prados verdes que conducían a densos bosques en tres lados.

El ladrillo rojo brillaba al sol de la tarde, y el techo de pizarra roja le recordaba a Amelia una casa exótica en la costa del Mediterráneo.

Había tantas ventanas, que solo podía imaginar lo luminoso y aireado que sería por dentro.

“Fue muy amable de Lady Dashford invitarnos,” dijo mamá ahora, como había estado diciendo cada media hora desde que partieron.

Era sumamente molesto. Especialmente porque seguía intercalando su discurso con comentarios sobre cómo el conde debía haberse interesado por Adeline y cómo ella debía hacer su mejor esfuerzo para asegurarlo.

Amelia había querido gritarle a su madre que había sido ella a quien el conde había prestado atención. Había sido Amelia quien había captado el interés del conde, Amelia quien había comprado con él, charlado con él y lo había besado.

Pero, por supuesto, no lo había hecho.

Había permanecido en silencio, miserable y confundida. Silenciosamente emocionada de verlo y aterrada a la vez.

El recuerdo de su último beso en casa de Madame Le Fois la acompañaba durante sus momentos de vigilia y noches inquietas.

Amelia siempre se había enorgullecido de ser una persona honesta, con los demás y consigo misma.

Ella lo había besado primero, no al revés.

Y había sido glorioso y estremecedor. La había llenado de un deseo tan fuerte que la asustaba.

Pero más que eso, la había llenado de algo aún más poderoso. Algo que la había hecho apartarse de él y luego esconderse hasta que fue hora de partir hacia Dashford Manor.

En ese momento, envuelta en la sensación de emoción y ternura, la sensación de que en sus brazos estaba en casa, Amelia supo que se había enamorado desesperadamente, irremediablemente, tontamente del Diablo de Dashford.

¿Y qué bien podría salir de amar a un diablo?

Ahora, aquí estaba sentada mientras el carruaje se detenía en el camino de grava, aterrada de verlo de nuevo, y frenética por hacerlo, todo a la vez.

Esto del amor, realmente era lo más inconveniente del mundo.

Su lectura, sus notas, sus estudios se habían dejado de lado por completo. Y descubrió, para su disgusto, que le importaba más cómo se veía ahora que nunca antes en su vida.

Mamá y Addie estaban extasiadas, por supuesto.

Cuando Amelia regresó a casa, sonrojada por su tiempo con Lord Dashford, adornada con su nuevo vestido verde de tarde, honestamente pensó que mamá se desmayaría de alegría.

En la preparación para su partida, Madame Le Fois había entregado los vestidos que había insistido que Amelia necesitaba.

Solo iban a estar en Dashford Manor por dos semanas, sin embargo, Amelia sentía que Madame la estaba vistiendo para un año.

Se había preguntado cómo Madame había terminado tal inventario de vestidos y había conseguido sus diversos complementos en tan poco tiempo. Y con el modesto presupuesto de Amelia.

Pero cuando había cuestionado a la dramática francesa durante una prueba, la modista se había negado a responder preguntas sobre su genio creativo.

Nada de eso tenía mucho sentido, pero francamente, Amelia tenía tantas cosas por las que preocuparse que estaba feliz de atribuirlo a una peculiaridad de la personalidad y el talento de la modista.

Y, a pesar de que le costaba admitirlo a sí misma, Amelia había estado encantada con las prendas que Madame había enviado.

De hecho, cuando estuvo a salvo en su dormitorio, había pasado reverentemente su mano sobre cada nuevo vestido, sintiéndose mareada de anticipación por usarlos, preguntándose qué pensaría Lord Dashford de ellos.

Él la había convertido en el tipo exacto de dama que nunca pensó que sería.

Peor aún, pensó Amelia mientras un lacayo llegaba a la puerta del carruaje con un escalón para que bajaran, él había arruinado su futuro, aunque no fuera exactamente su culpa.

Desde que podía recordar, Amelia se había enterrado en sus libros, especialmente en sus libros de historia. Todo lo que había querido era escapar de la alta sociedad y las trampas de las que tan poco le importaban.

Había querido ensuciarse las manos, literalmente, y estudiar los artefactos del mundo antiguo.

Esa era la razón por la que su apariencia nunca había sido una prioridad antes. ¿Qué le importaba si su cabello no estaba arreglado o su vestido no estaba a la moda? Cuando estuviera en Egipto, o

India, o Roma o algún lugar así, no le importaría cómo se veía.

Pero ahora.

Bueno, ahora quería ser hermosa. Lord Dashford la había llamado hermosa. Más aún, la había hecho creerle.

Y su pasión por las pirámides y los pictos había disminuido alarmantemente. Ahora su cabeza estaba llena de fantasías absurdas sobre matrimonio y bebés.

Estar en su hermosa casa, una de muchas como mamá se deleitaba en repetir una y otra vez, no ayudaba con las fantasías absurdas.

Cuando papá bajó y luego extendió la mano para ayudar a mamá, Addie agarró la mano de Amelia.

“Amelia,” susurró su hermana, un poco frenética.

“¿Qué?”

“Sabes que el Capitán Davis asistirá a esta fiesta, ¿no?

"Puede que lo hayas mencionado." Amelia sonrió. Addie estaba enamorada. Y si Amelia no se equivocaba mucho, los sentimientos entre su hermana y el joven capitán eran mutuos.

"Pero mamá, bueno, ella es bastante insistente en que yo... bueno, que Lord Dashford..." Addie se detuvo torpemente.

"No te preocupes por eso, Addie. Estoy segura de que mamá estaría más que feliz de que te casaras con el Capitán Davis. Viene de una familia muy respetable."

"Sí, pero no es un conde. Eso dice mamá. Y he intentado de todo para disuadirla de esta idea ridícula. Le hablé de su reputación, pero no quiso escuchar. Aparentemente, se ha dicho que es un hombre cambiado."

"¿Qué? ¿Qué se dice?"

"No lo sé. Mamá estaba visitando a Lady Bellow y volvió completamente alterada por eso. parece que Lord Dashford no ha sido él mismo en absoluto. Sin libertinajes, sin peleas, sin apuestas ni duelos con maridos engañados."

"No deberías hablar tan libremente sobre esas cosas, Addie," Amelia la reprendió débilmente. En verdad, su corazón latía con fuerza por las palabras de Adeline.

¿Había cambiado Lord Dashford tanto? Y si era así, ¿por qué?

No se atrevía a albergar la esperanza que intentaba crecer dentro de su pecho.

"Bah, tonterías." Addie agitó la mano impacientemente. "Lord Bellow mencionó un incidente en White’s también, donde su señoría defendió el honor de una dama."

"¿De quién?" Amelia logró preguntar pese al nudo repentino en su garganta.

"En cuanto a eso, nadie puede decirlo. Aparentemente, dijo o hizo algo que hizo que todos tuvieran miedo de hablar al respecto. Todo lo que se sabe con certeza es que Lord Dashford no es el diablo que solía ser, y que hay una dama misteriosa detrás del cambio en su comportamiento."

La mente de Amelia giraba.

¿Podría ser ella?

Adeline, que no se daba cuenta del tormento de Amelia, continuó divagando.

"El problema es que mamá se ha convencido de que el marcado cambio en el comportamiento de Lord Dashford, junto con su invitación para esta fiesta, es porque ha formado un apego hacia mí. Le *he dicho* repetidamente que nunca me ha hablado una palabra. Si acaso, es contigo con quien ha estado hablando cuando lo hemos visto."

Amelia tragó saliva nerviosamente otra vez.

"Entonces, ¿ella piensa...?"

Adeline rio suavemente.

"No, por supuesto que no. Ella no me escucha."

Amelia intentó ignorar la punzada de dolor por el desdén de su hermana. Como si la idea de que Lord Dashford se sintiera atraído por ella fuera tan ridícula que no mereciera ni un pensamiento.

Sin embargo, él la había abrazado y besado y la había hecho sentir... bueno, cientos de cosas.

"Aunque," continuó Adeline mientras su mirada repasaba el vestido de viaje verde salvia de Amelia, una nueva compra de Madame. "Te has visto sorprendentemente bien. Quizás si siempre te hubieras visto así, mamá habría pensado que eras tú."

Antes de que Amelia pudiera responder, su madre asomó la cabeza dentro del carruaje.

"Chicas, apúrense," ladró. "No podemos hacer esperar a Lady Dashford."

Adeline soltó un suspiro de resignación y se dispuso a obedecer a su madre.

Amelia las siguió a regañadientes.

***

"Supuse que debiste haber tenido algún tipo de accidente. Algún tipo de lesión cerebral. Sin embargo, aquí Nic nos dice que, de hecho, te ofreciste voluntariamente a organizar una fiesta en casa mientras estabas en pleno uso de tus facultades."

Simon frunció el ceño mientras Robert sacudía la cabeza, como si estuviera decepcionado de él.

"Eso de 'todas sus facultades' es un poco exagerado. Sigue siendo Simon."

Esto lo dijo James, quien todavía tenía ese brillo nauseabundo de recién casado.

Aunque, si Simon fuera brutalmente honesto consigo mismo, ya no era disgusto lo que sentía al ver el feliz semblante de sus dos amigos casados, sino más bien envidia.

"Sí, y ninguno de ustedes fue invitado", soltó, ganándose una risa despreocupada.

"Entonces, ¿quién es ella?"

Se dio la vuelta bruscamente desde donde había estado llenando en exceso su vaso de brandy ante la pregunta de James.

"¿Quién?" ladró.

Se encontró con los ojos abiertos de Rob y James, y una sonrisa de Nicholas, quien había estado callado hasta ese momento.

"Quienquiera que sea, Simon," dijo James tranquilamente. "Porque sabemos que no lo estás haciendo por Eugene."

"Quienquiera que sea, debe ser especial. Nunca te he visto hacer un esfuerzo por nadie," dijo Rob.

"Yo..."

Lo que iba a decir fue interrumpido por un golpe en la puerta de su estudio.

"Mi señor, pidió que se le informara cuando llegara la familia Linchfield. Están tomando el té con Lady Dashford en el salón azul."

"Gracias," murmuró Simon, sintiendo las miradas de sus amigos clavadas en él.

Se dio la vuelta para ofrecer sus excusas, o al menos alguna explicación de por qué estaba a punto de salir corriendo.

Sus expresiones eran variaciones de sorpresa, especulación y suficiencia, y no estaba de humor para lidiar con ninguna de ellas, así que, sin una palabra, se dio la vuelta y salió de la habitación.

"Bueno, bueno, bueno," oyó a Rob decir.

"Esto va a estar bueno." Ese era James.

Si Nicholas respondió, Simon estaba demasiado lejos para escuchar.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Amelia deambulaba por los pasillos de Dashford Manor, retorciéndose las manos y probablemente dañando irreparablemente sus guantes de satén blanco.

Cuando llegaron esa tarde, saludó rápidamente a Lady Dashford, quien mostró tanto interés en Amelia como en la silla en la que estaba sentada. Luego alegó estar fatigada por el viaje y se escapó antes de poder ver a Lord Dashford.

Al parecer, no solo se había enamorado tontamente, sino que también se había vuelto cobarde.

Otro cambio en ella que no la dejaba del todo contenta.

Cuando llegó el momento de prepararse para la cena, Amelia tuvo que darse un sermón a sí misma.

Esto no era más que un encaprichamiento, decidió.

Nunca la habían besado antes. Y ser besada hasta perder el sentido por un hombre que ciertamente sabía lo que hacía seguramente la había confundido un poco.

Pero ella era una mujer sensata, práctica y pragmática. Una mujer con planes, metas e intereses. Así que ya era hora de que volviera al camino correcto.

Estaba aquí para conocer al Sr. Eugene Taft. Una persona cuyo trabajo había admirado durante años.

Le confesaría que ella era la persona con la que se había estado enviando correspondencia antes de su partida a las Islas Shetland. Y él quedaría tan impresionado por su conocimiento y pasión que la invitaría a formar parte de su equipo de arqueología en Escocia.

Después de eso, ¿quién sabe? Podría ser en cualquier lugar. Ella iría a cualquier parte. Y no podía permitir que un tonto encaprichamiento de niña la detuviera.

Sintiendo mucha más seguridad, Amelia llamó a Matilda, quien la ayudó a prepararse para la cena.

Se preguntó si debería volver a usar uno de sus vestidos más antiguos, pero decidió no hacerlo. Sobre todo, porque no había empacado ninguno.

Además, por más tonto que fuera el sentimiento, quería desesperadamente ver la cara de Lord Dashford cuando llegara a la cena con una de las confecciones de Madame.

Así que se puso el vestido de satén rosa pálido adornado con perlas y se colocó un collar de perlas alrededor del cuello.

Su cabello estaba artísticamente rizado y adornado con alfileres de perlas a juego.

Matilda había hecho su trabajo tan rápido que Amelia estuvo lista demasiado temprano, y habiéndose encerrado todo el día, estaba desesperada por salir de sus habitaciones.

Así fue como terminó en esta larga y aislada galería, llena de retratos de antiguos Dashfords.

Había estado mirando un gran retrato de Lady Dashford, un hombre que asumió era el difunto conde, un bebé en blanco sentado en el regazo de la dama y un pequeño niño de cabello oscuro y ojos oscuros, con una sonrisa traviesa en su boca.

Ese solo podía ser el diablo mismo. Incluso de niño parecía estar tramando algo malo.

Amelia no pudo contener su sonrisa ni el anhelo de tener una prole de niños traviesos como este.

"Ha estado evitándome."

Amelia jadeó y se dio la vuelta bruscamente para ver a Lord Dashford acercándose hacia ella, su corazón saltando y tambaleándose mientras él se aproximaba.

Señor, esto no podía ser.

Nunca podría ocultar sus verdaderos sentimientos por él si no había una sala llena de personas separándolos.

"B-buenas noches, mi lord." Hizo una reverencia apresurada y luego miró a su alrededor, esperando que alguien más apareciera mágicamente.

Desafortunadamente, nadie lo hizo.

Él se detuvo a solo unos centímetros de ella, y sus rodillas temblaron al inhalar su aroma especiado.

Él olía casi tan bien como se veía.

Mientras sus ojos oscuros recorrían su figura, ella permitió que los suyos hicieran su propia exploración.

Él llevaba su habitual atuendo negro de noche, con la corbata blanca como la nieve atada y adornada con un discreto alfiler de ónix. Sus anchos hombros y brazos fibrosos llenaban el chaqué de manera totalmente perturbadora para su tranquilidad mental y le recordaban con vívido detalle la sensación de su cuerpo presionado contra el suyo.

Finalmente, sus ojos viajaron de regreso a su rostro, y sus mejillas se ruborizaron al darse cuenta de que él había estado observando su escrutinio.

La sonrisa arrogante fue suficiente para hacerla enfurecer.

Realmente era un bruto.

Amelia abrió la boca para darle una severa reprimenda, pero antes de que pudiera pensar en algo que decir, él dio un paso más cerca.

"Es exquisita," dijo suavemente, simplemente, y su corazón casi estalló de placer. "No tenía idea de lo devastadora que iba a ser cuando saliera de su escondite, Amelia. Si lo hubiera sabido, no creo que lo hubiera alentado," bromeó.

Amelia no sabía qué decir a tal cosa, así que optó por lo primero que le vino a la mente.

"¿Le gusta el vestido?" tartamudeó.

"Me gusta lo que hay en el vestido." Él sonrió, esa sonrisa diabólica, y sus mejillas se encendieron aún más.

"Realmente, mi lord. No debería..."

"Llámeme Simon," la interrumpió.

"¿Perdón?" preguntó ella.

"Dije, llámeme Simon."

"Ciertamente no lo haré, mi lord," respondió ella con desdén y se sorprendió con su repentina y suave risa. "¿De qué se ríe?" preguntó, muy ofendida.

"Dios, la extrañé," gimió, y antes de que Amelia pudiera emitir cualquier tipo de réplica, él la atrajo hacia él y capturó su boca en un beso abrasador

***

La sensación de tener a Amelia de nuevo en sus brazos después de días sin verla rompió cualquier vestigio de control que le quedaba a Simon, y se encontró besándola como si su vida dependiera de ello.

Empezaba a sentir que realmente así era.

En algún rincón de su mente, sabía que debería calmarse. Amelia era inocente, no acostumbrada a la pasión, y ciertamente no a la fuerza del deseo que ella despertaba en él.

Pero cuando ella tentativamente respondió a su lengua exploradora con la suya, se perdió, y cualquier posibilidad de sensatez se consumió en el fuego de su necesidad.

La atrajo aún más cerca, de modo que no había nada más que sus ropas entre ellos. Enterrando una mano en su cabello, la otra recorrió su cuerpo, sintiendo las curvas que lo habían vuelto loco desde esa primera noche en el estudio de Lord Bellow.

Separó sus labios de los de ella y dejó un rastro de besos ardientes a lo largo de su mandíbula, bajando por su esbelto cuello, sintiendo una oleada de pura satisfacción masculina al escuchar cómo sus jadeos se convertían en gemidos, gemidos que lo volvían loco.

El cabello de Amelia se soltó en su mano, cayendo como una cascada de seda por su espalda.

Simon la necesitaba más que a cualquier otra cosa o persona antes.

Girando sus cuerpos, la empujó suavemente contra la pared para poder presionarse contra ella, torturándose con la sensación de su cuerpo, con el sonido de su jadeo.

Había perdido todo control. Podía sentirlo, la conflagración dentro de él quemando cualquier esperanza de pensamiento racional.

Sin apenas ser consciente de ello, agarró las faldas de satén de Amelia con su mano, listo para arrancarlas, listo para unirse a ella de una manera de la que no habría retorno.

"Simon."

Su voz entrecortada cortó su ardor, y Simon se congeló.

¿Qué demonios estaba haciendo?

El sentido común asomó en su fea cabeza y, con una fuerza hercúlea, se apartó de ella.

"Lo siento," dijo con voz ronca, sin sorprenderse al escuchar la aspereza de su voz. Tenía suerte de poder hablar.

"¿Por qué?" exigió ella, aunque sin aliento.

Simon solo podía mirarla. Era tan hermosa.

De pie allí, mirándolo con furia como siempre lo hacía, con su cabello suelto y cayendo en rizos castaños por su espalda, con sus ojos, iluminados de jade por su beso.

"No debería haber hecho eso.

"¿Por qué no?" volvió a exigir, y él no pudo contener su sonrisa.

"Porque, por mucho que lo desee, no voy a tomarla de pie contra la pared de la galería de retratos de mi familia", dijo sin rodeos.

Observó cómo sus ojos se abrían lo suficiente como para hacer que sus anteojos se deslizaran por su nariz de nuevo.

"Oh", murmuró ella, con las mejillas ardiendo. "No, supongo que no deberíamos hacer eso. No aquí, de todos modos".

Sus palabras detuvieron su corazón en seco en su pecho. Y porque la estaba observando tan de cerca, vio el momento exacto en que se dio cuenta de lo que acababa de decir.

Su mano voló para taparse la boca. Aunque Simon no podía imaginar para qué serviría eso.

Lo había dicho ahora, y estaba quemado en su cerebro.

"Me está haciendo muy difícil estar arrepentido, Amelia", logró articular con dificultad. "Especialmente porque no lo estoy en absoluto".

"T-tal vez debería irme", murmuró ella después de un doloroso silencio.

Sí, debería irse. Pero él deseaba con desesperación que se quedara.

"Creo que eso sería sabio", dijo, sintiéndose como un santo maldito. Él, el peor pecador de todos.

Ella miró hacia abajo, luego frunció el ceño hacia él.

"Arruinó mi peinado, ¿sabe?", acusó con voz cortante. "No sé cómo lo arreglaré. Tendré que volver a cómo solía llevarlo".

Simon tragó el repentino nudo en su garganta cuando una oleada de ternura lo invadió.

"Perfecto", dijo con tono pragmático. "Así se parecerá a usted".

"Sí, bueno, Mamá me regañará. Creo que el cambio en mí es lo mejor que le ha pasado desde la invitación de su madre", dijo con pesar.

Se inclinó para recoger sus alfileres, con las manos temblando lo suficiente como para hacer que Simon se sintiera bastante satisfecho por el efecto que había tenido en ella.

Inmediatamente se acercó para ayudarla y en segundos había recogido los alfileres y los tenía en sus manos.

Permanecieron en un incómodo silencio durante un momento o dos. Un silencio lleno de todas las cosas que quería decirle, pero no tenía idea de cómo.

"Supongo que debería irme", finalmente dijo ella suavemente.

"Sí, debería", respondió Simon ásperamente. "Mientras todavía tenga la fuerza para dejarla ir".

CAPÍTULO DIECISIETE

“Simon, quiero que conozca a mi hermana”, dijo Abigail Forsythe, la duquesa de Montvale, mientras se acercaba apresuradamente para tomar su brazo.

Acababa de entrar en el salón, necesitando un momento para recogerse después de su encuentro con Amelia.

“Hola también para usted”, Simon sonrió mientras la rubia menuda lo arrastraba hacia donde estaban reunidos sus amigos.

Un rápido vistazo por la habitación le dijo que Amelia aún no había llegado, así que se permitió dejarse arrastrar.

Saludó a Rob, que miraba un poco demasiado lascivamente a su esposa para la comodidad de Simon, a James, que susurraba a su esposa Senna lo suficiente como para hacer sonrojar a la pelirroja, y a Nicholas, que extrañamente tenía una expresión de enfado.

Esto fue lo suficientemente sorprendente como para apartar los pensamientos de Simon de Amelia.

Nicholas siempre era tan tranquilo, tan ecuánime. Nada parecía inspirarle emociones intensas de ninguna manera.

Finalmente, su mirada se posó en otra rubia, y no había duda de que esta era la hermana de Abby.

Era hermosa, notó Simon. Cabello dorado pálido y enormes ojos azul cielo. Parecía una de las muñecas de Poppy.

Normalmente, ella habría sido presa perfecta para Simon, y habría coqueteado descaradamente con ella, quizás incluso intentado robarle un beso o dos.

Juzgando por la expresión ahora cautelosa de Rob mientras los observaba, su amigo evidentemente esperaba exactamente eso.

Y, sin embargo.

Por mucho que Simon pudiera ver la belleza de la chica, permaneció completamente impasible ante ella.

Su hermosa intelectual, al parecer, lo había arruinado por completo y absolutamente para otras mujeres.

“Ally, permíteme presentarte al Conde de Dashford. Simon, mi hermana pequeña, la señorita Alison Langton”.

La dama ejecutó una reverencia perfecta, pero cuando levantó la vista hacia Simon, tenía una sonrisa de pura travesura en su rostro.

Simon la reconoció porque él era el maestro en eso.

Y sabía que Rob iba a tener las manos llenas para mantener a raya a su cuñadita.

“Un placer, señorita Langton”, se inclinó educadamente, mientras escuchaba la llegada de los Linchfields.

Como pensaba. Arruinado.

“Fue amable de su parte permitirme quedarme con usted, mi lord. Aunque creo que no lo sabía. Así que gracias, supongo, por no echarme”, dijo a Simon, parpadeando sorprendido por el espíritu de la chica. Ella era definitivamente una luchadora.

Quizás era porque era estadounidense. Simon siempre había encontrado la franqueza de Abigail refrescante. Su hermana parecía tener la misma actitud.

No era tan mordaz como la de Amelia, por supuesto, pero bueno, él no creía que la de nadie lo fuera.

Cálmate, hombre, pensó Simon mientras su mente inevitablemente vagaba hacia la hechicera de ojos verdes.

“Es más que bienvenida a quedarse, señorita Langton”, respondió, aunque su mente estaba muy lejos de la conversación. “Imagino que animará el lugar”.

“Me alegra oírle decir eso, mi lord. No todos aprueban mi comportamiento”, bromeó, lanzando una mirada a Nicholas, cuya expresión, notó Simon, se había oscurecido aún más.

“No me preocuparía por eso”, dijo con sorna, divertido por la reacción del duque ante la rubia. “Lord Barnbury nunca aprueba el comportamiento de nadie. Excepto el de James”.

James, que había estado observando el intercambio entre Simon y su prima menor con una medida de preocupación, sonrió ahora, pareciendo relajarse.

Simon conocía lo suficiente a James como para saber que el marqués había estado preocupado de que Simon asaltara a la chiquilla en el acto.

Y ni siquiera podía molestarse por eso porque, en el pasado, algo muy parecido probablemente habría sucedido.

“Eso es porque sé comportarme, Simon”, dijo riendo James. “A diferencia de cierto diablo”.

Simon estaba a punto de responder con una broma propia cuando un movimiento junto a la puerta atrajo su atención.

Ahí estaba ella.

Amelia entró, escoltada por su familia, con el cabello recogido como lo había tenido antes de su explosivo beso, sin sus gafas.

Frunció ligeramente el ceño.

Ella no podía ver adecuadamente sin ellas.

“Si me disculpan”, dijo en dirección general a su grupo, y sin esperar respuesta, se movió rápidamente hacia la puerta.

“Así que, ¿esa es ella?”, escuchó a Rob preguntar.

“Oh, es hermosa”, dijo Senna.

“Míralo a él”, se rio James. “Le advertí que esto pasaría”.

Sus voces lo siguieron mientras se acercaba a Amelia, y por mucho que quisiera ignorarlas, Simon se detuvo.

Su nombre ya había sido comentado por él, y solo habían sido amenazas de daño corporal, amenazas que él había estado más que dispuesto a repartir, las que habían evitado que su reputación se manchara.

Si la señalara ahora, las lenguas hablarían de una manera que él no podría detener. Difícilmente podría amenazar con disparar a las mujeres.

Ignorando un pellizco de decepción de que no podía actuar como quisiera, Simon se movió hacia los Linchfields a un ritmo más sosegado.

Cuando llegó al lado de Amelia, el Capitán Davis estaba emitiendo sus propios saludos.

Simon observó con cierta diversión cómo la hermana de Amelia miraba con adoración al capitán.

A Simon le gustaría que Amelia lo mirara con adoración, pensó, aunque probablemente el infierno se congelaría primero. Sin duda, ella pensaba que mirar con adoración a alguien era tonto y una pérdida de tiempo.

Y en lugar de encontrar eso decepcionante, Simon lo encontró completamente encantador

“Capitán Davis”, asintió Simon. “Sir Reginald, Lady Moira. ¿Cómo están?” Simon hizo una reverencia rápida ante los padres de Amelia antes de dirigir su atención a sus hijas. “Señorita Linchfield, señorita Adeline, si me permiten decirlo, se ven muy bien esta noche.”

Sir Reginald observaba a Simon con ojos entrecerrados, aunque se inclinó deferentemente de todos modos. Otro macho protector consciente de su reputación, sin duda.

Lady Moira le sonreía radiante.

La señorita Adeline se ruborizaba hasta las raíces del cabello.

Y Amelia rodaba los ojos, como él sabía que haría.

“Mi señor, permítame expresar una vez más nuestra gratitud por haber sido incluidos en su reunión”, elogió la madre de Amelia. “Adeline estaba deseando pasar tiempo en su casa. Ha estado muy ansiosa por unirse a su fiesta.”

Simon apenas había prestado atención a la baronesa aduladora, pero esto lo dejó perplejo.

Miró con confusión a la joven. Si algo notaba es que ella parecía angustiada por los descarados intentos de su madre de hacer de casamentera, con sus ojos verdes tan parecidos a los de Amelia buscando al joven capitán, que llevaba una expresión similar.

Demonios y condenación, pensó Simon. ¡La madre estaba intentando casarlo con la hermana!

Tenía que detener esto ahora mismo. De lo contrario, tendría dos semanas con la madre de Amelia empujando a su hermana hacia él.

Le estaba empezando a doler la cabeza.

“Bueno, me alegra que todos pudieran acompañarme”, respondió lo más equilibradamente que pudo. “Sé que mi amigo el Capitán Davis aquí estaba ansioso por verlos nuevamente.”

Eso debería bastar, pensó.

Pero había subestimado a la baronesa. Pasó una mirada despectiva sobre el pobre capitán antes de volver su atención a Simon.

“Qué amable”, dijo con desdén. “Adeline quedó encantada con sus hermosos jardines, Lord Dashford. Sé que está ansiosa por explorarlos. Especialmente el lago que pasamos de camino aquí.”

Dios mío, la mujer tenía la sutileza de un coche de caballos.

Simon miró a Amelia y la vio mirar fijamente el suelo. Parecía miserable. Solo podía esperar que fuera porque la idea de su madre intentando emparejarlo con su hermana la molestaba.

“Qué buena idea”, sonrió con ecuanimidad, disfrutando del rostro de alegría de la matriarca antes de desvanecer sus esperanzas. “Sé que la señorita Linchfield mostró interés en las ruinas en el límite de la finca.” Esto lo dijo mirando a Amelia, y sintió un placer al ver cómo sus ojos se iluminaban de emoción.

Sabía que estaba emocionada por las ruinas, pero demonios, él aceptaría lo que fuera.

“¿Por qué no organizamos un grupo para mañana? El marqués, Lord Avondale, estaba ansioso por mostrarle los jardines a su esposa, ya que esta es su primera visita.” Era una mentira, pero no le importaba.

Asintió hacia James y Senna, quienes lo observaban atentamente. De hecho, todos lo observaban de cerca, como si fuera un espectáculo teatral particularmente cautivador.

“Señorita Linchfield, ¿monta usted?”

Amelia le sonrió rápidamente antes de componer su expresión.

“Así es, mi lord.”

“Excelente. Entonces usted y yo iremos a caballo, y si el Capitán Davis fuera tan amable de manejar mi carruaje, puede acompañar a la señorita Adeline.”

La cara de Lady Moira cayó cómicamente, pero era demasiado educada para objetar.

“Qué maravilloso”, dijo débilmente.

La cara de Amelia se iluminó de felicidad, y Simon supo que debía retirarse rápidamente.

Le guiñó un ojo sutilmente a Amelia antes de excusarse, no fuera a hacer algo tonto como besarla sin sentido, y que se fuera al diablo su reputación.

CAPÍTULO DIECIOCHO

"Señorita Linchfield, buenos días."

Amelia levantó la vista de sus huevos para ver a Lady Avondale sonriendo hacia ella, Lady Montvale a su lado.

"Oh. B-buenos días," balbuceó.

Su rostro ardía bajo la mirada amistosa de las dos damas.

No esperaba que se le unieran damas a una hora tan temprana. Mamá y Adeline se quedaban durmiendo mucho más tarde que Amelia. Había asumido que otras damas harían lo mismo.

Pero ahí estaban la duquesa y la marquesa, sonriendo brillantemente.

Amelia llevaba puestas sus gafas. Algo que Mamá le había prohibido hacer en la fiesta en casa.

"Puedes conseguirte un esposo ahora que has mejorado tanto, querida", había dicho Mamá mientras la familia bajaba las escaleras para la cena la noche anterior. "Pero no podrás usar esas gafas tontas."

El pequeño asunto de que Amelia no podía ver sin ellas no había sido algo que a Lady Moira le preocupara demasiado.

Y así, Amelia había pasado la noche entrecerrando los ojos hacia donde Simon había estado charlando con sus amigos y una rubia hermosa.

Su alegría por la oferta de él de llevarla a explorar había sido de corta duración mientras observaba a la hermosa desconocida interactuar con él toda la cena.

Y sin sus gafas, la cabeza de Amelia había empezado a latir tanto que para cuando se sirvió el posset de limón, se había sentido bastante enferma.

Se había excusado con Mamá y Lady Dashford y se había escapado a sus habitaciones antes de que los caballeros se unieran a las damas en el salón.

Esta mañana, había pensado que estaría a salvo usándolas, al menos por un rato.

Pero ahora había sido descubierta por Lady Avondale y Lady Montvale.

Mamá la reprendería.

"¿Podemos acompañarla?" esto lo dijo Lady Montvale, que ya estaba sentada y claramente se estaba uniendo a ella pase lo que pase.

"Por supuesto", respondió Amelia rápidamente.

"Confieso que esperaba tener la oportunidad de hablar con usted anoche, pero desapareció después de la cena."

"Mis disculpas, su gracia. Me temo que tenía dolor de cabeza."

"Señor, no se disculpe." Ella sonrió, sus ojos azules brillaban. "Solo estaba siendo entrometida."

Amelia no pudo evitar sentirse atraída por la dama.

Con sus gafas puestas, podía ver lo exquisita que era la duquesa. Sabía que la americana estaba casada con uno de los amigos más antiguos de Simon.

Por un momento frunció el ceño, confundida.

Si esta era la mujer con quien Simon había estado charlando toda la noche, había estado coqueteando bastante escandalosamente, considerando que estaba casada con el Duque de Montvale.

"Ambas lo estábamos". Lady Avondale se sentó al otro lado de la mesa de Amelia, junto a su amiga.

Otra belleza impresionante, hacían que Amelia se sintiera bastante cohibida.

El cabello rojo de la marquesa brillaba en el sol de la mañana y sus ojos marrones oscuros brillaban con curiosidad.

Amelia se preguntó si debería quitarse las gafas, pero luego pensó que el daño ya estaba hecho.

"Um, ¿qué deseaban saber?" preguntó, insegura de cómo se hacían estas cosas.

En el curso ordinario de las cosas, Amelia realmente no se sentaba a charlar con otras damas. A nadie parecía importarle demasiado charlar con ella. Al menos no sobre algo que le interesara a ella, en cualquier caso.

Pero tenía la sensación de que estas dos damas no estaban interesadas en las tribus de Pictos del norte.

"Bueno, yo, por mi parte, quería saber quién era la dama que había inspirado a Simon, de todas las personas, a actuar como un caballero", dijo la duquesa francamente.

Amelia sintió que sus mejillas ardían ante la declaración de la duquesa.

"No lo hice... no lo hago..."

"Abby, compórtate", Lady Avondale se rio, aunque Amelia notó que también esperaba una respuesta.

Amelia tenía la sensación de que no saldría del comedor hasta que las determinadas damas hubieran recibido dichas respuestas.

"Si... es decir, Lord Dashford sabe de mi interés por la historia y el trabajo del Sr. Taft, y él sabía que disfrutaría conocer a su primo."

Esa era la verdad, después de todo. Solo porque amaba al hombre hasta la distracción no significaba que el sentimiento fuera mutuo.

"Así que, él está organizando una fiesta llena de gente a la que no le gusta para honrar al primo que no le gusta porque estás interesada en el trabajo del Sr. Taft?"

Bueno, cuando su gracia lo ponía de esa manera, sonaba bastante... extraño.

"Creo que quizás simplemente ha desarrollado un interés por la historia", contrarrestó incómodamente.

"Oh, él ha desarrollado un interés en algo, eso seguro." Lady Avondale guiñó un ojo.

¡Estas damas eran escandalosas! No eran en absoluto lo que habría esperado de las esposas de tan prestigiosos pares.

Amelia se retorció incómodamente.

El problema era que las damas le estaban dando algo muy cercano a la esperanza.

Pero Amelia sabía que no era el tipo de dama que inspiraba ese nivel de devoción en un hombre.

Especialmente un hombre como Simon Taft.

Sí, habían compartido algunos besos. Cambiando la vida para Amelia, pero probablemente, completamente olvidables para un libertino como Lord Dashford.

Además de que, ¿no había pasado toda la noche coqueteando con la duquesa? ¿Qué clase de hombre hace eso?

Uno diabólico, eso es lo que era. Y nunca había pretendido ser algo diferente.

"Lord Dashford y yo", dijo ahora, esperando infundir algo de determinación en su voz para que las damas, amables, aunque fuera, no la alentaran a comenzar a creer lo imposible, "somos personas muy, *muy* diferentes. Él es... bueno, él es él", se decidió, sintiendo que su nombre hablaba por sí mismo. A juzgar por los asentimientos de las damas, estaban de acuerdo. "Y yo... bueno, soy estudiosa y seria y un poco una flor solitaria, para ser perfectamente honesta. Difícilmente el tipo de dama para provocar un cambio en el más libertino lord de la sociedad."

Las damas la estudiaron en silencio desde el otro lado de la mesa por un momento, y Amelia se sintió cohibida por su honestidad.

Pero antes de que pudiera disculparse y salir a lamer sus heridas en privado, la duquesa extendió una mano sobre la mesa y agarró la de Amelia.

"Usted, querida..." sonrió con cariño "... es exactamente el tipo de persona para provocar un cambio en él. Nunca ha podido resistir una cara bonita, y la suya es exquisita", dijo tan naturalmente que Amelia honestamente pensó que lo decía en serio.

"Y todo lo que es, es precisamente lo que él necesita", se unió Lady Avondale. "Sabía que esto sería interesante."

"Mi lady, su gracia..."

"Por favor, llámame Senna", la interrumpió la marquesa.

"Y debe llamarme Abby", insistió la duquesa.

"Espero que su vestido de montar sea verde, señorita Linchfield." Abby cambió repentinamente de tema. "Con esos ojos, el color será impresionante. Los ojos de Simon estarán como en una percha", terminó escandalosamente.

Amelia no pudo evitar preguntarse por la duquesa. No parecía el tipo de mujer que coqueteara tan abiertamente como lo había hecho la noche anterior, pero Amelia lo había visto con sus propios ojos.

"¿Tu esposo se unirá a nosotros?" le preguntó abruptamente a la duquesa.

"Sí, por supuesto." Los ojos de Abby se suavizaron al mencionar al duque, y confundieron aún más a Amelia. "Mi hermana también. Ella llegó hace poco de América y necesita desesperadamente algo de decoro inglés", bromeó. "Espero poder contar con su ayuda, señorita Linchfield."

¡Su hermana!

Eso tenía sentido.

No obstante, no hizo que Amelia se sintiera mejor, ya que la hermana de la duquesa era obviamente tan encantadora como la duquesa misma.

Aun así, al menos la hizo sentir más cómoda en presencia de las damas.

“De hecho usaré verde.” dijo Amelia permitiéndose una sonrisa. "Y por favor, llámenme, Amelia."

***

Simon esperaba impacientemente a que Amelia apareciera.

Su corazón se había hundido la noche anterior cuando había entrado apresuradamente al salón y la había encontrado desaparecida.

Durante toda la cena, mientras la hermana de Abigail había estado entreteniéndolo con historias de su viaje desde América, Simon había observado a Amelia.

Ella parecía tan miserable, tan vulnerable. Había querido acercarse a ella y simplemente abrazarla, protegerla de lo que fuera que la estuviera molestando.

Su familia la había ignorado toda la noche, lo que había enfurecido a Simon, y a medida que se servía plato tras plato, sus mejillas se volvían más pálidas.

Cuando ella levantaba la vista de su plato, él podía ver que algo no estaba bien.

De nuevo se preguntó por qué no llevaba sus anteojos, y cuando le preguntó a su hermana dónde había desaparecido, ella le informó que se había ido a la cama con dolor de cabeza.

La decepción que sintió fue aguda.

Ahora estaba de pie con dos caballos listos, preocupado de que ella no apareciera.

Había enviado al capitán Davis con el coche para recoger a Miss Linchfield para su paseo.

Les había advertido a sus amigos que mantuvieran su distancia, lo cual les había causado gracia.

Ahora solo quedaba que Amelia llegara.

"Ella vendrá", dijo.

Simon se volvió al sonido de Nicholas acercándose.

"¿Qué haces aquí?"

"Saludos a ti también", respondió Nicholas secamente.

Simon reprimió un insulto que le valió una risa.

"Realmente estás mal, amigo mío". Nicholas negó con la cabeza.

Simon supuso que podía negarlo. Pero ¿cuál sería el punto?

"Ella tenía dolor de cabeza anoche", murmuró. "¿Y si está enferma?"

Nicholas no respondió, más bien estudió a Simon tan intensamente que sintió como si estuviera frente a un padre estricto.

"¿Qué es exactamente Miss Linchfield para ti, Simon?" preguntó finalmente Nic.

El corazón de Simon latió dolorosamente ante la pregunta.

¿Estaba listo para admitirlo? ¿Para sí mismo, y mucho menos para Nic?

Ni siquiera había hablado con Amelia aún.

"Ella es... diferente", se decidió.

"Tienes suerte entonces", respondió su amigo, y Simon se sorprendió por la tristeza que oscurecía los ojos de Nic. Pero en un instante, desapareció. "Solo asegúrate de que ella lo sepa".

"Lo haré. Entonces, ¿te unes al recorrido por la finca?"

"Tenía en mente hacerlo. Pero..."

"Buenos días, milord. Su gracia".

Ambos se volvieron para ver a Miss Langton sonriéndoles, vestida con un traje de montar azul real.

"Lord Dashford, Robert dijo que podría tomar prestado uno de sus caballos para el paseo. Él y Abby están esperando a la vuelta de la esquina".

"Por supuesto", respondió Simon con facilidad, señalando a un mozo de cuadra.

"¿Nos acompañará, su gracia?"

Ella hizo hoyuelos a Nic, y Simon se sorprendió al ver que la expresión de su amigo se volvía de piedra.

Nunca en todos sus años de conocimiento mutuo, Nicholas había sido menos que cortés y caballeroso con nadie.

"Me temo que no", respondió bruscamente, y con una reverencia apenas ejecutada, se dio la vuelta y marchó.

Simon esperaba ver a Miss Langton herida, pero ella rodó los ojos y le sonrió.

"No eres una persona de mañanas, ¿verdad?" preguntó con picardía, y él no pudo evitar reír.

Era una traviesa, de eso Simon no tenía duda.

El mozo de cuadra llegó con una yegua ensillada, y Miss Langton se despidió alegremente de Simon.

Él sonrió tras la incorregible señorita, luego de repente su piel se erizó y supo que Amelia estaba ahí.

Se dio la vuelta y la encontró observándolo. Bueno, más bien entrecerrando los ojos hacia él.

Simon tuvo la clara impresión de que estaba en problemas.

Agarró las riendas de su semental Hades y del capón que había elegido para Amelia, luego caminó lentamente hacia ella.

Sus ojos la recorrieron mientras se acercaba, y se le secó la boca.

Ella era gloriosa en lo que estaba seguro de que era otra nueva creación de Madame.

La chaqueta con ribetes negros era solo unos tonos más oscuros que sus ojos, haciéndolos imposiblemente verdes, y le ajustaba de una manera que casi le hizo doblar las rodillas.

Su cabello estaba recogido en rizos castaños bajo un sombrero de montar negro, y Simon tuvo la tentación de hundir las manos en él, deshaciendo los pasadores como lo había hecho la noche anterior.

"Anoche su hermana dijo que estaba enferma", dijo como saludo. "¿Se siente mejor?"

Recorrió con una mirada preocupada su rostro, sintiendo como si fuera una madre que se preocupa demasiado, pero incapaz de dejar de preocuparse.

Sus mejillas estaban sonrojadas, sus ojos brillaban. Se veía bien. De hecho, se veía más que bien. Se veía devastadora.

"Estoy bien", respondió, con un tono cortante.

Uh.

Simon repasó rápidamente las últimas doce horas, pero no pudo pensar en ninguna cosa que hubiera hecho mal.

Estaba a punto de preguntar qué estaba pasando cuando ella habló de nuevo.

"No pretendía interrumpir su encuentro con Miss Langton", dijo, dulcemente dulce, y entonces él lo supo.

Simon sonrió ampliamente hacia ella, observando cómo se dilataban sus ojos

"Guarde sus garras, querida. No estaba reuniéndome con la dama. No me he reunido con nadie desde que la vi esa mañana. Y no he querido hacerlo."

Ella parecía atónita por su confesión, y él tuvo que admitir que estaba sorprendido de que las palabras salieran tan fácilmente.

Era ella. Ella lo estaba hechizando, y no se había sentido como él mismo en semanas por eso.

"¿Dónde están sus gafas?" preguntó y vio cómo un rubor se extendía por sus mejillas.

Extendió una mano y frotó sus nudillos suavemente sobre la mancha rosada.

"Tampoco las llevaba en la cena. ¿Por qué no? Sé que no puede ver sin ellas."

"Mamá no quería que las llevara. Algo sobre arruinar mis habilidades para atrapar marido." Ella puso los ojos en blanco, y Simon sintió un pico de irritación.

Su madre era una molestia. No menos porque no le gustaba la idea de que Amelia atrapara a nadie más que a él.

¿Por qué querría la tonta mujer que su hija estuviera medio ciega?

Además, sus gafas eran parte de ella. Parte de su belleza.

"Es una tontería no llevarlas," dijo con el ceño fruncido.

Sus ojos brillaron peligrosamente.

"No se ve como usted sin ellas."

"Sí, por supuesto, no me agrada la idea de tener la visión perjudicada. Significa que puedo mantener el desayuno en el estómago frente a jóvenes damas adulando a señores arrogantes."

Simon exhaló un suspiro y extendió una mano.

"Deme sus gafas," ordenó con calma. Esperaba que ella discutiera, pero con un suspiro impaciente de su parte, ella metió la mano en su bolso y se las entregó.

Sin decir una palabra, Simon las colocó en su pequeña nariz.

"Sabe, es terriblemente bonita cuando está celosa," dijo con desenfado, esperando el impacto de sus palabras.

Fue instantáneo y no decepcionó.

"No estoy celosa," argumentó calurosamente. "Si la dama quiere lanzarse a cada hombre en los alrededores, esa es su prerrogativa. Así como es la suya atraparla. Debería pensar que mostraría un poco más de decoro en su propia fiesta, pero..."

No pudo evitarlo, se inclinó y le dio un rápido beso en la boca, deteniendo su perorata y agitando su sangre.

Cuando levantó la cabeza, ella lo miraba, con los ojos vidriosos de una pasión apenas disimulada. Y lo que pretendía ser un suave roce de labios de repente no fue suficiente.

Con una maldición ahogada, soltó las riendas y capturó su rostro entre sus manos antes de volver a presionar sus labios contra los de ella, esta vez sin contenerse.

El sacudón de deseo fue instantáneo una vez más.

Debería estar acostumbrado al efecto que ella tenía en él a estas alturas, pero el poder de ella nunca dejaba de sorprenderlo.

Simon se deleitaba en sentir las manos de ella aferrándose a las solapas de su abrigo de montar, acercándose más a él.

No podía tener suficiente de ella. Nunca tendría suficiente de ella.

El relincho de su semental rompió el velo del deseo, y Simon se retiró a regañadientes, recordando demasiado tarde que estaban en medio del patio de los establos, y cualquiera podía pasar junto a ellos.

La idea de que los atraparan no asustaba a Simon como debería. Si los atrapaban, el honor dictaba que debía casarse con ella.

Ese pensamiento debería haberlo llenado de pavor.

CAPÍTULO VEINTE

“Sus terrenos son realmente hermosos, mi señor.”

Habían estado cabalgando durante veinte minutos, y Amelia apenas ahora se sentía lo suficientemente estable como para poder hablar.

Ese beso, todos sus besos, la estaban cambiando. Podía sentirlo en su alma.

Se estaba convirtiendo en una mujer que priorizaría el tiempo con él sobre todo lo demás.

Cuando lo encontró con la hermosa hermana de Abby en los establos, tuvo un impulso visceral de arañar los ojos de la otra mujer.

Amelia nunca había sentido celos tan violentos en su vida.

Y no le gustaba mucho.

Por supuesto, no había podido pensar mucho en ello porque él la había besado, y como cada vez que la besaba, su cerebro se volvía tan confuso que era inútil.

Había hablado ahora solo porque estaba relativamente segura de que podía mantener su equilibrio.

“No me llame así, Amelia,” dijo él, y luego le dirigió una mirada positivamente pecaminosa. “Creo que estamos lo suficientemente familiarizados como para dejar de lado esa formalidad.”

Amelia sintió que volvía a sonrojarse, pero no podía discutir con su lógica.

“Simon,” dijo suavemente, ridículamente complacida por su expresión de satisfacción.

Habían llegado al sitio de las ruinas de algún tipo de asentamiento, y el corazón de Amelia se aceleró con emoción.

Detuvieron sus monturas, y sin esperar la ayuda de Simón, ella se bajó de la silla y aterrizó en el suelo.

“Oh, es maravilloso,” exclamó, avanzando apresuradamente.

Se movió entre rocas caídas y pilares tambaleantes.

Si no se equivocaba, estas eran ruinas normandas, y no podía esperar para regresar con un bloc de dibujo y algunos carbones.

Miró hacia atrás para ver si Simón la seguía, pero él estaba apoyado contra uno de los pilares de pie, mirándola con tanta ternura que su respiración se detuvo.

Amelia se sintió repentinamente nerviosa, así que buscó algo para romper la tensión creciente entre ellos.

“Su primo debe amar este lugar,” dijo, y se sorprendió por la máscara sin emociones que de repente se deslizó sobre su rostro.

“No lo sé,” respondió secamente. “No estoy aquí muy a menudo.”

Amelia se acercó a él.

“¿No? Pero es tan hermoso. ¡Y tan bien administrado! ¿Cómo logra tal hazaña si no está aquí?”

Simon se encogió de hombros y se sentó en una roca particularmente grande. Dudando solo un segundo, Amelia se sentó a su lado.

Su muslo rozó el de ella, y no pudo evitar el escalofrío que la recorrió.

Era ridículo, pero entonces, también lo era gran parte de su comportamiento cuando se trataba de este hombre.

“No es diferente a cualquiera de mis otras propiedades,” dijo ahora, mirando hacia los extensos terrenos. “No considero ninguna de ellas un hogar. Tengo administradores que hacen un buen trabajo al manejar las cosas por mí. Y una vez que visito todas ellas un par de veces al año, puedo mantenerme alejado tanto como quiera.”

“¿Pero por qué querría hacerlo?” preguntó suavemente, preocupada de estar hurgando demasiado pero incapaz de resistir la tentación de obtener una visión de los pensamientos íntimos del hombre que amaba.

Él giró la cabeza y capturó sus ojos con su mirada oscura antes de suspirar y volver la vista.

“Cuando tenía nueve años,” dijo, su voz extrañamente plana y sin emociones, “encontré a mi madre en un estado… delicado con uno de los encargados de las caballerizas.”

Amelia no pudo contener su jadeo de sorpresa.

Lady Dashford, que siempre era tan dolorosamente correcta, tan desdeñosa con las personas que no lo eran.

“Difícil de creer, ¿verdad?” Él rio, pero no había humor en su risa. “El paradigma de la alta sociedad acostándose con un sirviente mientras mi padre enamorado seguía sin darse cuenta.”

Sonaba tan sombrío que Amelia deseaba consolarlo, pero permaneció inmóvil, sintiendo que interrumpirlo ahora no serviría de nada.

“Ella vio que yo estaba allí, y me dijo que no debía decírselo a mi padre. Que, si lo hacía, él nos enviaría a ambos lejos, o la enviarían a ella lejos. De cualquier manera, nunca volvería a ver a uno de mis padres, y sería todo culpa mía. Peor aún, mi hermana era apenas un bebé en ese momento. Así que nunca la volvería a ver, o separaría a una madre de su bebé. No es una gran elección para hacer, especialmente cuando eres un niño.”

“¡No!” exclamó, incapaz de contenerse. “Qué cosa para decirle a un niño.”

Simón sonrió sombríamente y se encogió de hombros con indiferencia, pero ella pudo notar que era fingida.

“Nunca se lo dije. Murió pensando que tenía la esposa más devota de la cristiandad. Solo yo sabía qué mentira había estado viviendo. Marianne se casó con la nobleza rusa. Tuvo el buen juicio de poner algo de distancia entre ella y nuestra madre.”

“Simon, lo siento mucho,” susurró Amelia. “Su madre no debería haberle hecho eso.”

Él la miró contemplativamente por un momento.

“Sabe,” dijo. “Solo he visto al amor hacer daño a las personas. Mi padre tal vez no supo lo que era mi madre, pero ese día dañó mi relación con ella para siempre. Y cuanto más actuaba como un paradigma a lo largo de los años, más resentía su hipocresía. Solo he visto el amor destruir

vidas. Y nunca he querido tener nada que ver con él. Nada que se le asemeje siquiera."

El corazón de Amelia se contrajo dolorosamente al escuchar sus palabras.

"El año pasado, James estaba devastado por la muerte de su hermano. Simplemente devastado."

Amelia conocía el destino que había recaído sobre Thomas Harrington por lo que Senna le había contado esa mañana en el desayuno. Tanto el hermano de James como la hermana de Senna habían sido asesinados a sangre fría, dejándolos a ambos a cargo de su sobrina huérfana.

"Poppy está sin sus dos padres, a quienes amaba. Es solo un bebé," dijo en voz baja.

"Incluso Rob," continuó ahora, refiriéndose al Duque de Montvale. "Él amaba a su hermana. A su padre. Y cuando murieron, eso lo destruyó. Su amor por ellos casi lo mata también."

"¿Qué sucedió?" comenzó, confundida.

Simón suspiró de nuevo como si las palabras lo agotaran.

"Cuando éramos niños, la hermanita de Rob nos siguió hasta el río en su finca," explicó oscuramente. Amelia no tenía idea de adónde iba con su historia, pero de repente sintió que no quería escucharla.

Sin embargo, Simón necesitaba contarla. Ella podía sentir eso.

"Ella se cayó," dijo abruptamente. "Corrí en busca de ayuda, pero estábamos tan lejos de la casa. Para cuando regresé, Gina había sido arrastrada. Rob casi la siguió. Después de eso, su padre bebió hasta morir."

"Oh, Dios mío," susurró ella, sintiéndose enferma.

"Fue difícil para todos nosotros," continuó Simón. "Cosas así no deberían pasarle a los niños. Pero por mucho que nos doliera, Rob quedó completamente destruido. A veces, honestamente, no pensé que llegaría a la edad adulta."

El dolor crudo en la voz de Simón era demasiado para soportar.

Amaba a sus amigos intensamente. Aunque decía odiar la emoción, la sentía.

"Pero mírelo ahora," exclamó ella, apretando su mano. "Mire lo feliz que está con Abigail. Cuánto los ama a ella y a sus amigos. Ese tipo de amor es maravilloso.

"Y James y Senna, están tan enamorados. Tan felices. Incluso Poppy," continuó un poco desesperadamente, sus ojos llenándose de lágrimas no deseadas. "Aún no la he conocido, pero según todos los informes, es feliz. Su madre lo trató muy mal, Simon, pero ella no es un verdadero ejemplo de lo que es el amor."

Sintió una lágrima deslizarse por su mejilla e impacientemente se quitó las gafas para poder secarla.

Sin embargo, antes de que pudiera, la mano de Simón subió y su pulgar limpió la gota.

"No quería molestarla," dijo con voz ronca. "Nunca le he contado a nadie sobre mi madre. Ni a James, ni a Rob, ni a Nic. Ciertamente no a mi hermana. A nadie más que a usted."

El corazón de Amelia latió dolorosamente al saberlo.

"No estoy molesta," dijo. "Solo que… no me gusta que esté triste," admitió débilmente, la vergüenza por la confesión haciéndola incapaz de mirarlo a los ojos.

Hubo un largo y doloroso silencio antes de que la mano de Simon se extendiera hacia ella. Le

levantó la barbilla para encontrar su mirada, tan intensa que brillaba como fuego negro.

“No estoy triste,” sonrió torcidamente. “Si acaso, me siento más ligero de lo que me he sentido en años. Más feliz de lo que me he sentido en años.”

Sabía que la sonrisa que le ofreció era temblorosa en el mejor de los casos. Pero era todo lo que podía hacer para no confesarle sus sentimientos en ese momento.

Y después de que él prácticamente le había dicho que nunca amaría a nadie, hacerlo sería la cosa más idiota que podría hacer. Después de enamorarse de él, claro.

“Por usted,” susurró, antes de inclinar su cabeza y presionar su boca contra la de ella.

Este beso se sentía diferente, más tierno, más potente que cualquiera que hubieran compartido antes.

Pero Amelia no podía permitirse leer nada en él.

Alejarse de él cuando sabía lo que sentía por él sería lo suficientemente difícil.

Engañarse a sí misma pensando que él podría sentir algo parecido, solo para ser decepcionada, la mataría.

CAPÍTULO VEINTE

"¡Tío Simon!"

Simon fue arrancado de la tormenta tumultuosa de sus emociones por el sonido distintivo del grito de un niño.

Él y Amelia habían regresado de las ruinas en silencio, y por una vez, no tenía ni idea de cómo romperlo.

Había derramado su corazón y su alma con ella de una manera que nunca había hecho con nadie antes, y eso lo dejó sintiéndose crudo y vulnerable. Expuesto de una forma en que nunca antes se había sentido.

Simon literalmente había atravesado Hyde Park completamente desnudo, pero nunca se había sentido tan desnudo como sentado en esa roca con esta mujer.

Sus lágrimas casi lo habían matado. Y en ese momento había sabido que nunca, nunca más quería ser responsable de sus lágrimas.

Pero no había sabido cómo decirle nada de eso, así que se había quedado encerrado en sus propios pensamientos, dejándola a ella con los suyos.

Ahora, al llegar a la vista de los establos, una niña demandante lo iba a sacar de esos pensamientos, le gustara o no.

No pudo contener su sonrisa cuando Poppy se acercó corriendo hacia él, sus rizos rebotando casi tanto como ella.

Saltando de su montura, extendió los brazos justo a tiempo para que ella se lanzara a ellos, chillando cuando la levantó en el aire.

Desde que Poppy los había conocido a todos en Avondale, habían quedado completamente bajo el encanto de la niña, y aunque Senna los reprendía por consentirla, ninguno de ellos podía evitarlo.

"Hola, Poppy." Sonrió cuando ella rodeó su cuello con los brazos y le plantó un beso en la mejilla.

Estaba a punto de bajarla para ayudar a Amelia a bajar de su caballo, pero cuando miró, ella ya había desmontado y los observaba, con la expresión más extraña en sus ojos.

"¿Has conocido a la señorita Linchfield?" preguntó a Poppy, quien negó con la cabeza y luego miró abiertamente a Amelia.

"Señorita Poppy Harrington, le presento a la señorita Amelia Linchfield," dijo.

"Hola." Poppy sonrió, y Amelia le devolvió la sonrisa suavemente.

"¿Cómo estás?" saludó. "He oído mucho sobre ti."

"Tía Senna dijo que debería hacer una reverencia," dijo Poppy. "Pero no quiero bajarme."

Amelia sonrió.

"Está bien," dijo. "Puedes hacer una reverencia la próxima vez."

Poppy estudió a Amelia por un momento, luego asintió con la cabeza.

"Eres encantadora," dijo, y Amelia parpadeó sorprendida.

"Gracias," respondió, con las mejillas sonrojadas. "Tú también lo eres."

"¿Qué son esos?" Poppy preguntó señalando las gafas de Amelia.

"Son mis gafas," respondió pacientemente. "Me ayudan a ver."

"Me gustaría tener un par de esas."

"Tal vez cuando seas mayor."

Poppy pareció considerarlo por un momento antes de asentir.

"Por favor, ¿puedes bajarme, tío Simon? El tío James me llevará al lago."

"Lo que tú quieras, Poppy," dijo, girándola una vez más antes de colocarla cuidadosamente en el suelo.

"Me llama Poppy," dijo a Amelia. "Pero soy su chica favorita en todo el mundo."

Y con eso, Poppy se volvió y corrió hacia donde James y Senna la esperaban.

Simon la observó irse en silencio antes de volverse para mirar a Amelia.

"Segunda favorita," dijo con un guiño. Disfrutando una vez más de su rubor.

***

Amelia se paró frente al espejo en su alcoba, observando su reflejo.

Se había dejado sus gafas puestas.

Simon tenía razón; era una tontería no usarlas. Y, además, él había dicho que no se veía como ella misma sin ellas.

Parecía que a él realmente le gustaba cómo era ella.

Eso no era algo a lo que estuviera acostumbrada.

Más temprano, cuando él había estado jugando con Poppy, cuando había llamado a Amelia su chica favorita, ella casi se había desmayado a sus pies.

Por supuesto, se había enamorado de él. ¿Cómo podría alguna dama mantener su corazón en su presencia?

"Señorita, sus guantes."

Amelia tomó los guantes de satén para la cena que le ofrecía la criada sonriente.

"Gracias, Matilda," dijo mientras se los ponía.

"Se ve hermosa hoy, señorita," soltó de repente la criada.

"Oh, gracias," dijo Amelia, sorprendida y conmovida.

En verdad, el vestido que había elegido para esta noche era particularmente encantador. De un suave color limón, era el contraste perfecto para su cabello oscuro y sus ojos verdes.

El diseño en sí era lo suficientemente simple, sin adornos, por lo que Amelia lo había combinado con un colgante de ámbar y unos pendientes también de ámbar.

Matilda había vuelto a hacer su magia y deslizó una banda de ámbar y perlas en el cabello de Amelia.

"Estoy muy feliz por usted, señorita," soltó Matilda de nuevo, como si no pudiera evitarlo.

Amelia no estaba del todo segura a qué se refería la criada, pero se sintió temerosa de preguntar.

Bajó las escaleras y entró en el salón, ansiosa por ver al conde de nuevo.

Aunque era extremadamente tonto, lo había echado de menos en las pocas horas desde que lo había visto en los establos.

Los caballeros habían ido a pescar por la tarde, así que las damas habían tenido que almorzar solas.

Y aunque Amelia había disfrutado mucho su tiempo con sus nuevas amigas y se había deleitado al escuchar sobre el vínculo que se estaba formando entre Addie y su enamorado capitán, había contado las horas hasta ver a Simon de nuevo.

Parada en la puerta del salón, vio que era una de las últimas en llegar.

Adeline estaba, como era de esperar, en la esquina con el Capitán Davis.

Mamá estaba instalada con Lady Dashford y Lady Bellow, y parecía tan complacida con sus nuevas y elevadas conexiones que no parecía importarle que Adeline y el capitán estuvieran cerca de hacer un anuncio.

Papá había encontrado un amigo en el magistrado local, que había estado participando en los eventos de la fiesta en la casa, aunque no se estaba quedando.

Mañana habría juegos en el césped, luego un picnic en un lugar hermoso cercano.

Y al final de la fiesta en la casa, el gran baile para señalar el regreso del Sr. Taft.

Amelia se sorprendió al sentir el más mínimo interés en la llegada del hombre.

Todos estos años escribiéndole, preparándose para presentar su caso para que le permitieran trabajar con él, y ahora no podía pensar en nada peor que desaparecer por semanas.

No quería estar lejos de Simon.

Sin embargo, cuando esta fiesta en la casa terminara, regresaría a casa con su familia y no lo vería, en cualquier caso.

El pensamiento era extremadamente deprimente.

"Ahí estás."

La voz de Abigail la sacó de sus pensamientos lúgubres.

"Oh, Amelia, te ves absolutamente radiante." Abby sonrió.

"Y tú también," dijo Amelia con sinceridad. La duquesa se veía hermosa en satén azul pavo real.

"Gracias." Amelia se sorprendió al ver un leve rubor en las mejillas de la dama. "Es el color favorito de Robert."

La sonrisa de la duquesa era tan íntima que Amelia se sintió avergonzada, si no un poco celosa. No podía creer que alguna vez hubiera pensado que Abigail podría haber estado coqueteando con Simon. Su amor por su esposo era palpable.

"Y quería usarlo mientras aún me queda."

Amelia frunció el ceño en confusión antes de que el significado de las palabras de la duquesa se hundiera.

"Oh, Abigail, qué maravilla," exclamó, dando a la dama más pequeña un breve abrazo. "Estoy tan feliz por ti."

Abigail le sonrió radiante.

"Gracias, estoy muy emocionada."

"¿Por qué está emocionada?"

El duque de Montvale había aparecido junto a su esposa.

Amelia se sonrojó una vez más ante el calor en los ojos del duque mientras miraba a la duquesa.

Era un hombre increíblemente guapo. Todos lo eran, en realidad. Parecía injusto para el resto de la nobleza que estos cuatro estuvieran bendecidos con tan buenos aspectos y todos fueran amigos.

Él también era grande.

Nuevamente, todos lo eran.

Pero la hermosura del duque no la ponía nerviosa. El tamaño del duque no la hacía querer hundirse en sus brazos para sentirse segura y protegida.

"Sobre nuestra feliz noticia," susurró Abby.

"Felicidades, su excelencia," dijo Amelia tímidamente.

"Gracias, señorita Linchfield." Él sonrió amablemente.

"Me sorprende que Simon no haya venido corriendo aquí en cuanto entró en la habitación," dijo Abby con naturalidad. "¿Dónde está?"

Todos miraron alrededor de la habitación, y el corazón de Amelia se hundió cuando lo vio en la esquina, una vez más enfrascado en una animada conversación con la señorita Alison Langton.

Encontrando difícil seguir mirando, Amelia desvió la mirada para observar el resto de la habitación.

Lord Avondale y Senna estaban, como era de esperar, juntos charlando con Lord Barnbury.

Para sorpresa de Amelia, sin embargo, el duque no estaba mirando a la pareja, sino más bien sobre sus cabezas a Simon y la señorita Langton.

Amelia solo podía imaginar que su propio rostro estaba igualmente serio.

Sabía por qué tenía esa expresión, sin embargo. No podía entender por qué el duque la tenía.

CAPÍTULO DIECINUEVE

"He estado en este juego el tiempo suficiente como para saber cuándo alguien está jugando, señorita Langton. ¿Le gustaría decirme de qué se trata todo esto?"

Simon observó a la rubia que lo miraba inocentemente. Demasiado inocente. No confiaba en ella ni por un segundo.

"No entiendo a qué se refiere", dijo ella con una sonrisa encantadora.

Él simplemente levantó una ceja y la esperó.

Francamente, le caía bien la chica.

Pero estaba mimada, de eso no tenía dudas. Y obviamente acostumbrada a conseguir lo que quería, cuando lo quería.

Simon simplemente no podía entender qué quería. Y estaba impaciente por llegar al fondo de ello.

Tan solo momentos antes, Amelia había entrado luciendo como un soplo de aire fresco con su vestido limón pálido.

Llevaba puestas sus gafas, notó él, y verla así le complacía más de lo que hubiera pensado posible.

Odiaba la idea de que cambiara su apariencia por la opinión de su madre sobre ella.

Pero ¿no le habías dicho que cambiara su apariencia?

Simon frunció el ceño mientras una voz interna le respondía.

Bueno, sí, lo había hecho. Pero en gran parte había sido para poder pasar tiempo con ella.

Ella parecía más feliz, en cualquier caso. Más segura de sí misma.

Y todos los demás ciertamente eran más conscientes de su belleza, pensó sombríamente mientras observaba los lascivos vistazos de los caballeros a los que su madre había insistido en invitar.

No por primera vez, Simon deseó los días en que ella hacía lo posible por disimular su belleza. Aunque podía admitir que eso no era más que una envidia mezquina de su parte.

"Si no cierra la boca, mi lord, va a babear sobre su alfombra persa", dijo la señorita Langton, sacándolo de sus pensamientos menos que felices y devolviéndolo al asunto en cuestión.

Frunció el ceño hacia ella.

"¿Qué quiere decir?"

Ella le lanzó una sonrisa sabedora, y de repente Simon pudo ver un destello de su verdadera naturaleza bajo su comportamiento escandaloso y mimado.

"Adelante", suspiró dramáticamente. "Esto no está sirviendo de mucho, en cualquier caso."

Él frunció el ceño ante su comentario críptico, pero estaba demasiado distraído por ver a Amelia

conversando con Lord Severill como para prestarle mucha atención.

Severill era un auténtico bastardo. Había llegado esa mañana, acompañando a su hermana. Había intentado emular el comportamiento de Simon durante años, pero le faltaba la finura.

Simon sabía que caminaba por una línea muy fina. Pero nunca faltaría el respeto ni haría daño a una mujer. Lo mismo no se podía decir del joven vizconde.

Estaba aquí solo porque la condesa había insistido en que la hermana de Severill debía venir.

Simon se acercó furtivamente hacia ellos, ignorando los saludos que le dirigían en el camino.

A medida que se acercaba, vio con cierta satisfacción que Amelia fruncía el ceño a Severill como si fuera una de sus rarezas históricas. Lo que sea que estuviera diciendo, ciertamente no se estaba ganando el favor de la dama.

"Buenas noches, señorita Linchfield."

Los ojos verdes de Amelia se volvieron hacia Simon, y por un momento, su rostro se iluminó de felicidad, lo suficiente como para hacer que su pecho casi estallara.

Pero en cuestión de segundos, esa mirada severa de ella volvió a su lugar.

"Mi lord." Hizo una leve inclinación que apenas se asemejaba a una reverencia, y Simon se quedó preguntándose una vez más qué había hecho mal.

Antes, ella había estado celosa porque estaba con Miss Langton.

Tan cerca como la estaba observando, su mirada se desvió hacia donde había dejado a la rubia.

Ah, demonios.

Estaba en problemas de nuevo

"Está usted muy hermosa esta noche, señorita Linchfield." Habló de nuevo, lo que hizo que sus ojos se abrieran más y luego frunciera el ceño.

"Estaba diciendo lo mismo."

Esto de parte del llorón de Severill, a quien Simon había ignorado hasta ese momento.

Le dirigió una mirada despectiva al hombre.

Era un joven inexperto, y tenía mucho que aprender.

A saber; mantenerse lejos de Amelia.

"¿Realmente?" preguntó suavemente, asegurándose de inyectar acero en su tono.

Por la manera en que el rostro del hombre más pequeño palideció, Simon supuso que había transmitido claramente sus sentimientos.

Sin embargo, antes de que pudiera captar la atención de Amelia, sonó la campana para la cena, y ni siquiera se molestó en contener su juramento de frustración.

Severill era el par con el rango más bajo en la sala. Eso significaba que acompañaría a Amelia a la cena.

Simon nunca había notado o le había importado ese tipo de cosas antes. Ahora, no quería que ese hombre estuviera cerca de ella.

No había nada que pudiera hacer, sin embargo. Si creaba una escena, avergonzaría a Amelia.

Apretando los dientes, observó al hombre acompañarla fuera de la sala.

Esta maldita fiesta en la casa se estaba convirtiendo en una peor idea cada segundo.

***

Amelia estaba miserable. Otra vez.

¿Cómo era posible que algunas de las mejores obras de arte y poesía celebraran estar enamorado? ¿Que lo hicieran parecer maravilloso?

Tal vez ella lo estaba haciendo mal.

Durante toda la cena, había apretado los dientes contra los comentarios cada vez más ofensivos del vizconde a su lado.

Él ya estaba completamente borracho cuando se sirvió el plato principal y no daba señales de detenerse en su beber.

No solo eso, sino que una vez más, Simon estaba profundamente conversando con la pequeña prima de Lord Avondale.

Aunque podía admitir que esta noche no parecía haber mucho coqueteo entre los dos, aun así, le molestaba.

Cuando dejó que su mirada vagara por los otros invitados sentados en la elaborada mesa de comedor, Amelia se sorprendió al recibir una mirada de simpatía del Duque de Barnbury.

Sorprendida y conmovida.

Al menos uno de los amigos de Simon podía recordar su existencia, aunque el propio conde no pudiera.

Cuando las damas se retiraron al salón, Amelia se escondió en un rincón con Adeline, sin ningún interés en sentarse con Senna, Abigail y su odiosa hermanita.

Tuvo un pensamiento fugaz de que estaba siendo injusta con la niña.

Pero entonces la señorita Langton sonrió por algo, y fue tan impresionante que Amelia se sintió perfectamente justificada en su odio.

Adeline charlaba felizmente sobre el capitán, quien le había pedido hablar en privado con ella mañana.

Amelia estaba feliz por su hermana, por supuesto.

Pero no podía ignorar la rápida y ardiente envidia que también la invadía.

Adeline estaba a punto de conseguir todas las cosas que Amelia nunca supo que quería.

Era trágico.

Patético, en realidad.

La puerta del salón se abrió cuando los caballeros comenzaron a entrar, y Amelia de repente no pudo enfrentarse a ninguno de ellos.

Ni al viscoso Lord Severill. Ni a Simon con su sonrisa diabólica y su capacidad para romperle el corazón.

Lady Dashford había dicho que habría cartas y baile.

Bueno, a Amelia no le gustaba bailar. No es que alguna vez realmente le hubieran dado la opción.

Y ciertamente no querría sentarse allí viendo a Simon bailar con las damas solteras presentes que le lanzaban miradas soñadoras.

Especialmente la señorita Langton.

Se levantó rápidamente y le dijo a Adeline que quería tomar aire. Luego, antes de que alguien lo pudiera notar, se deslizó por las puertas francesas que llevaban a una veranda de piedra que bordeaba el primer piso de la casa.

Respirando profundamente el fresco aire otoñal, Amelia se preparó para darse una severa charla.

Las mujeres independientes y académicas no se sentían con ganas de llorar porque un hombre de su conocimiento prestaba atención a otra mujer.

No estaba funcionando, pero no dejaría este balcón hasta que lo hiciera.

"Esperaba encontrarla aquí."

Las palabras arrastradas tomaron a Amelia por sorpresa, y se giró para ver a Lord Severill tambalearse hacia ella, con una fría sonrisa en los labios.

Amelia sintió un escalofrío de miedo deslizarse por sus venas, aunque exteriormente no mostró ningún signo de ello.

Había un brillo salvaje en los ojos del vizconde que le infundió un miedo profundo, y podía oler el alcohol en él incluso desde allí.

Desplazándose sutilmente para acercarse más a la puerta del salón, Amelia sonrió de la manera que esperaba fuera conciliadora.

"Lord Severill. Justo iba a volver adentro."

Hizo un movimiento para rodearlo, pero él imitó sus movimientos casualmente, bloqueando efectivamente su escape.

Piensa, Amelia, se dijo a sí misma.

A lo largo de la veranda había puertas similares que llevaban a habitaciones dentro de la casa.

Si una de ellas estaba desbloqueada, podría correr adentro.

Algún instinto le decía que se alejara del vizconde lo más rápido posible.

"Sabe, escuché los rumores. Vi el libro en White's. Pero no podía creerlo hasta que vine aquí y lo vi por mí mismo."

Amelia frunció el ceño en confusión.

"No sé de qué está hablando," dijo, impaciente. "Si me permite..."

"Todos hablaban de la mujer que domó al poderoso Diablo de Dashford."

El corazón de Amelia se detuvo en seco.

¿La gente hablaba de ella? ¿Su nombre estaba en el libro de apuestas de White's?

"Claro, pensé que era la rubia cuando llegué. Pero al ver cómo él la miraba, supe que era usted. Esta noche solo lo confirmó."

"Lord Dashford no es..."

"Bueno, bueno." El vizconde comenzó a avanzar hacia ella. "No se preocupe esa cabecita suya. Él se aseguró de mantenerlo en silencio. Incluso yo no soy lo suficientemente valiente como para

desafiar abiertamente a él y a sus amigos. O no lo era, en cualquier caso. Ahora, encuentro que no me molesta tanto."

Amelia trató de alejarse de nuevo, pero de repente él saltó hacia adelante y la presionó contra la barandilla, usando el peso de su cuerpo para inmovilizarla.

"¡Quíteme las manos de encima!" exclamó con enojo, incluso cuando el miedo la invadía.

El hedor de su sudor mezclado con brandy y vino hizo que su estómago se revolviera.

"Todos estos años, se esperaba que todos nos postráramos a los pies del Diablo." Severill se burló. "Imagine su cara cuando descubra que la he arruinado."

Él levantó una mano para tirar de su corpiño, y Amelia escuchó un distintivo rasgón.

Empujó con todas sus fuerzas, y él retrocedió lo suficiente como para que ella se apartara, pero antes de que pudiera dar un paso completo, él extendió la mano y le agarró el brazo con tanta fuerza que ella gritó de dolor.

Mientras giraba, sus gafas volaron de su rostro, y Amelia levantó su otro brazo y le dio un puñetazo en plena nariz.

Su mano gritó de dolor, pero lo ignoró.

¡Ni siquiera le había hecho daño!

El rostro de Severill se blanqueó de sorpresa antes de contorsionarse de rabia.

"Va a pagar por eso," siseó amenazadoramente.

Amelia nunca se había sentido tan indefensa.

Si gritaba, sin duda un ejército de personas saldría corriendo, y no les importaría lo que realmente había sucedido.

Una vez que vieran su estado, su cabello deshecho por sus manoseos, su vestido rasgado donde él la había tocado, su ruina estaría completa.

No importaría que él no la hubiera tocado.

Todo lo que importaría sería que había estado allí sola con él.

Y luego, podría casarse con el sinvergüenza o arruinar a toda su familia, arruinar las posibilidades de felicidad de Adeline.

Él se acercó de nuevo, pero antes de tocarla, de repente voló por el aire, aterrizando con un ruido sordo contra la pared de la casa.

Amelia lo miró confundida por un momento antes de mirar hacia arriba y ver directamente el rostro enfurecido de Lord Dashford.

CAPÍTULO VEINTE

Por primera vez en su vida, Simon había perdido completamente el control de sus sentidos. Lo sentía en la furiosa ira que corría por sus venas, en la niebla roja que había descendido sobre su visión.

Iba a matar a ese bastardo con sus propias manos, literalmente.

Durante toda la cena, había estado hirviendo en silencio por la atención que Severill le prestaba a Amelia.

Cuando la señorita Langton se inclinó y le susurró que también lo había notado y que no le gustaba el aspecto de ese hombre, su control estuvo a punto de romperse.

Sin embargo, logró mantener la compostura lo suficiente para que las damas se retiraran.

Y cuando los caballeros se quedaron atrás para tomar oporto y fumar cigarros, sus amigos le aseguraron que todos vigilarían al pequeño canalla.

El vizconde estaba tan borracho que probablemente se desmayaría pronto, en cualquier caso, le aseguró Nic.

Simon había mirado al hombre con desdén.

¿Había sido su propio comportamiento a lo largo de los años tan grotesco? Odiaba pensar en ello, pero lo más probable es que hubiera sido peor.

Los caballeros comenzaron a dispersarse hacia el salón cuando el capitán Davis detuvo a Simon y Nic para contarles sus planes de proponer matrimonio a la señorita Linchfield menor.

Simon se sorprendió por el surgimiento de deseo que la declaración del hombre despertó en él.

Tener una esposa. Llenar una guardería.

Todas las cosas que juró que nunca querría, y de repente no quería nada más.

Antes de poder enredarse en sus pensamientos, levantó la vista y vio que Severill ya se había ido, así que, con una rápida felicitación, salió del comedor en busca de Amelia.

Un rápido vistazo al salón le dijo que Amelia no estaba allí, y una sensación de inquietud se instaló en la boca de su estómago.

Se acercó a su hermana, que charlaba felizmente con una dama cuyo nombre ni siquiera podía recordar.

“¿Dónde está?” le preguntó sin rodeos.

Los ojos de la joven se abrieron un poco, pero respondió de todos modos.

“Se...fue a tomar aire, mi lord. En el balcón.”

Nada en su vida podría haber preparado a Simon para lo que sintió cuando salió al balcón y vio a Amelia siendo atacada por el malhechor.

Agarró a Severill y, con una fuerza nacida de su ira, lo arrojó a través del balcón.

Cuando volvió a mirar a Amelia, sus rodillas casi se doblaron.

Ella parecía sorprendida y asustada, pero aun así su barbilla estaba levantada, como si se negara a ceder ante sus emociones.

La visión de ella de pie allí, regia como una reina, sirvió para calmarlo un poco como nada más podría haberlo hecho.

Simon pasó sus ojos sobre ella rápidamente para asegurarse de que estaba ilesa, pero cuando vio el desgarro en su vestido, su ira estalló una vez más.

Con una maldición, se giró y arrastró al vizconde desde el suelo.

“Voy a matarlo,” prometió suavemente, antes de plantarle un puñetazo en la cara.

El crujido de huesos y el aullido de dolor solo alimentaron la sed de sangre de Simon, y lo golpeó una y otra vez.

El ruido de más llegadas al balcón sonaba detrás de él, pero Simon estaba como poseído.

No podía sacudirse la visión de Amelia de pie allí con las manos sucias de ese bastardo sobre ella.

“Simon.”

La voz de Nicholas lo llamaba, pero él la ignoró.

“Simon, detente.” Ese era Rob. Más severo, pero aún fácil de ignorar.

Sus amigos lo estaban tirando, pero él todavía tenía la fuerza de su ira de su lado.

“P-..or favor, deténgase.”

Su voz sonaba suave y lastimera en sus oídos, pero fue la única que penetró la niebla.

Buscando control, Simon soltó al vizconde, quien se desplomó a sus pies.

Solo el más leve de los gemidos le indicó que el canalla seguía vivo.

“Simon.”

Sintió la mano de James en su hombro mientras su amigo le hablaba en voz baja, urgentemente al oído.

Rob y Nic se inclinaron y levantaron a Severill, sin demasiada gentileza, cosa que a Simon le complació.

“Debes atender a la señorita Linchfield. Sácala de aquí antes de que alguien se alerte. Nos encargaremos de él.”

Finalmente, Simon apartó la mirada de Severill y volvió a mirar a Amelia.

Ella no se había movido. Estaba en el mismo lugar, tan inmóvil como el pilar de concreto detrás de ella, mirando el sitio donde Severill había yacido sin moverse en el suelo.

Dio un paso vacilante hacia ella, y sus ojos se encontraron con los de él. Un torbellino de náusea se arremolinó dentro de él al ver el miedo en sus ojos.

¿Cómo se había permitido comportarse así frente a ella? ¿Cómo había dado rienda suelta a su rabia mientras ella estaba allí observando?

Asqueado por su comportamiento, pero necesitando asegurarse de que ella estaba bien, dio otro paso lento en su dirección.

Ella seguía mirándolo, sin parpadear, inmóvil.

“Amelia.” Se aseguró de mantener su voz baja, calmada. Nic era mucho mejor en estas cosas, pero él estaba ocupado ayudando a escoltar al vizconde fuera del balcón a través del comedor para asegurarse de que no los vieran.

El infierno se congelaría antes de que dejaran que el bastardo creara siquiera un atisbo de escándalo en torno al nombre de Amelia.

“Cariño.” Le tendió la mano como si ella fuera un potro asustadizo. “Ya terminó. Estás a salvo. Él no te hará daño. Yo no te haré daño.”

Ella frunció el ceño, como si estuviera confundida, y apareció esa arruga en su frente que a él le gustaba tanto.

“No voy a tocarte,” continuó. “Solo quiero asegurarme de que tú…”

No pudo terminar, porque de repente un sollozo escapó de su férreo control y ella se lanzó a sus brazos.

Tuvo un segundo de sorpresa y deleite antes de rodearla con sus brazos, acercándola.

Ella lloraba contra su pecho, y cada lágrima dolía como una bala.

Simon presionó sus labios contra su cabeza.

“Shh, cariño,” la consoló, su corazón latiendo con el miedo de cuán cerca había estado de ser... ni siquiera podía pensarlo.

Ella estaba bien, se recordó repetidamente. Ella estaba bien y en sus brazos.

Por primera vez en su vida, Simon sostenía a una mujer sin otra razón que protegerla y mantenerla a salvo.

Se juró a sí mismo, murmurando en su cabello castaño, que nunca dejaría que nada la hiriera de nuevo

***

“Me está lastimando.”

Simon apretó los dientes y rezó por paciencia a un Dios que no le debía ningún favor.

A la pequeña terca no le había tomado mucho tiempo recuperar su espíritu.

Cuando sus sollozos se habían calmado, Simon la había soltado y se había quitado la chaqueta para cubrir sus hombros, que aún temblaban. Se inclinó y recogió sus gafas, afortunadamente intactas, del suelo y se las puso en la mano.

Luego, la había llevado rápidamente por la veranda hasta la puerta de su estudio.

Durante todo ese tiempo, ella no había hablado, y él estaba preocupado hasta la médula.

En silencio, llenó un vaso con una generosa medida de brandy y lo colocó en sus dedos temblorosos.

“Bebe”, ordenó con brusquedad, sorprendido y preocupado cuando ella hizo lo que le pidió sin discutir.

Ella se lo bebió todo de un trago y luego tosió y se atragantó mientras sus ojos se llenaban de nuevo.

Después de que recuperó el control de sí misma y le devolvió el vaso, se quedaron mirándose el

uno al otro, la tensión en el aire era palpable.

“L-Lo siento por llorar sobre usted”, dijo finalmente.

“Por Dios, no se disculpe, Amelia”, gruñó él. “¿Está...?” Tragó el nudo de emoción que le obstruía la garganta. “¿Está bien?”

Su pequeño encogimiento de hombros casi lo desarmó, y él alcanzó sus manos, sorprendido y horrorizado cuando ella gritó de dolor.

“¿Qué pasa? ¿Qué tiene?” preguntó.

Cuando ella levantó la mano en silencio para mostrarle sus nudillos magullados e hinchados, Simon volvió a ver rojo, y solo el hecho de que ella estaba herida y necesitaba de él lo detuvo de terminar lo que había comenzado en el balcón.

Luchando por mantener algún tipo de calma, la sentó en la silla frente a su escritorio y luego salió corriendo de la habitación.

En pocos minutos, había regresado con lo que necesitaba y se arrodilló en silencio ante ella.

Así es como se encontraba a sus pies, escuchando sus quejas irrazonables.

“Le dije que tengo que limpiarlo.” Luchó por mantener su tono uniforme.

Ella había pasado por mucho esta noche y no merecía su ira.

Simplemente era condenadamente imposible a veces.

“Y yo le dije que duele”, replicó ella.

Simon soltó un suspiro y levantó la mirada, directamente a las piscinas verdes de sus ojos.

Pasó suavemente un pulgar por su mano herida, viendo cómo sus pupilas se dilataban. Un deseo correspondiente despertó en él, pero lo apartó brutalmente.

Ella no necesitaba que él la deseara ahora. No después de…

De nuevo, su mente se apartó del recuerdo de encontrarla afuera.

“¿Qué le pasó a su mano?” preguntó para distraerse.

“Golpeé al Lord Severill. Obviamente”, respondió ella con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo.

Simon la miró sorprendido antes de soltar una risa de asombro.

“¿Lo golpeó?” repitió.

“Pues claro.” Frunció el ceño. “¿Qué otra cosa se suponía que debía hacer?”

Volvió a reír, levantándose y usando su mano buena para levantarla.

Nunca había conocido a una mujer como ella.

Donde otras damas habrían gritado o se habrían desmayado, ella había golpeado al sinvergüenza.

Dios, era increíble.

Un sentimiento de orgullo estalló en su pecho.

“Bueno, espero que le haya hecho algo de daño.” Sonrió, apartando un mechón de cabello sedoso de su frente.

“Yo también,” dijo ella vehementemente. “Aunque estoy bastante segura de que usted le causó

suficiente daño por los dos.” Ella le devolvió la sonrisa.

“Siento haber perdido el control así frente a usted. No quiero que tenga miedo de mí”, dijo suavemente.

No había ni un sonido en la habitación aparte del tic-tac del reloj de pie en la esquina y su respiración mezclada.

Las llamas familiares del deseo lamieron su piel, y Simon tuvo que luchar para apartarlas.

Ahora no era el momento.

“Nunca podría tener miedo de usted,” susurró ella. “Sé que no me haría daño.”

Su fe en él le retorció el corazón de la manera más extraña y lo hizo latir con fuerza.

“Y según mi manera de pensar, él arruinó mi vestido, así que se lo merecía. Aunque me alegra que no lo matara.”

El recordatorio de las manos del vizconde desgarrando su ropa encendió su furia de nuevo.

“Debería haberlo matado,” gruñó.

“No,” dijo ella con firmeza. “No debería. Usted… usted me salvó. Y estoy tan agradecida.”

No iba a poder controlarse por mucho más tiempo si ella seguía mirándolo así.

Como si él fuera un héroe, cuando durante toda su vida adulta no había sido más que un villano.

“No tendrá que enfrentarlo de nuevo,” prometió bruscamente. “Se irá esta noche.”

“¿Esta noche?” parpadeó ella. “Pero, ¿cómo? La gente pensará...”

“Va a dejar una nota diciendo que un asunto urgente lo llama. Se habrá ido cuando despierte por la mañana.”

“¿Pero qué pasa si se niega?”

“No se negará,” juró Simon. “O un asunto urgente lo aleja, o un sepulturero lo hace. De cualquier manera, se va.”

Capítulo Veintiuno

Amelia se estremeció ante la amenaza helada en el tono de Simon.

Sabía que él no era un hombre con el que se pudiera jugar.

Nunca había visto a alguien tan furioso como él cuando había venido corriendo a su rescate.

Amelia nunca había conocido un miedo como el que la había desgarrado durante el ataque de Lord Severill.

Cuando Simon había irrumpido en el balcón, como un ángel vengador oscuro y furioso, casi se desmayó de alivio.

Había sido la experiencia más surrealista de su vida.

Se había quedado allí, congelada en el lugar, observando los horribles eventos desarrollarse ante ella.

La ferocidad de Simon al enfrentarse a su atacante.

La furia silenciosa de sus amigos al acudir en su ayuda.

Todo el tiempo, había logrado no perder el control, no llorar como deseaba.

Pero cuando Simon se volvió hacia ella, tan gentil, tan preocupado, fue como si una presa se rompiera dentro de ella, y había sollozado en sus fuertes y capaces brazos.

Su admiración ciertamente había disminuido un poco cuando él estaba lavando sus nudillos heridos.

Pero ahora, de pie aquí en la tranquilidad del estudio, donde parecía que eran las únicas dos personas en el mundo, esa admiración estaba de nuevo en plena fuerza.

Solo él la distraería tanto que la haría olvidar el horror de lo que casi le había sucedido.

Solo él haría que su sangre se agitara incluso después del abominable comportamiento de Lord Severill.

Él no iba a besarla. Amelia podía verlo en la rigidez de su semblante, en el apretón de sus puños.

Pero ella quería que él la besara. Quería todo de él. Todo de él, así como ella quería darle todo de sí misma a él a cambio.

Quizás era el momento de decírselo.

Tomando una respiración profunda y deseando tener más de ese brandy para darle algo de valor, Amelia se preparó para finalmente decirle a este endiabladamente apuesto lord que se había enamorado de él.

“Simon.” Se acercó hasta que solo había unos pocos centímetros entre ellos. “Yo...”

“No puede simplemente abandonar a sus invitados. No se puede tolerar.”

Amelia se congeló al escuchar la voz de la condesa en el pasillo.

“Mi señora, estoy seguro de que hay una buena razón.” Ese era Lord Avondale. “¿A dónde va usted?”

“Voy a encontrarlo,” replicó la dama. “Si conozco a mi hijo, se está escondiendo en su estudio. Probablemente no esté solo.”

Amelia levantó una ceja ante la expresión avergonzada de Simon. Tan preparada como estaba para confesar sus verdaderos sentimientos, no pudo evitar distraerse con esta mención del comportamiento típico de Simon.

Y aunque deseaba más que nada creer que él había cambiado, el recordatorio de que había sido la misma definición de un libertino la hizo sentir un poco incómoda, un poco menos segura en él y en lo que sentía por él.

“¿Por qué no probamos en la biblioteca?” Las calmadas entonaciones de Senna flotaron hacia la habitación. “Sí, vamos primero a la biblioteca, que está en la dirección opuesta al estudio,” dijo señaladamente.

La condesa pensaría que se había vuelto loca.

Senna claramente les estaba dando una señal.

Cuando las voces afortunadamente se desvanecieron en la otra dirección, Amelia soltó un suspiro de alivio.

Nada en el mundo la haría más feliz que estar con Simon para siempre, ser su esposa. Pero ciertamente no quería que lo forzaran a ello por ser sorprendidos a solas. Y si él no había reformado realmente su comportamiento, ¿realmente quería comprometer su vida con él?

“Vámonos,” dijo Simon después de un momento de silencio.

“Un segundo,” dijo Amelia. “¿Cuántas damas ha llevado usted al estudio en fiestas, Lord Dashford?” preguntó.

“Amelia, este no es el momento.” Evitó suavemente la pregunta.

Trató de llevarla hacia la puerta, pero ella se plantó firmemente.

“Es solo que,” continuó. “La primera noche que nos conocimos, no sé si recuerda pero...”

“Lo recuerdo,” dijo suavemente, con un destello pícaro en sus ojos negros.

Amelia tragó saliva, pero siguió adelante, negándose a distraerse.

“Bueno, usted dijo que no era su tipo *usual*,” dijo, disfrutando bastante de su sobresalto.

“Y ahora, incluso su propia madre parece saber que estaría aquí con una mujer. Lo que lleva a la pregunta, ¿es esto un hábito suyo?”

Simon se pellizcó el puente de la nariz y murmuró para sí. Ella no lo alcanzó a oír del todo, pero definitivamente hubo una mención de mujeres imposibles. Y lo que sonaba como una oración por liberación.

Tan rápido como un rayo, su actitud cambió y la miró con su sonrisa más encantadora, más potente, más peligrosa.

“Amelia, querida.” Alcanzó a sostener su rostro entre sus manos. “No estoy aquí con cualquier mujer. Estoy con usted. No he estado a solas con ninguna mujer más que usted desde que la conocí.”

Dios, estaba tan cerca. Tan grande y poderoso. Y olía tan bien.

Pero no se dejaría distraer.

“¿Qué hay de sus *compañeras* fuera de la Royal Society?” preguntó, con una dulzura empalagosa.

Él echó la cabeza hacia atrás, apretando la mandíbula y soltando un suspiro de cansancio del mundo antes de mirarla de nuevo.

“Aparte de esa vez,” confirmó.

Ella levantó una ceja, pero él la ignoró.

“Y por mucho que me gustaría no hacer nada más que quedarme aquí a solas con usted, no voy a arriesgar su reputación, ya que sé que le gusta mantenerla impecablemente limpia. Así que, nos vamos. Y discutiremos esto en la mañana.

Soltó sus manos de su rostro, y ella frunció el ceño por la pérdida del contacto. Pero él tenía razón.

No podían ser descubiertos. No cuando Adeline estaba a punto de hacer un buen matrimonio.

Moviéndose rápidamente hacia la puerta, Simon la empujó suavemente al pasillo, luego cerró la puerta del estudio detrás de él con un suave clic.

Amelia caminó rápidamente hacia las escaleras y se congeló.

La condesa venía marchando de vuelta por el pasillo hacia ellos.

Aún no los había visto, ya que el pasillo estaba oscurecido, pero sólo pasarían unos segundos antes de que lo hiciera.

Antes de que Amelia tuviera tiempo de entrar en pánico, la mano de Simon salió disparada y la arrastró al nicho debajo de la escalera, la presionó contra la pared y se giró de espaldas para observar el pasillo.

Qué diferente era esto, pensó distraídamente Amelia.

Hacía sólo dos horas había sido retenida por un hombre y sólo había sentido miedo y repulsión.

Ahora, presionada contra Simon, quería envolver sus brazos alrededor de él y hacer toda clase de cosas indecentes.

No había sonido alguno según podía decir Amelia, y sus pensamientos lujuriosos la sorprendieron tanto que consideró prudente poner algo de distancia entre ella y el conde.

“¿Puedo irme?” susurró.

“Aún no.”

“Pero ¿por qué no?”

“Porque,” dijo lentamente, como si fuera una niña. “Necesitamos asegurarnos de que mi madre se haya ido.”

“Ella se ha ido,” discutió Amelia. “No puedo escuchar nada.”

Él la ignoró.

“Estoy cansada,” intentó de nuevo. “Quiero irme.”

Esta noche era la más extraña de su vida, y estaba más que lista para que terminara.

***

"Por favor, cálmese. Estoy intentando pensar," pidió Simon tan pacientemente como pudo.

"No se esfuerce tanto," resopló ella, la pequeña arpía.

¿Por qué la estaba ayudando si era completamente desagradecida?

Simon se giró para decírselo, pero las palabras se atascaron en su garganta al verla.

Sin sus gafas, sus ojos brillaban al mirarlo, increíblemente verdes, enmarcados por las pestañas más exuberantes y negras.

Su cabello hacía tiempo que había caído de su peinado cuidadosamente arreglado y caía en mechones castaños por su espalda.

¿Alguna vez había pensado que era aburrida? ¿Monótona? Nada era tan glorioso.

Excepto sus mejillas ruborizadas y suaves, sus labios de capullo de rosa, su cuerpo delicioso.

Simon sintió que se le cortaba la respiración cuando su corazón comenzó de nuevo ese curioso retumbar.

Pero ella también estaba enfadada, como un gatito que escupe.

"Mi mano también duele, por si le interesa," espumaba.

Pero él no podía contestar.

Estaba congelado por la fuerza de sus sentimientos. Era como si su cabeza finalmente *finalmente*, estuviera alcanzando a su corazón.

"¿No le importa nada en absoluto?" demandó Amelia.

Y su pregunta le dio un susto terrible.

Porque por primera vez en su vida, sí le importaba algo.

"Ahora sí," respondió ásperamente, sin apartar los ojos de su rostro.

No podía culparla por su mirada de desconcierto.

Sabía que estaba actuando de manera extraña.

Toda esta noche había sido extraña.

Sin embargo, por mucho que sus sentimientos lo aterraran, no había nada extraño en ellos. Era una de las pocas cosas que tenían sentido absoluto para él.

Sin decir una palabra, extendió la mano y la atrajo hacia él.

Luego inclinó la cabeza y besó a la mujer que amaba.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

"Estás levantado temprano", dijo Simon, apartando la mirada de donde observaba al maestro de establos probando a una nueva potranca.

"Tú también", respondió a Nic, quien se detuvo junto a él, apoyándose en la cerca como Simon.

"Sí, pero es inusual que estés levantado tan temprano", sonrió Nicholas. "Aunque supongo que ninguno de nosotros sabe ya qué es lo usual para ti".

Simon se giró de nuevo para ver al duque observándolo con esa calma habitual suya.

"Apenas me conozco a mí mismo", confesó en voz baja.

"La amas".

No era una pregunta.

Nic, Rob y James conocían a Simon más que nadie.

Aunque no más que Amelia. No, él había permitido que Amelia viera la parte de él que había mantenido oculta de todos.

"¿Vas a proponérselo?", preguntó.

"Sí", dijo Simon simplemente.

La euforia que sentía solo con la idea de casarse con Amelia, de despertar cada mañana junto a su rostro, de discutir con ella y reír con ella por el resto de su vida era toda la prueba que necesitaba de que era lo correcto.

Pero aún estaba esa pequeña duda.

"Ella solo vino aquí para conocer a Eugene, ya sabes", expresó sus preocupaciones a Nic. "Actúa como si fuera una especie de dios. Quiere salir y ver el mundo, desenterrar artefactos, estudiar civilizaciones antiguas".

Cuando Nic no respondió, Simon volvió a mirar a su amigo, quien reía suavemente.

"¿Qué tiene de gracioso?", demandó, sintiéndose un poco ofendido por la reacción de Nic.

"Pareces una debutante celosa", sonrió el duque.

La respuesta de Simon fue una maldición que hizo reír aún más a Nicholas.

"¿Y si prefiere a mi primo?", preguntó ahora, odiando mostrar su vulnerabilidad ante alguien.

Al menos no era Rob. Nunca escucharía el final si fuera Rob.

"Solo porque admira su trabajo, no significa que le importe", le recordó gentilmente Nic.

"No soy lo suficientemente bueno para ella", contrarrestó Simon.

"No eres lo suficientemente bueno para nadie", acordó Nic, rápida e insultantemente. "Aunque", continuó, "ciertamente no eres el hombre que eras antes de conocerla. Y con la forma en que lidiaste con Severill anoche, no creo que haya un hombre vivo que pudiera cuidarla mejor".

Eran las tres de la mañana cuando Simon, Nic, Rob y James se deshicieron del vizconde.

Después de dejar a Amelia en la puerta de su habitación, usando cada gramo de autocontrol para alejarse de ella, bajó de nuevo al piso inferior, donde sus amigos tenían a Lord Severill detenido.

Nicholas insistió en llamar a un médico para atender las heridas del malhechor antes de enviarlo de vuelta a la ciudad y amablemente falsificó una nota de disculpa de él para tanto la condesa como su hermana.

Su madre, Simon sabía, cuidaría de Miss Severill hasta que ella regresara. Sería mejor, en cualquier caso, que no viera a su hermano hasta que sus huesos hubieran sanado.

Simon sacudió la cabeza, desesperado por ver a Amelia y decirle cómo se sentía. Aterrorizado al mismo tiempo.

¿Y si ella no lo amaba? ¿Y si se escapaba a Escocia y luego a dondequiera más que su cerebro la llevara?

Honestamente, no estaba seguro de cómo sobreviviría sin ella.

Ella se había convertido en parte de él. Se había tejido en su alma misma.

Realmente era la perdición del diablo.

"Solo puedo esperar que ella tenga tanta fe en mí como tú", dijo Simon ahora.

"No puedo afirmar ser un experto en asuntos del corazón, Simon, pero tengo la sensación de que a la dama le interesas".

Simon estaba a punto de preguntarle cómo podía saber eso, cuando un destello azul captó su atención.

"Parece que Miss Langton también es madrugadora", dijo casualmente mientras la dama se acercaba hacia ellos.

Nicholas se enderezó de repente.

"Te dejo con ella", dijo bruscamente.

Simon frunció el ceño mientras observaba la ropa de montar de Nic.

"¿No tenías intención de montar esta mañana?", preguntó.

"No, quiero decir, sí, pero... nos vemos luego".

Simon solo pudo mirar boquiabierto mientras Nic se alejaba, caminando rápidamente a través del patio de la cuadra.

Era la primera vez que escuchaba a su amigo tranquilamente confiado sonar algo menos que bajo control.

Antes de que pudiera preguntarse más al respecto, Miss Langton estaba a su lado.

"Veo que logré ahuyentar al duque sin siquiera pronunciar una palabra", dijo con ligereza. "Es todo un logro, incluso para mí".

Aunque mantuvo su tono casual, Simon detectó un destello de dolor en sus ojos azules.

¿Qué diablos está pasando aquí?

"Supongo que no quiere algo de compañía", preguntó.

Él quería, de hecho. Pero quería la compañía de Amelia.

Pero demonios si esa hechicera de ojos verdes no lo había convertido en un caballero.

"Por supuesto", respondió cortésmente.

Además, pensó mientras se dirigían hacia los caballos, su curiosidad estaba picada.

¿Había logrado esta pequeña rubia alterar al imperturbable duque de Barnbury?

***

Amelia estaba aburrida e inquieta.

No era un sentimiento al que estuviera acostumbrada.

El baile para dar la bienvenida al Sr. Taft sería dentro de solo dos días, y según lo convenido debería estar esperando con ansias la ocasión.

No solo conocería a uno de sus héroes, sino que por una vez luciría decentemente mientras lo hacía.

El vestido de gala que Madame Le Fois había enviado era realmente algo sacado de los cuentos de hadas.

Entonces, ¿por qué no le importaba?

¿Por qué la idea de partir en una expedición ahora la llenaba de tristeza?

¿Se había convertido en una de esas jóvenes tan enamoradas de un hombre que sacrificaría todo por estar con él?

Sí, se lo admitió a sí misma, lo había hecho.

No hacía ni treinta minutos que Adeline había irrumpido en la habitación de Amelia para anunciar que estaba comprometida con el Capitán Davis.

Había enumerado los detalles minuciosos de la propuesta, desde el nerviosismo del Capitán Davis hasta la desaprobación de mamá, su insistencia en que Adeline esperara al conde y, finalmente, una especie de aceptación a regañadientes frente a la determinación bastante inusual de Adeline.

Amelia había estado encantada por su hermana pequeña, no solo porque finalmente se había enfrentado a su madre algo dominante, sino también porque había resaltado cuánto deseaba estar comprometida con Simon.

Antes, habría pensado que tales sentimientos eran una locura absoluta.

¿Pero ahora? ¿Y después de anoche?

Amelia no podía silenciar la esperanza de que tal vez él empezara a preocuparse por ella. A preocuparse de verdad.

Las damas de la fiesta habían organizado una visita a la iglesia medieval y algunas tiendas en el pueblo para esa mañana, pero Amelia había declinado unirse a ellas.

En parte porque se sentía incómoda cerca de Lady Violet Severill, quien había estado preguntando en voz alta qué negocio podría haber llevado a su hermano lejos en medio de la noche, y en parte porque quería quedarse por si surgía la oportunidad de pasar algún tiempo a solas con Simon.

Anoche había estado decidida a decirle que lo amaba.

Eso no había cambiado.

Nunca había sido cobarde, y nunca había sido deshonesta.

Entonces, ¿por qué empezar ahora?

Con nueva determinación, Amelia se puso un spencer azul celeste que combinaba con las delgadas rayas azules de su muselina blanca.

Despidiéndose rápidamente de las damas, e ignorando la mirada especulativa de su mamá, se apresuró a salir.

Poppy había mencionado que el tío Simon saldría a cabalgar esa mañana, así que se dirigió a los establos, esperando encontrarse con él al regresar.

Mientras avanzaba hacia el establo, Amelia pensaba en cómo se lo diría.

Cómo confesaría a ese hombre que no le importaban su primo, ni las tribus Pictas, ni nada más que él.

Una parte de ella temía que él no estuviera interesado. Aunque había ganado confianza, en su interior seguía siendo la flor solitaria que se escondía en el rincón.

Ánimo, Amelia.

Doblando la esquina hacia los establos, se detuvo en seco.

Simon estaba allí, como había dicho Poppy. Pero no estaba solo.

Mientras observaba, la señorita Langton, con quien él hablaba, se levantó para darle un beso en la mejilla.

El cuerpo entero de Amelia se congeló de shock, antes de arder de dolor y humillación.

Giró sobre sus talones y huyó por el camino por el que había venido, para que ninguno de los dos enamorados la viera.

Su visión se nubló mientras las lágrimas llenaban sus ojos, y las parpadeó furiosamente. No lloraría por él. No lo haría.

Amelia irrumpió en la casa, jadeando por el esfuerzo.

Era una imbécil.

Una chica tonta, estúpida, necia, que se había enamorado del diablo de lengua suave como tantas antes que ella.

Corriendo hacia su habitación, Amelia cerró la puerta de un golpe y luego se apoyó en ella.

Las lágrimas brotaron. No pudo evitarlo. No cuando sentía que su corazón se rompía en un millón de pedazos.

Se deslizó al suelo y enterró la cara en sus rodillas.

El último mes se sintió como la mentira más negra.

Cada conversación con Simon; cuando la llamaba su amada, cuando le hablaba de su doloroso pasado. ¿De qué había servido?

Tal vez él la veía solo como un oído para escuchar y nada más.

La intelectual. La flor solitaria. El patito feo.

Buena para hablar, pero no alguien para enamorarse.

¿Por qué entonces la había besado como lo hizo?

Porque es el Diablo de Dashford Manor, susurró una voz cruel en su cabeza. *Un libertino, escandaloso y depravado. Y nunca pretendió ser diferente.*

No, no lo había hecho.

Amelia lo había idealizado. Se había engañado pensando que él estaba cambiando. Que podía estar comenzando a interesarse en ella.

Pero ¿lo había dicho alguna vez?

¿No había sido él quien le dijo que debía cambiar su apariencia? ¿No significaba eso que no le gustaba, a pesar de que profesaba preferirla con sus gafas y encontrarla hermosa antes del cambio obrado por los vestidos de Madame y los peinados de Matilda?

¿No estaba ella allí, de hecho, porque él dijo que la estaba ayudando a conocer a su primo?

La invitación de su familia solo se había emitido porque él quería que conociera a su primo.

Tal vez él había disfrutado jugando con ella antes de que llegara alguien verdaderamente hermosa como la señorita Langton.

Pero anoche, él había sido tan protector, tan amoroso.

Se encargó de una dama bajo su techo, esa horrible voz se oyó una vez más. Nada más.

Toda esa charla sobre proteger su reputación.

Sin duda, él se había reído de su disposición a creerle. No quería ser atrapado con ella, para evitar la presión de hacer lo correcto.

La había tratado tal como un libertino imprudente trataría a una dama.

No podía culparlo por el amor que había desarrollado. Sus sentimientos eran culpa de ella. No de él.

Amelia se pasó una mano impaciente por los ojos, negándose a reconocer la sensación de desesperación de que todo su futuro se había derrumbado.

De pie, enderezó los hombros y se recompuso.

Simon Taft no era su futuro.

Antes de él, tenía planes. Maravillosos, emocionantes, satisfactorios planes.

No era demasiado tarde.

Podía dejar atrás esta angustia, esta locura.

Podía conocer al Sr. Taft y pedirle que la llevara a todos los lugares con los que había soñado.

Podía vivir una vida feliz y plena.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era creerlo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Simon nunca había sido fanático de las estrictas normas de la alta sociedad.

Ahora, las encontraba abominables.

No poder ir al dormitorio de Amelia, por ejemplo, cuando había estado desaparecida todo el día, casi lo estaba matando.

Su preocupación de más temprano en el día ahora había alcanzado un pánico total.

¿Dónde estaba ella?

¿Había tenido algún tipo de reacción tardía a lo de anoche?

¿Se había lastimado la mano más de lo que él había sospechado?

Era casi la hora de la cena, y acababa de escuchar a un lacayo entregar un mensaje a su madre; la señorita Linchfield no se uniría a ellos esa noche.

Había tenido un momento de duda antes de que la preocupación superara su instinto natural de mantenerse lo más lejos posible de su madre en todo momento, y marchó hacia su salón privado.

Este era el lugar donde el abismo entre Simon y su madre se había formado por primera vez.

“Madre”.

Ella levantó la cabeza bruscamente, y sus ojos se abrieron de sorpresa.

“Simon”, dijo vacilante. “¿Qué puedo hacer por ti?”

Eran auténticos desconocidos, él y su madre. Se notaba en cada uno de sus intercambios.

“Escuché el mensaje de que la señorita Linchfield cancelaba. Me preguntaba, ¿dijo por qué?”

Su madre se recostó en su silla y lo miró especulativamente, y Simon apretó los dientes con molestia.

“Tienes un interés desmedido en la chica”, dijo finalmente la condesa.

“Eso no responde a mi pregunta”, respondió Simon con tono cortante.

Un destello de emoción brilló en los ojos de su madre antes de suspirar.

“La joven no dijo por qué no vendría. Solo ofreció sus disculpas”.

“Bien”, dijo él bruscamente y se dio la vuelta para salir de la habitación otra vez.

“Tu hermana llega mañana, a tiempo para el baile”.

Se volvió de nuevo, sorprendido.

“¿Marianne viene? No tenía ni idea”.

“No preguntaste”, dijo su madre en voz baja, y Simon, sintiendo que se avecinaba otra ronda de desaprobación por falta de interés en los asuntos familiares, se dio la vuelta una vez más para irse.

“Simon”.

Normalmente la habría ignorado, pero algo en su voz lo detuvo.

Se volvió para mirarla.

“¿Qué sucede?” preguntó.

“La señorita Linchfield. ¿Te gusta?”

Simon frunció el ceño, confuso. Su madre nunca había mostrado mucho interés en su vida personal antes.

Pero ¿qué sentido tenía mentir?

Si las cosas salían como él esperaba, Amelia pronto sería la nuera de la condesa.

“La amo, madre”, dijo, y se sorprendió por su sonrisa.

“Eso es maravilloso, Simon”, dijo ella suavemente, confundiéndolo aún más.

“¿Realmente?”, preguntó con un tono que no pudo y no quiso ocultar. “No has sido precisamente cálida y acogedora con ella, madre. ¿Y cuándo has encontrado algo que haya hecho como maravilloso?”

La condesa se estremeció ligeramente.

“¿No te sentarás?” dijo en respuesta, y Simon quiso negarse, por petulante que fuera.

Pero una vez más, esa conciencia que Amelia había logrado pasar desapercibida hizo acto de presencia y se sentó.

Todo este asunto de querer ser un mejor hombre por la mujer que amaba era agotador.

“No he sido especialmente acogedora con la señorita Linchfield, supongo”, comenzó la condesa. “En verdad, no he sido acogedora con nadie realmente durante mucho tiempo”.

Simon se mordió la lengua para no hacer un comentario cruel sobre el tipo particular de acogida de su madre.

No quería enfrentarse con ella hoy.

Quería llegar a Amelia.

“Y no te equivocas en tu evaluación de mi opinión sobre ti a lo largo de los años. He sido... severa”, dijo con torpeza.

Simon no tenía idea de dónde venía esto y no tenía idea de qué decir. Así que no dijo nada.

Hubo un silencio tenso antes de que la condesa lo rompiera una vez más.

“Mi comportamiento cuando eras niño. Fue imperdonable”, soltó finalmente, sorprendiendo a Simon hasta lo más profundo. “Lo supe entonces, y lo he sabido cada día desde entonces. Tu padre era un buen hombre, amable y honesto. Lo traté abominablemente”.

“Sí, lo hiciste”, espetó Simon.

“No tengo excusa. Era joven. El matrimonio se decidió por mí. Ni siquiera había tenido la oportunidad de tener una Temporada en Londres antes de que tu abuelo redactara el contrato de matrimonio con tu padre”.

Su madre sonrió con nostalgia, y Simon sintió las primeras punzadas de simpatía que había sentido hacia su madre.

“Supongo que me dejé llevar. Por bueno que fuera tu padre, no me prestaba mucha atención. Siempre estaba tan ocupado. Y cuando nació tu hermana, su decepción por no tener otro hijo, un repuesto, por así decirlo, fue... bueno, fue difícil para mí. Me sentí un fracaso. Así que cuando alguien me mostró amabilidad...”

Se quedó en silencio, encogiéndose de hombros.

Simon estaba atónito.

Todos estos años había idolatrado a su padre.

¿Podría ser que había sido tan hiriente con su joven esposa?

Simon pensó en Amelia y se estremeció ante la idea de que alguna vez la trataría como algo menos que un regalo.

“Terminé mi...”

Volvió a dudar.

“Tu aventura”, aportó Simon, aunque la usual punzada estaba ausente en sus palabras.

“Exacto”, sorbió. “La terminé ese día. Nunca volvió a suceder”. Ella lo miraba suplicante, con ojos tan parecidos a los suyos.

“¿Por qué me estás contando esto?” preguntó.

“No lo sé”. Sonrió un poco. “Supongo que quería que supieras que quizás no fui tan mala como pensabas que era”.

“Ese sentimiento ha sido muy mutuo, madre”, respondió Simon.

“Siempre te he amado, Simon”. Lo sorprendió una vez más. “Y desde ese día, traté con todas mis fuerzas de ser todo lo que era correcto. Todo lo que una condesa debía ser. Me he mantenido en los estándares más rígidos, desesperada por ser un buen modelo para ti”.

La cabeza de Simon estaba llena de emociones encontradas.

Mucho de lo que había creído de su madre era falso.

“Cuando vi el camino que estabas tomando, estaba tan avergonzada de haberte arruinado. De haberte dañado más allá de lo reparable”.

Para su horror, los ojos de su madre se llenaron de lágrimas.

“Cargar a un niño con un secreto así, fue horrible. Pero a medida que crecías, parecía que cuanto más intentaba frenar los malos comportamientos, peor te ponías. Pensé que quizás había una maldad en mí que te había pasado, y no podía soportarlo. Eso solo me hacía aún más fría y distante. Lo reconocía, pero no podía detenerlo. Me sentía tan responsable. Tan culpable por lo que había hecho”.

“Actué como lo hice porque sabía que la santidad del matrimonio era una farsa, madre”, dijo Simon suavemente. “Sabía que las mujeres eran criaturas volubles, que no debían recibir confianza”.

Tomó una respiración profunda y estabilizadora.

“Al menos, eso pensaba. Ya no lo creo”.

La condesa sonrió a través de sus lágrimas.

“¿Por la señorita Linchfield?”

Simon tragó con fuerza.

“Sí, por Amelia”.

“Entonces, me gustaría conocerla mejor”, dijo la condesa suavemente.

Simon no sabía qué pensar de esta conversación

Sentía como si algo hubiera cambiado en su relación con su madre. Como si hubieran alcanzado una especie de entendimiento.

Pero ni siquiera podía empezar a comprenderlo adecuadamente.

De repente, estaba más desesperado que nunca por ver a Amelia.

Cuando estaba con ella, se sentía más tranquilo, más libre. Y con su franqueza y su honestidad abrupta, no tenía ninguna duda de que ella le diría exactamente qué pensar de todo esto.

Pero no la vería esta noche, y sentía su ausencia intensamente.

¿Qué había sido de él que la extrañaba mientras estaba bajo el mismo techo que él?

“Debo prepararme para la cena,” murmuró, poniéndose de pie para irse.

“Sí, por supuesto,” dijo la condesa.

Simon se volvió para irse, pero dudó en la puerta.

Se movió rápidamente hacia donde su madre estaba sentada en su silla, y se inclinó para besarla en la mejilla.

“Te veré en la cena,” dijo enderezándose de nuevo.

“Gracias, querido,” ella sonrió.

Simon asintió brevemente y luego se alejó.

Necesitaba a Amelia más que nunca.

Pero tendría que esperar hasta mañana.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El día había amanecido brillante y cálido, con solo la brisa fresca insinuando el otoño.

Amelia estaba sentada junto a las antiguas ruinas de Simon, perdida en sus pensamientos.

No había pegado ojo la noche anterior, dando vueltas y vueltas, llorando en su almohada.

Cada vez que intentaba hablarse seriamente, como solía hacer, estallaba en ruidosos sollozos.

Y cuando finalmente logró caer en un sueño intranquilo, soñó con el irredimible conde y se despertó de inmediato para llorar un poco más.

Amelia sabía que su vida se había convertido en un desastre.

Se había levantado con el amanecer y se había vestido apresuradamente con su traje de montar, ignorando sus recuerdos de la última vez que lo usó con Simon. Después de beber té que no quería y comer tostadas que no podía saborear, salió apresuradamente.

Ahora, estaba sentada en este lugar que había estado tan ansiosa por explorar.

Después de haberse permitido fantasear con casarse con Simon y vivir aquí con él, arrastrándolo una y otra vez hasta que hubiera estudiado cada rincón, era agridulce estar sentada en él.

Las ruinas aún la fascinaban. La historia siempre la fascinaría.

Pero su corazón ya no estaba en ello. Porque estaba en manos de un hombre que no lo quería.

"Imaginé que estaría aquí."

Amelia se tensó al escuchar la voz de Simon, incluso cuando su cuerpo reaccionó sin su permiso.

"¿Realmente?" preguntó, complacida de lo calmada que sonaba cuando por dentro era un caos.

Aún no se había girado para mirarlo, sin saber con certeza si podría hacerlo sin sollozar.

"¿Está bien?" preguntó suavemente. Como si le importara.

"Sí, bastante bien, gracias."

Hubo un momento de silencio antes de que de repente él estuviera frente a ella, agachándose para poder mirarla.

"¿Qué le sucede?" preguntó, mirándola intensamente a los ojos.

Amelia se dio cuenta de que no podía sostener su mirada y bajó la vista a su regazo.

"No me sucede nada," respondió y se sintió molesta por el temblor en su voz.

Debía mantenerse firme.

Simon colocó sus dedos bajo su barbilla y levantó su mirada hacia la suya.

"¿Qué hace aquí sola?"

Su voz era tan suave. Si no lo supiera, pensaría que era tierna.

Pero sí lo sabía.

"Vine a estudiar las ruinas," respondió con rigidez. "En preparación para la llegada del señor Taft. Pensé en impresionarlo con mi conocimiento del lugar. Convencerlo de escuchar mi petición."

Un destello de emoción encendida iluminó sus ojos.

"¿Su petición?" repitió.

"Sí," respondió Amelia, luego se levantó de un salto. No podía soportar que la tocara más. Era demasiado.

"Después de todo, para eso estoy aquí, ¿no? Para conocer al señor Taft y convencerlo de que me deje unirme a su expedición."

Simon se levantó hasta que estuvo imponente sobre ella.

"Sí, así era," dijo lentamente, con cuidado. "Antes."

Quería preguntarle, "¿Antes de qué?"

Quería creer que le importaba. Que lo que había visto ayer con la señorita Langton había sido un malentendido.

Pero ¿cómo podía haberlo sido? Y tenía demasiado miedo de escuchar la verdad de sus labios. De alguna manera, sería mucho peor escucharla de sus labios.

Por lo que, permaneció en silencio.

"Amelia..."

Él extendió la mano para tomarla en sus brazos, y ella retrocedió tambaleándose, con el corazón acelerado.

No podía dejar que la tocara. Simplemente no podía. No sobreviviría.

Él la miraba ahora, su hermoso rostro marcado por la consternación.

"No entiendo qué está pasando aquí," dijo finalmente.

"No sucede nada," murmuró. "Solo... solo me estoy preparando para la llegada de su primo."

"Sí, dijo eso," espetó con brusquedad, y el temperamento de Amelia se encendió.

"Entonces, ¿por qué pregunta?"

Sacudió la cabeza, mirándola a solo unos centímetros de distancia, pero sintiéndose tan lejos.

"Supongo que pensé, esperé, que podría haber algo más que hubiera ganado al estar aquí."

Oh, Señor.

Sí, había ganado mucho más; los momentos más felices de su vida y una desolación total.

Amelia sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero no pudo detenerlas.

No podía detener su tonto corazón de querer tanto creer que a él le importaba.

"Simon..."

"¡Simon!"

Ambos se giraron al escuchar la voz de un hombre llamándolo.

"¿Es él...?"

No terminó de preguntar.

"Eugene."

***

Simon hizo todo lo posible por mantener un tono uniforme mientras su primo desmontaba y se dirigía hacia él.

Llegaba un día antes.

Y su timing no podía ser peor.

Algo estaba mal con Amelia.

Algo estaba muy, muy mal.

Había venido aquí esta mañana, al verla dirigirse a los establos, y adivinó hacia dónde podría estar yendo.

Anoche, después de su extraña conversación con su madre, había pasado toda la cena meditando sobre Amelia.

Cuando la señorita Langton volvió a captar su atención para decirle que su consejo anterior no le había servido de nada, ni siquiera había podido mostrar un mínimo de interés.

Durante su paseo, la señorita Langton había confesado que logró ofender a Nicholas, de todas las personas.

Parecía tan genuinamente molesta por todo el asunto que Simon la ayudó, le dijo que Nicholas era una persona reservada que guardaba sus cartas muy cerca del pecho y que el tiempo y la distancia serían sus mejores aliados si quería deshacer lo que fuera que había hecho. Algo que se negaba a confesar.

La señorita Langton había estado tan agradecida, tan ansiosa por arreglar las cosas, que Simon se había preguntado, no por primera vez, si algo serio había sucedido entre su amigo y la incorregible señorita.

Ella lo había besado en la mejilla, sin saber o sin importarle cuán escandaloso podría ser percibido, antes de correr hacia la casa para encontrar a Nic, y Simon había tomado nota de vigilar a la pareja.

Por supuesto, todo pensamiento sobre Nicholas y la señorita Langton, o cualquier otra cosa, había desaparecido de su mente cuando descubrió que Amelia se había encerrado.

Y ahora, después de no haber podido dormir ni un poco, su oportunidad de hablar a solas con ella fue interrumpida por el hombre al que ella había venido a ver en primer lugar. Su primo.

"Llegas temprano," dijo Simon mientras el hombre más delgado se acercaba y les hacía una reverencia a ambos.

"Hice buen tiempo en la carretera."

Simon observó cómo los ojos de Eugene se dirigían a Amelia y luego volvían, como si ella no tuviera importancia, y eso oscureció aún más su ánimo.

"Señorita Amelia Linchfield, permítame presentarle a mi primo, el señor Eugene Taft. Eugene, la señorita Amelia Linchfield. Admiradora de tu trabajo."

Observó atentamente cómo los ojos de Amelia se dirigían a los suyos, una emoción que no podía descifrar los oscureció, antes de volverse hacia su primo.

"Mucho gusto. ¿Cómo se encuentra?" Eugene hizo una reverencia adecuada.

"Muy bien, señor Taft, gracias."

"¿Le interesa la arqueología, señorita Linchfield?"

"Me considero algo así como una historiadora." Amelia sonrió tímidamente, y Simon sintió una punzada de celos.

"Qué interesante." Eugene sonrió de manera condescendiente, y Simon quiso golpearlo.

Siempre había sido un imbécil pomposo.

"Entonces, ¿ha estado admirando el castillo normando?" Asintió hacia las ruinas, su voz aún condescendiente, como si estuviera complaciendo a un niño.

Simon reconoció el destello de fuego en los ojos de Amelia. Ella también había captado el tono de Eugene.

"Así es, señor Taft. Aunque si no me equivoco, parece haber signos de un asentamiento anterior. ¿Quizás vikingo?"

Eugene parpadeó sorprendido, y Simon vio cómo su mirada se volvía más evaluadora mientras observaba a Amelia.

"Una buena observación, señorita Linchfield. Y una que yo mismo he hecho. Dígame, ¿notó el..."

Comenzó a hacer preguntas sobre cosas que Simon no entendía ni le importaban, y sin una mirada hacia atrás, la pareja se apresuró hacia las ruinas, cabezas inclinadas juntas, Simon completamente olvidado.

Ignoró el deseo ridículo y primitivo de alejar a Amelia de su primo y colocarla bajo su brazo.

Ella no era su propiedad. No era su esposa.

Ella no era suya.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Las manos de Amelia temblaban.

Esto no podía ser.

¿Cómo iba a mostrarle al señor Taft sus notas y exponer sus planes si no podía sostener los papeles sin que tintinearan?

Necesitaba calmarse.

Más que eso, necesitaba dejar de pensar en Simon y concentrarse en el asunto en cuestión.

Esta mañana había sido inesperada, pero tan agradable.

El señor Taft había parecido realmente interesado en escuchar sus ideas y opiniones, y había compartido detalles de su viaje de investigación a las Islas Shetland.

Sonaba maravilloso. Emocionante e interesante.

Y la idea de ir la enfriaba.

Porque todavía, *todavía,* después de todo lo que había visto, después de todo lo que sabía sobre Simon, no deseaba nada más que estar con él.

Sin embargo, Amelia no iba a dejar que la inconveniencia del amor no correspondido se interpusiera en su camino.

Esta noche iba a hablar con el señor Taft y decirle que ella había sido la persona con quien él había estado intercambiando correspondencia.

Y le diría que quería unirse a él en su viaje a Escocia, y luego en cualquier otro viaje que él tuviera planeado.

Y cuando lo convenciera de aceptar, tendría la distancia que necesitaba de Simon para lamer sus heridas y sanar su corazón roto.

Asintiendo para sí misma, respiró profundamente para tranquilizarse y luego entró en el salón.

Sus ojos recorrieron la habitación.

Buscaba al señor Taft, se aseguró a sí misma, solo al señor Taft.

Y eso hizo, hasta que su mirada se cruzó de repente con una negra.

Oh, Dios.

Amelia sintió que sus mejillas ardían mientras veía a Simon moverse rápidamente hacia ella.

Quería girar la cabeza y alejarse.

Quería lanzarse en sus brazos.

Como un compromiso, se quedó completamente inmóvil y lo miró fijamente. Como una tonta.

Su mirada sostenía la de ella, negándose a liberarla de su poder.

No miraba a ningún otro lugar que no fuera a ella. Ignoraba a las personas que lo saludaban,

llamándolo por su nombre.

El corazón de Amelia latía con fuerza hasta que él se detuvo a unos centímetros de ella.

"Te ves hermosa," dijo suavemente a modo de saludo.

Amelia tragó saliva con dificultad.

"Gracias," murmuró.

En verdad, había puesto un cuidado extra al arreglarse esa noche. Se había dicho a sí misma que era para causar una buena impresión en el Sr. Taft, pero estando allí frente a Simon, sabía que todo había sido por él.

El vestido era de un satén lila pálido superpuesto con un encaje intrincado, y Amelia lo había combinado con el collar y los pendientes de amatista que sus padres le regalaron en su decimoctavo cumpleaños.

“Quería hablar con usted,” dijo Simon ahora, aun sosteniéndola con esa mirada intensa que la hacía sentir como si pudiera ver su alma.

“Oh, de acuerdo, lo escucho...” dijo ella.

Sus labios se curvaron en esa sonrisa traviesa que hacía que los dedos de los pies se encogieran.

“No aquí, no frente a toda esta gente. Yo...“

“Ah, Srta. Linchfield, qué bien se ve esta noche.”

Amelia parpadeó ante la interrupción, y el hechizo se rompió.

Se volvió para sonreír al Sr. Taft, diciéndose a sí misma que no estaba decepcionada por la interrupción.

“Gracias, Sr. Taft.”

“Me preguntaba si había tenido la oportunidad de leer el documento que le di sobre...“

“Eugene,” la voz de Simon interrumpió al historiador. “Me temo que la Srta. Linchfield y yo estábamos a punto de ir a tener una conversación privada.”

Amelia frunció el ceño hacia Simon, su temperamento se encendió.

En realidad, no le había pedido que se fuera a tener una conversación privada. E incluso si lo hubiera hecho, ella lo habría rechazado.

No sería adecuado que la vieran marcharse para tener conversaciones privadas con caballeros. Especialmente caballeros que habían estado teniendo sesiones privadas de besos con jóvenes en el establo.

“En realidad, *no* estábamos a punto de ir a tener una conversación privada.” Sonrió al Sr. Taft. “Y sí, leí el documento. Fue fascinante, como siempre. Espero discutirlo más con usted.”

“Amelia...“

Antes de que Simon pudiera argumentar, sonó la campana para la cena.

“Srta. Linchfield, le pedí a mi tía que me permitiera acompañarla a cenar esta noche. Esperaba que pudiéramos continuar la discusión sobre los asentamientos vikingos en los puertos.”

“Amelia.” La mano de Simon se extendió para agarrarla suavemente por el brazo. “Realmente necesito hablar con usted.”

“Es hora de cenar,” dijo ella miserablemente.

El toque de su mano la quemó de una manera que le demostró que nunca se recuperaría de él. Nunca.

“No me importa un bledo la cena,” dijo lo suficientemente alto como para detener toda conversación a su alrededor.

Las mejillas de Amelia se ruborizaron bajo el escrutinio de los que los rodeaban.

Retiró su brazo del agarre de Simon y se volvió hacia el Sr. Taft.

“¿Vamos?” preguntó.

Y sin esperar respuesta, apoyó su mano en el brazo del Sr. Taft y lo arrastró hacia el comedor

***

Simon la estaba fulminando con la mirada. Sabía que lo estaba haciendo.

Lo sabía por la forma en que la gente evitaba sostener su mirada. Por la forma en que la conversación a su alrededor era contenida y cuidadosa.

No le importaba.

Quería saltar sobre la mesa y arrastrar a Eugene lejos del lado de Amelia.

Quería estrangular al hombre pequeño cada vez que Amelia le sonreía.

¿Qué demonios había pasado?

Hace dos días estaban al borde de algo maravilloso, estaba seguro de ello.

¿Ahora? Ahora ella trataba a Simon como a un extraño. No lo miraba. No le permitía tocarla.

Y maldita sea, cómo extrañaba tocarla.

¿Cómo podía estar solo a unos pies de distancia, y aun así sentirse como si hubiera un mundo entre ellos?

Pronto habría un mundo entre ellos, si Amelia se salía con la suya.

Ella se iría de viaje y él se quedaría aquí, cambiado por ella para siempre, arruinado por ella para todos los demás.

"Sabes, estás asustando a tus invitados."

Simon dirigió su ceño a Robert, quien sonreía como si esta tortura fuera entretenida.

"No me importan un carajo mis invitados," escupió.

"Estoy conmovido," respondió con ironía.

"Sabes, me gustabas mucho más cuando eras un monstruo con estados de ánimo oscuros," dijo Simon, vaciando el contenido de su copa y señalando que la llenaran de nuevo. Si iba a estar miserable, bien podría estar borracho y miserable.

Rob levantó una ceja.

"Creo que estás manejando muy bien los estados de ánimo oscuros."

Simon observó a su amigo. Su amigo, cuya vida había sido tan oscura durante tanto tiempo. Que se había enamorado de Abigail y había permitido que la luz entrara en su vida.

El amor había cambiado a su amigo.

Así como había cambiado a Simon.

"Estoy feliz por ti," dijo Simon de repente. "No estoy seguro de habértelo dicho alguna vez."

"No me lo habías dicho," respondió Rob con suavidad. "Y si recuerdo bien, tampoco se lo dijiste a James."

Simon se encogió de hombros.

"No entendía," dijo.

"¿Y ahora lo entiendes?"

Miró a Amelia, tan hermosa a la luz de las velas.

"Ahora, sí."

"Entonces, díselo."

Simon se volvió hacia Nic, que se había sumado a la conversación.

"He estado tratando de decírselo desde ayer," se defendió. "Pero mi escurridizo primo pequeño sigue apareciendo."

"Jamás pensé que vería el día en que el Diablo de Dashford Manor tendría miedo de un poco de competencia."

Con una maldición contenida, Simon volvió su mirada a James.

"No son más que un grupo de viejas chismosas," espetó.

Este era el problema de ser amigo de los Pares de más alto rango del reino.

Podían sentarse lo suficientemente cerca como para interferir, incluso donde no eran bienvenidos.

"Y no tengo maldito miedo de Eugene," continuó.

"Bueno, ¿de qué tienes miedo entonces?" preguntó James.

Simon vació su copa una vez más antes de reír suavemente, aunque no había nada gracioso en ello.

Finalmente, respondió.

"De ella."

CAPÍTULO VEINTICINCO

Amelia había pasado una cena agradable discutiendo las tribus Pictas y la investigación del Sr. Taft, aunque todo el tiempo era muy consciente de la mirada de Simon sobre ella.

Ahora que los caballeros se habían unido a las damas en el salón, estaba decidida a tener la conversación con el Sr. Taft que había querido tener sobre su correspondencia.

Aunque el Sr. Taft fue el primero en entrar y ahora estaba sentado con ella en una chaise relativamente privada, Amelia sabía el momento exacto en que Simon había entrado.

Así como sabía el momento exacto en que la Srta. Langton captó su atención.

Si algo iba a reafirmar la resolución de Amelia, era ver lo impactantes que se veían los rizos rubios de la Srta. Langton junto al cabello negro azabache de Simon.

El cabello de Amelia era castaño. Eso nunca le había molestado en particular hasta ahora.

"Sr. Taft, yo… necesito hacerle una confesión." soltó Amelia.

El caballero parpadeó sorprendido.

Amelia se empujó las gafas hacia arriba en la nariz, tomó una profunda respiración y se preparó para hablar sobre la expedición.

Sin embargo, antes de que pudiera hablar, el Sr. Taft la interrumpió.

"Mi querida Srta. Linchfield. Estoy halagado, de verdad," dijo, mientras Amelia fruncía el ceño, confusa. "Pero realmente, yo soy un Taft, y usted es la hija de un mero barón. Y aunque usted es muy linda, creo que es bastante inapropiado que sea tan atrevida."

La mandíbula de Amelia se fue bajando constantemente durante la extraña charla, pero a medida que las palabras calaban, su temperamento se encendió.

"¿Perdón?" siseó, queriendo gritar, pero dolorosamente consciente de que estaban en una habitación llena de gente.

¿Cómo podía pensar que ella era del tipo de chica que se lanzaría a un hombre en medio de una cena?

¿Y en cuanto a toda esa tontería sobre él siendo un encumbrado Taft y ella la hija de un insignificante barón? Era el colmo.

"No se preocupe." Él le dio una palmadita en la mano con aire condescendiente. "No sería la primera joven que se siente.. ah... apegada a..."

"Sr. Taft," cortó ella, deteniendo su ridículo discurso antes de que avergonzara a cualquiera de los dos aún más. "Me temo que ha habido un malentendido."

"¿Oh?"

Amelia apretó los dientes ante su tono incrédulo.

"Quiero ser muy clara." Luchó por mantener su voz equilibrada. "Intentaba decirle que he estado

intercambiando correspondencia con usted sobre su investigación sobre los Pictos durante los últimos meses," dijo. "Yo era el joven, A Wall, con quien usted compartía su investigación actual."

El nombre había sido un guiño frívolo a su condición de florero.

Observó con satisfacción cómo su rostro se desmoronaba cómicamente ante la noticia.

"Quería hablar con usted esta noche, no porque haya formado ningún tipo de apego hacia usted, sino porque esperaba que considerara permitirme acompañarle en su viaje a las Islas Shetland. Me doy cuenta de que..."

Su carcajada interrumpió nuevamente.

"No puede estar hablando en serio," balbuceó.

"Estoy hablando en serio," replicó ella.

"Pero... pero... usted es una dama," finalmente articuló con dificultad.

Amelia se congeló, atónita, mientras miraba al hombre.

¿Eso era todo? ¿Eso era lo que diría?

Todos sus meses de investigación. Todos sus planes, sus esperanzas de ver el mundo. Desaparecidos.

No importaba que ya no los quisiera particularmente. Todo lo que importaba era que este viaje era lo único que le ayudaba a no desmoronarse completamente. Lo único que la detenía de llorar y lamentarse ante la injusticia del mundo, era su esperanza de que en unas pocas semanas tendría la tan necesitada distancia de Simon.

Ahora, no habría distracción. Nada para protegerla del dolor visceral que trataba desesperadamente de hacerse notar.

Y así, su control se rompió.

"Soy consciente de que soy una dama, Sr. Taft." Estaba fríamente enojada.

A su alrededor, la gente estaba feliz.

Adeline y el Capitán Davis estaban envueltos en los brazos del nuevo amor.

Senna y Abigail se reían juntas, con sus maridos mirándolas con tanto amor en sus ojos que le dolía a Amelia verlo.

Incluso su padre estaba feliz, charlando animadamente con el vicario y su esposa.

Y allí en la otra esquina, Lord Barnbury, la Srta. Langton, y - su corazón se agitó - Simon.

Volvió su furiosa mirada hacia la odiosa criatura a su lado.

"Le aseguro, Sr. Taft, que no estoy, ni he estado, interesada en nada más que su investigación. Y si me considera no apta para acompañarle, entonces es realmente su pérdida. Francamente, no se merece tenerme en su equipo."

No esperó una respuesta.

Manteniendo la barbilla firmemente levantada, Amelia se puso de pie y, sin decir una palabra más, sin hacer excusas a su madre o a la condesa, salió de la habitación.

***

Simon observó a Amelia salir de la habitación, y, juzgando por la expresión de sorpresa en el rostro de su primo, supo que algo había pasado entre ellos.

Estaba dividido entre seguirla y obtener respuestas de su primo.

Estuvo dividido durante aproximadamente medio segundo, antes de decidir seguirla.

Sin decir una palabra a Nic o a la Srta. Langton, se dio la vuelta y salió rápidamente de la habitación.

No tenía idea de lo que había sucedido allí, pero si Eugene había molestado a Amelia, lo destruiría.

Una visión de satén lila llamó su atención, y se dirigió hacia la biblioteca.

De repente, se sintió inseguro de sí mismo.

Las cosas habían estado raras entre ellos los últimos días.

Aun así, fuera lo que fuera, él lo arreglaría.

Entonces podría decirle lo que sentía. Decirle que la amaba y pedirle que fuera su esposa.

Decidido, Simón empujó la puerta y entró, cerrándola suavemente detrás de él.

"¿Qué hizo él?"

La observó sobresaltarse al oír su voz, y ella giró para enfrentarlo, llevándose una mano al pecho.

Su cuerpo, su corazón, cada parte de él respondió instantáneamente a ella.

"¿Qué?" Ella frunció el ceño.

"Eugene," dijo él, caminando lentamente hacia ella. "¿Qué hizo?"

Los hombros de ella se tensaron, y él vio un destello de fuego en sus ojos color verde mar.

"No hizo nada," dijo ella.

Él esperó.

Y entonces la represa se rompió.

"Es un arrogante, presuntuoso, condescendiente roedor, pero no hizo nada."

Y ahí estaba. Había sabido que un berrinche estaba al acecho bajo la superficie.

"¿Qué pasó, Amelia?" Se acercó más.

Parecía que iba a decir algo, pero entonces sus hombros se desplomaron y negó con la cabeza tristemente.

Se veía tan desolada que su corazón se retorció.

"No importa," murmuró finalmente, con los ojos fijos en el suelo.

Simón se acercó lo suficiente para tocarla, para inhalar el aroma floral que reconocería incluso si estuviera cegado.

Extendió la mano y le levantó el mentón, forzando su mirada a encontrarse con la suya.

"¿Qué sucedió?" repitió suavemente.

Ella exhaló un suspiro impaciente.

"Él...no me quiere en su expedición," soltó finalmente. "No cree que pueda ser de ayuda porque

soy una *dama*.”

Su tono era mordaz, sus ojos fulguraban.

“Él pensó que yo estaba... estaba...“

“¿Qué?” preguntó él, curioso, cuando sus mejillas se enrojecieron.

“Bueno, insinuándome,” gritó ella. “De todas las ideas ridículas y nauseabundas. ¿Cómo se *atreve*?”

Ella era gloriosa en su ira, aunque este quizás no fuera el mejor momento para decírselo.

Simón nunca lo admitiría, pero el alivio que sintió al escuchar su apasionado discurso fue palpable.

Nunca el notorio Diablo de Dashford admitiría que había estado celoso de su pequeño primo erudito. Nunca admitiría que había estado asustado hasta la muerte de que la mujer delante de él preferiría a Eugene en lugar de a él, que querría más de él que un lugar en su expedición de investigación.

Soltó su mano de su barbilla, pero levantó la otra para sostenerla suavemente por los brazos, inclinándose ligeramente para mirarla directamente a los ojos.

“Lo siento,” dijo.

Y lo decía en serio. Por mucho que odiara la idea de que ella se fuera, sabía lo importante que era para ella.

“Eugene es un asno pomposo y siempre lo ha sido.”

Ella sonrió ligeramente, pero no llegó a sus ojos. Se veía completamente miserable.

“Si quiere, puedo cortarle la financiación,” ofreció esperanzadamente. En realidad, le gustaba la idea.

Esta vez su sonrisa fue un poco más amplia.

“Gracias,” dijo. “Pero, no. Creo que su madre me haría pedazos si supiera que fui la causa de eso.”

Ella se apartó de sus brazos, dándole la espalda para examinar los libros detrás de ellos, y él tuvo que apretar los puños para evitar alcanzarla de nuevo.

“Mi madre podría ser más receptiva a la idea de lo que piensa,” dijo, dándose cuenta de que era la primera vez que había podido hablar con ella desde su charla con la condesa. “Creo que ahora mismo estaría de acuerdo con cualquier cosa que dijera, si eso significa que sería feliz.”

Esto llamó su atención, y ella giró de nuevo.

“¿Realmente?”

“Realmente. Hablamos ayer. Fue... informativo.”

Ella frunció el ceño ante sus palabras crípticas, y allí estaba esa arruga que lo volvía loco.

“Se disculpó por lo que hizo cuando era un niño. Y por su comportamiento desde entonces, supongo. Resulta que su frialdad a lo largo de los años fue una extraña idea de dar un buen ejemplo, en lugar de un verdadero desdén por mí. O eso dice.”

Amelia lo observó con curiosidad por un momento, como si supiera que su indiferencia era fingida. Lo cual era.

“¿Y cómo se siente al respecto?”

“Honestamente, no tengo idea.” Sonrió con tristeza. “Es ciertamente diferente. Supongo que tomará un tiempo acostumbrarse, tener una madre que no me odia.”

“No creo que ella nunca lo haya odiado, Simón,” dijo suavemente.

Él quería agarrarla, tirar de ella hacia él, y besarla hasta dejarla sin sentido.

Quería luchar para superar este muro que sentía alrededor de ella, entre ellos.

Pero no lo haría. Por mucho que quisiera abrazarla, también quería consolarla.

Y por mucho que no quisiera que ella fuera a ninguna parte con Eugene, quería que sus sueños se hicieran realidad.

“Realmente lo siento por el comportamiento de Eugene. Si quiere, puedo obligarlo a llevarla.”

“¿Y cómo haría eso?” preguntó ella, levantando esa ceja incrédula.

“Puedo ser muy persuasivo.” Sonrió y observó con satisfacción mientras su respiración se entrecortaba.

“Bueno, estoy segura de que puede serlo.” Su voz no sonaba tan firme como antes, para su deleite. “Pero, no gracias. No quiero ir si no soy realmente deseada. La verdad sea dicha, había perdido algo de su atractivo de todos modos.”

El corazón de Simón se llenó de esperanza.

“¿Y por qué es eso?” preguntó con cautela.

Su rostro cayó de nuevo con esa expresión desolada.

“La razón no es importante,” dijo. “Ya no.”

“Amelia...”

“Ni siquiera quería ser la asistente de alguien.” Habló sobre él de repente, las palabras saliendo rápidamente, como si estuviera desesperada por sacarlas. “Solo quería ver el mundo. O partes de él, al menos. No hay nada que diga que no puedo seguir haciéndolo. Solo tendré que encontrar otra manera.”

Se ajustó las gafas en la nariz.

“Ahora, si me disculpa, estoy cansada y me gustaría descansar.”

Ella intentó pasar junto a él, pero él la agarró, tirando de ella suavemente para que se enfrentara a él.

“Quería hablar con usted,” dijo.

“Hemos estado hablando,” respondió ella obstinadamente.

“Pero no he terminado.”

“Sí, pero yo sí,” respondió ella.

Chica terca.

“Me está evitando.” Su temperamento despertaba ante su obstinada negativa.

“Lo estoy intentando, pero no me deja ir,” dijo ella, estampando su pie como una niña.

“¿Por qué lo está intentando?”

“Mi señor, por favor...”
“¿Mi señor?” preguntó él, incrédulo. “No puede estar hablando en serio.”
Ella soltó un suspiro.
“Solo déjeme ir,” dijo con cansancio.
“No puedo simplemente dejarla ir, querida. No tengo eso en mí.”
Y él hizo lo que había querido hacer durante días.
La atrajo hacia él y la besó.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El cuerpo de Amelia se regocijó al sentir los brazos de Simon rodeándola finalmente después de tanto tiempo.

Se hundió contra él, abriendo la boca a sus demandas silenciosas, enroscando sus brazos alrededor de su cuello.

Esto era lo que ella quería.

Nada más que esto.

Sus pensamientos se volvían menos coherentes a cada segundo.

Sin romper su beso, Simon la levantó del suelo y caminó hacia la chaise.

Se sentó con ella en su regazo, hundiendo sus manos en su cabello, inclinando su cabeza para poder recorrer con besos ardientes y traviesos su cuello.

“Dios, la extrañé,” gimió él. “Extrañé esto.”

Capturó su boca una vez más, y Amelia solo podía aferrarse a él mientras la avalancha de su deseo despertaba el suyo propio.

Sus manos comenzaron una lenta y tortuosa exploración de su cuerpo, abrasándola hasta los huesos con cada caricia, cada toque.

Podría morir feliz aquí mismo, en este momento.

Ya no le importaba el Sr. Taft y sus insoportables suposiciones.

Ya no le importaba su reputación, ni la adecuación, ni nada que se pareciera siquiera a la decencia.

Incluso su beso con la señorita Langton se desvanecía de su memoria.

Con ese pensamiento fugaz, todo dentro de Amelia se detuvo en seco.

Dios mío, ¿qué estaba *haciendo*?

¿Cómo podía ser tan tonta?

Apartó su boca de la de él y se tambaleó hacia sus pies, retrocediendo para mantener la distancia.

No podía estar demasiado cerca de él, del olor de él, de la fuerza de él. Era demasiado tentador.

“Yo...tengo que irme,” murmuró, girándose hacia la puerta para huir a la seguridad de su habitación.

“Espere, por favor.”

Sus nervios estaban más que destrozados. Y sabía que estaba a un pelo de romperse.

Ignoró su súplica y corrió hacia la puerta.

“Amelia, espere.”

De repente, él estaba ahí frente a ella, bloqueando su camino.

“Querida...”

“No me *llame* así.”

Ahí estaba. La ruptura.

“Si desea tomarse esas libertades, si quiere tratar a una mujer como si no fuera más que su juguete, entonces le sugiero que busque a la señorita Langton.”

El rostro de él palideció como si ella lo hubiera golpeado.

Y en algún lugar dentro de sí, Amelia sabía que estaba revelando demasiado, sabía que se arrepentiría de este arrebato.

Pero en este momento, ya no le importaba.

“¿La señorita Langton?” Parecía desconcertado. “¿De qué está hablando?”

“Si va a andar besando a toda dama bajo su techo, Lord Dashford, quizás quiera elegir un lugar más discreto que las caballerizas en medio del día,” espetó ella.

“¿Qué...?”

“Claramente, la señorita Langton tiene el mismo desprecio por la decencia que usted,” continuó, y para su horror, sus ojos se llenaron de lágrimas. “Ustedes dos se merecen mutuamente. Pero no intente arrastrarme a su depravación.”

“Amelia, no entiende.”

“Entiendo perfectamente. Entiendo lo que usted es. Todo el mundo lo sabe. No es más que un *diablo* libertino y egoísta, y no quiero tener nada más que ver con usted. Ahora déjeme ir.”

No esperó una respuesta, simplemente pasó a su lado y corrió escaleras arriba.

Mientras Amelia lloraba en su rutina nocturna, se metía bajo las cobijas y seguía llorando, anhelaba su antigua vida como flor solitaria.

Podría haber sido ignorada en ese entonces, pero al menos no tenía el corazón roto

***

“¿Por qué sigues despierto?”

La voz de Nicholas sacó a Simon de su ensueño alcohólico. No le importaba. No había sido precisamente agradable.

“¿Y tú por qué?” replicó él.

Nicholas fue a llenar un vaso igual que el de Simon antes de contestar.

“No podía dormir,” dijo. “No he podido dormir en días.”

“Bienvenido al club,” murmuró Simon. “Yo sé cuál es mi problema,” continuó. “¿Cuál es el tuyo?”

“Tú primero.” Nic sonrió ligeramente.

“¿No puedes adivinar?” preguntó Simon.

“¿La hermosa ratona de biblioteca aún no ha sucumbido a los encantos del diablo?” Nic rio.

“No es gracioso,” replicó Simon.

“Es un poco gracioso,” replicó Nic. “¿No fue solo hace unos meses cuando estabas criticando a James y Rob por haberse atrapado en la trampa del párroco?”

Simon se removió en su asiento.

“No lo recuerdo,” mintió obstinadamente.

“¿Y no fuiste tú quien afirmó que nunca te casarías? ¿Nunca te enamorarías?”

“¿Cuál es tu punto?” preguntó Simon con acritud, incapaz de soportar que le devolvieran sus propias palabras.

“Mi punto es que amas a la dama, eso es casi dolorosamente obvio. Sin embargo, todavía no has logrado hacer nada al respecto. Y ella no esperará para siempre.”

“Intenté hacer algo al respecto.” Simon se levantó de su asiento de un salto, de repente demasiado agitado para quedarse quieto.

“Intenté decírselo esta noche, pero...”

“¿Pero qué?” instó Nic, perfectamente tranquilo. Perfectamente sereno.

“Bueno, comenzamos a hablar de Eugene y luego de mi madre, de todas las personas. Luego...”

“¿Entonces?”

“Entonces la besé. Y luego me gritó por lo de la señorita Langton. Y después salió corriendo. ¿Contento?”

Miró a su amigo, esperando que Nic volviera a sonreír, pero para su sorpresa, la cara de Nic estaba como una tormenta.

“¿Qué tiene que ver la señorita Langton con todo esto?” preguntó, con la voz tan cerca de un gruñido como Simon le había oído jamás.

“Nada,” dijo impacientemente. “La chica estaba molesta la otra mañana. Por ti, de hecho. Y le di un consejo. Ella me besó, y...”

“¿Te besó?”

La voz de Nic seguía siendo tranquila, pero ahora mortalmente.

“En la mejilla, Nic, por el amor de Dios. ¿Qué piensas que soy?”

“Eh, tú,” sugirió su amigo, nada servicial. Aunque al menos parecía haberse calmado un poco.

“Gracias,” dijo Simon con sarcasmo. “De verdad.”

Nic lo observó un momento antes de ponerse de pie.

“¿Puedo ofrecerte un consejo?”

“¿Sobre el amor?” preguntó Simon escépticamente. “¿Qué sabes tú de eso?”

“Te sorprenderías,” dijo Nic, con un destello de una emoción oscura y dolorosa en sus ojos azul marino. Desapareció antes de que Simon pudiera siquiera empezar a descifrarlo.

De todos modos, con media botella de brandy en el cuerpo, no era muy bueno para descifrar en ese momento.

“La señorita Linchfield es una mujer hermosa e inteligente,” dijo Nic, como si Simon necesitara que esto se le señalara. “Sin embargo, a pesar de toda esa inteligencia, obviamente está enamorada de ti. Uno solo puede preguntarse por qué.”

Simon frunció el ceño ante el sarcasmo, pero realmente quería creer lo que Nic decía.

“¿Qué te hace estar tan seguro?” preguntó, escuchando la desesperación en su tono.

“No has tenido mucha experiencia con la emoción de los celos, Simon. Nunca lo has necesitado. Aunque creo que has disfrutado de una probada de ello esta semana.” Nicholas sonrió. “Aun así, es fácil de reconocer en la señorita Linchfield.”

Simon estaba luchando por seguir debido a su cerebro nublado por el brandy.

“Si te estaba gritando por la señorita Langton, es porque estaba celosa. Y si estaba celosa, eso significa...”

“Que le importo,” terminó Simon con esperanza.

La respuesta de Nic fue asentir. Caminó hacia la puerta, luego se giró.

“¿Simon?”

Simon levantó la mirada.

“Me alegra que hayas encontrado a alguien a quien amar. El Señor sabe que es bastante difícil,” dijo su amigo en voz baja. “Solo asegúrate de hacer algo al respecto pronto, ¿sí?”

“Lo haré,” dijo.

“Oh, y un consejo más. No dejes que alguien como Alison Langton arruine esto para ti,” terminó con bastante amargura.

Con un último asentimiento, Nicholas salió de la habitación.

Nic le había dado mucho en qué pensar.

Mucho qué cuestionar.

Pero había algo sobre lo que no había duda alguna.

Simon no iba a dejar que nadie, ni nada, lo arruinara.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El día del baile había amanecido brillante y hermoso, y los ánimos estaban altos por toda la mansión.

Simon, sin embargo, tenía dolor de cabeza y no estaba de humor para ningún tipo de espíritu, excepto aquellos en el fondo de una botella.

Hoy, sin embargo, no se daría ese gusto.

Hoy, toda su atención estaría en la testaruda jovencita que se negaba a darle un segundo de paz.

Ella siempre se despertaba temprano, lo que significaba que había una buena probabilidad de que estuviera desayunando sola.

Podría ir a ella ahora mismo, explicarle lo que había sucedido con la señorita Langton, y decirle cuánto la amaba, aunque fuera un verdadero dolor de cabeza.

Cada parte de él gritaba por hacerlo.

Pero no lo haría. Todavía no.

Con una sonrisa decidida, Simon terminó de vestirse, ignorando las protestas de su ayuda de cámara ante la ropa puesta apresuradamente, y luego pidió su caballo.

Tenía trabajo que hacer.

***

Cada vez que se oía un ruido fuera del salón de la mañana, el corazón de Amelia daba un vuelco.

Sus nervios estaban a flor de piel desde su encuentro con Simon la noche anterior.

No podía creer gran parte de lo que había sucedido; cómo se había desmoronado de manera tan desenfrenada en sus brazos, cómo había revelado sus sentimientos despotricando y delirando sobre la señorita Langton.

Y ahora temía enfrentarse a él de nuevo.

Hace solo unos días, esperaba con ansias el baile de esta noche. Se había imaginado bailando en los brazos de Simon, olvidando el resto del mundo.

Ahora temía la velada.

Temía ver al pomposo señor Taft, quien había decidido que ella era inferior a él, solo porque era mujer.

Sobre todo, temía ver a Simon con su hermosa acompañante mientras ella, Amelia, quedaba relegada de nuevo a ser una flor de pared.

La puerta se abrió, y el corazón de Amelia se detuvo en seco.

Sin embargo, no era Simon quien entraba, sino la propia señorita Langton.

Un feroz sentimiento de celos atravesó a Amelia mientras la mujer rubia se deslizaba en la

habitación, resplandeciente con un vestido de paseo blanco como la nieve con ribetes azules.

“Buenos días, señorita Linchfield.” La bonita rubia le sonrió, con hoyuelos y todo, solo para irritarla aún más.

“Buenos días,” respondió ella con rigidez.

Amelia sabía que no era culpa de la señorita Langton que Simon fuera un verdadero libertino.

Del mismo modo que sabía que no era culpa de la señorita Langton que Amelia se hubiera enamorado de él.

Observó cómo la sonrisa de la señorita Langton se apagaba ante la fría recepción, y ahora también tenía que lidiar con una dosis de culpa.

Amelia bajó la vista a su plato mientras la señorita Langton se acercaba al aparador.

El silencio era incómodo y lleno de tensión. Al menos para Amelia.

“Ese vestido es hermoso, señorita Linchfield.”

Amelia levantó la mirada para ver que la señorita Langton se había sentado frente a ella en la mesa.

“Oh, gracias,” se sonrojó.

El vestido era otro de Madame. Una muselina verde pálido que Madame había indicado que debía combinarse con el spencer de manga corta blanco que Amelia llevaba obedientemente.

No creía que los ojos de Madame llegaran hasta Dashford Manor, pero no se arriesgaría.

“Eh, el suyo también es hermoso,” respondió amablemente como lo dictaba la cortesía. Era verdad, en cualquier caso. Amelia nunca había visto a la otra dama lucir menos que absolutamente encantadora.

“Es nuevo,” parloteó la señorita Langton. “Abigail me envió páginas de instrucciones sobre lo que debía comprar antes de venir a Inglaterra. Pensé que estaba exagerando un poco. Después de todo, he vivido en la sociedad de Nueva York.”

Se detuvo para tomar un sorbo de su té, y luego siguió parloteando de una manera que, tenía que admitir, era encantadora y natural.

“Ahora veo lo que quiere decir. Y ni siquiera he ido a Londres aún. En esta misma fiesta en casa he visto la competitividad cuando se trata de la moda de las damas.”

Se detuvo y estudió a Amelia por un momento.

“No parece involucrarse en eso,” dijo ahora. “Aunque siempre logra lucir tan hermosa. No es de extrañar que la mirada de Lord Dashford casi incendie las cortinas cada vez que la mira. Realmente está bastante enamorado.”

La mandíbula de Amelia se cayó ante el desmesurado parloteo de la otra dama.

La señorita Langton suspiró.

“Es tan romántico,” continuó. “Desearía que alguien me mirara así.”

Sus brillantes ojos azules se oscurecieron un momento, y se veía tan desolada que Amelia se encontró extendiendo la mano como para consolarla. Sin embargo, en cuestión de segundos, se había animado una vez más.

“Y es tan inteligente, también, señorita Linchfield. Estoy realmente asombrada de usted. Abby lo

había dicho, por supuesto, pero Lord Dashford no podía dejar de hablar de su conocimiento sobre los vikingos y... ah...–“

“Pictos,” susurró Amelia, un poco aturdida.

“Sí, eso era. Realmente la envidio. Solo leo novelas, lo cual desespera a mi madre. Pero me aburro de todo lo demás. No soy lo suficientemente inteligente para nada de eso, me temo.”

“Señorita Langton... “interrumpió rápidamente Amelia antes de que la chica pudiera desviarse por otro tema.

Se sentía decididamente temblorosa, sentada allí escuchando a la otra dama hablar de Simon. Y cómo todas *sus* conversaciones parecían referirse a Amelia.

Había una horrible sensación de agitación en su estómago al pensar en lo que esto podría significar.

“Por favor, llámeme Alison.” La señorita Langton sonrió. “O Ally, si lo prefiere.”

“Ally,” dijo Amelia. “¿Quieres decir que Si... es decir, Lord Dashford no ha... quiero decir, que usted y él no... “

Alison frunció el ceño, confundida, y Amelia tuvo que tragar fuerte antes de poder continuar.

“Yo... pensé que usted y el conde habían formado un... eh... vínculo. El uno con el otro.”

Alison parpadeó una o dos veces antes de estallar en una risa sorprendida.

Incluso su risa sonaba como una campana, pensó Amelia. Aunque ahora, en lugar de irritarla, se sentía libre de encontrarla bastante agradable.

“Por supuesto que no,” exclamó Alison. “¡Vaya, creía que era obvio que su interés está firmemente en otra parte!” Sonrió. “Rob dice que es nauseabundo. Y disfruta mucho de ello, también, ya que aparentemente Lord Dashford le hizo pasar un mal rato cuando se enamoró de Abby.”

El mundo de Amelia parecía girar fuera de su eje.

No podía evitar pensar que había cometido un grave error con Simon la noche anterior.

Y aquí estaba la chica con la que pensaba que él tenía una relación secreta, siendo tan amable y amistosa, cuando Amelia había sido fría con ella en el mejor de los casos, diciéndole que Simon estaba enamorado de ella.

Que todo el mundo lo sabía.

Amelia siempre se había considerado una buena persona. Una persona inteligente.

Ahora no se sentía como ninguna de esas cosas.

Pero Simon nunca le había dicho que le importaba. Que la amaba.

¿Quién sabía si siquiera lo hacía?

“P-pero yo los vi,” insistió. “La otra mañana en los establos. Lo vi besarlo.”

El ceño de Alison se profundizó, y luego su expresión se aclaró.

“Oh, eso.” Hizo un gesto casual como si fuera lo más normal del mundo besar a los caballeros. “Lord Dashford me estaba aconsejando sobre un... un problema. Y estaba tan agradecida, que le di un beso en la mejilla para decir gracias.”

La mente de Amelia estaba girando mientras Alison, completamente ajena, seguía parloteando.

“Abby siempre me está regañando por el decoro y la propiedad. Tienen muchas reglas realmente bastante estrictas aquí. Al menos tengo hasta la próxima primavera para prepararme para la temporada. No es que a Rob o a Abby les importara si puedo deshonrarlos, supongo. Pero no sirve de nada tener una temporada si me van a evitar el primer día porque cometí algún error imperdonable.” Puso los ojos en blanco, pareciendo encontrar todo el asunto absurdo, lo cual, Amelia tuvo que admitir, lo era.

“De todos modos, supongo que no besar en la mejilla debe estar en la lista, ya que obviamente da la impresión equivocada.”

Frunció el ceño y se inclinó más cerca.

“Lo siento, señorita Linchfield, si mi comportamiento le causó alguna molestia. De verdad.”

Amelia no podía hablar, su cerebro estaba tratando de entender lo que Alison le estaba diciendo.

Alison la miró un poco más y, de repente, sus hombros se desplomaron y bajó la mirada a su plato.

“Tal vez él tenía razón sobre mí.”

Esto sacudió a Amelia de su estupor congelado.

“¿Quién tenía razón?” preguntó, curiosa a pesar de su agitación. Quizás centrarse en los problemas de otra persona la ayudaría a olvidar los colosales que había creado para sí misma.

Alison levantó la mirada.

Sacudió la cabeza suavemente.

“Oh, nadie.” Sonrió tristemente, y Amelia se sintió culpable de nuevo.

Esta chica era encantadora, amable y brillante, y... bueno, tal vez un poco más animada de lo que estaba acostumbrada, pero inofensiva.

Y no estaba enamorada de Simon, ni él de *ella*. Y ahora estaba molesta.

“No me ha molestado, señorita... es decir, Ally,” le aseguró Amelia. “Yo sólo... bueno, me temo que he hecho un desastre de las cosas.”

“Supongo que eso hace que seamos dos entonces.” Alison sonrió, y Amelia sintió de inmediato afinidad con la chica.

“¿Qué hará?”

Amelia se encogió de hombros, indefensa.

“No tengo idea,” confesó miserablemente. “¿Qué hará usted?”

“Oh, superarlo, supongo.” Ally sonrió.

“Gracias por explicarme lo que pasó,” dijo Amelia suavemente.

“Es un gran placer, señorita Linchfield.”

“Por favor.” Amelia extendió una mano y apretó suavemente la de Alison. “Llámeme Amelia.”

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Él la estaba evitando.

Era la definición misma de ironía, supuso Amelia.

Después de su conversación con Alison, alguien que ahora estaba bastante segura de que se convertiría en amiga, Amelia había salido corriendo en busca de Simon.

Pero no había servido de nada.

No había estado en el estudio, ni en la biblioteca, los establos, o las ruinas.

Tuvo un pensamiento fugaz de colarse para ver si estaba en sus habitaciones privadas, pero el sentido común afortunadamente apareció, y así que se había quedado en lugares apropiados y miserable.

Ahora, mientras Amelia se preparaba para la noche, no tenía idea de qué esperar.

Acostada en una bañera de agua de lavanda, Amelia tenía mucho en qué pensar.

¿Estaría tan enojado con ella que no podría perdonarla por las palabras que le había lanzado la noche anterior?

¿No volvería a ver esa sonrisa traviesa suya, ni sentiría sus brazos a su alrededor?

Parecía la clase de castigo más cruel que pronto podría estar separada de él para siempre.

Después de todo, los Linchfield debían viajar a casa mañana.

Era tan extraño, pensó Amelia, regresar a casa tan cambiada como ahora lo estaba.

Esa noche fatídica en el estudio de Lord Bellow había cambiado el curso de su vida para siempre.

La había puesto en un camino que nunca podría haber imaginado.

La ratona de biblioteca enamorada del diablo encantador.

Hace solo unos meses, había deseado con desesperación dejar los confines de una sociedad inglesa que la veía como nada más que una flor decorativa, cuando la veían.

Ahora, sufriría gustosamente todos los eventos de la temporada si eso significaba que podía estar con Simon.

“Señorita, ¿ha terminado?”

La voz de Matilda arrastró los pensamientos de Amelia de regreso al presente.

Tomando una respiración profunda, salió de la bañera, se envolvió en los lienzos que esperaban, e intentó prepararse para cualquier eventualidad que la esperara en el baile.

Mientras Amelia se sentaba frente al tocador y le tiraban y arreglaban el cabello, se sumió en sus pensamientos.

Mientras Matilda la ayudaba a ponerse el intrincado vestido de baile, se preocupaba.

De hecho, para cuando la doncella le entregó el abanico de marfil y seda, Amelia había decidido que no iría a la velada.

“Oh, señorita, se ve tan hermosa.”

Amelia vio con algo de sorpresa que a Matilda se le habían humedecido los ojos.

Se volvió hacia el espejo y contuvo el aliento.

El vestido era magnífico. Una verdadera obra de arte.

La seda marfil, decorada intrincadamente con cientos de diminutas perlas, caía en pliegues lujosos hasta una corta cola.

Matilda había superado todas las expectativas con el peinado, los rizos adornados con diamantes y luego dejados caer sobre su hombro.

Diamantes a juego en sus orejas y cuello, guantes de satén y zapatillas a juego completaban el conjunto.

Esto era, Amelia lo sabía pragmáticamente, lo mejor que nunca iba a lucir.

“Gracias”, dijo suavemente a su doncella.

Se movió para salir de la habitación, pero en el último momento, se detuvo en la puerta. Miró a Matilda, que sonrió con suavidad.

“Tiene que hacerlo, señorita,” dijo la doncella suavemente.

Amelia asintió, fingiendo una confianza que no sentía.

Había estado haciendo un desastre de las cosas durante tanto tiempo.

Era hora de que tomara control de su vida y deshiciera el daño de los últimos días. Necesitaba ser alguien seguro y sin miedo a ir tras lo que quería. Alguien que no había arruinado su oportunidad de un final feliz. Alguien que pudiera mirar a Simon a la cara y finalmente decirle lo que había en su corazón.

***

Simon estaba impaciente mientras permanecía en la fila de recepción junto a su madre.

Marianne, que había llegado con su esposo más temprano ese día, se negaba a unirse a ellos. Estaba *en cinta* y, en la mente de Simon, usaba eso descaradamente como excusa para no tener que estar allí con ellos.

Apenas había tenido la oportunidad de hablar con su hermana. Y quería hacerlo. Quería presentarle a Amelia y que se llevaran bien, sorprendiéndose a sí mismo por lo importante que eso era para él.

Primero, sin embargo, su prioridad era estar a solas con Amelia.

“Simon, estás asustando a tus invitados”, dijo la condesa entre dientes, mientras sonreía a la multitud que llegaba.

“Sí, pero no me importa”, respondió obstinadamente.

Su madre se volvió y levantó una ceja hacia él.

“¿Recuerdas, querido, que esto fue idea tuya?”

Simon se sentía como un niño malhumorado. Lo cual, supuso, era lo que era en ese momento.

“Bueno, fue una idea estúpida, y ya no me interesa.”

La condesa sacudió la cabeza.

“Sea como sea, es demasiado tarde para detenerlo, considerando que está ocurriendo en este momento. Así que, debes comportarte como un caballero de la nobleza y cumplir con tu deber hacia tus invitados.”

Simon estaba a punto de seguir enfurruñado cuando se dio cuenta de algo.

Nunca se había comportado como un caballero de la nobleza. ¿Así que por qué empezar ahora?

“De acuerdo, me voy”, dijo en respuesta.

“¿Cómo? Simon, realmente. No puedes...–“

No escuchó el resto de la reprimenda de su madre. Simplemente se dio la vuelta y salió de la fila de recepción.

Era extraño, pensó Simon mientras se alejaba, esta nueva y tranquila paz entre su madre y él.

Normalmente, una conversación como esa habría estado llena de tensión, con un desprecio mutuo subyacente.

Sin embargo, no había sido el caso esta vez. Esta vez, su intercambio había parecido casi normal.

Simplemente otro cambio, supuso. Y si todo salía como quería, habría muchos más por venir.

Mientras caminaba por el salón de baile, adornado con cortinas de satén blanco, jarrones llenos de flores blancas y más velas de las que podía contar, Simon recorría la multitud con la mirada en busca de un atisbo de Amelia.

Se preguntaba cómo se sentiría ella hoy después de su malentendido la noche anterior.

No podía ni siquiera adivinar qué estaría pasando por su cabeza.

Esperaba que de alguna manera hubiera descubierto la verdad sobre él y la señorita Langton.

Pero si no lo había hecho, bueno, tendría que asegurarse de convencerla de la verdad.

Los vellos de la nuca se le erizaron de repente, y supo que ella estaba allí.

Simon se volvió, sus ojos buscándola, su corazón martilleando.

Y entonces la vio.

Y sus rodillas casi flaquearon.

Si viviera cien años, nunca vería nada tan hermoso como ella.

Se le secó la garganta y su corazón se retorció mientras la veía abrirse paso hasta la esquina del salón de baile.

Se dirigió a una fila de sillas, vacía de cualquier otra persona, y se sentó, su vestido de marfil flotando a su alrededor.

La observó jugar con su abanico, luego dejarlo caer y juguetear con su tarjeta de baile.

A su alrededor, había miradas apreciativas, miradas lascivas.

Hicieron que la sangre de Simon hirviera, y fulminó a más de un petimetre con una mirada feroz.

Sin embargo, a través de todo, ella permanecía ajena.

Volviendo sus ojos a Amelia, Simon no pudo contener su sonrisa

Ella se veía tan diferente a la primera noche en el baile de Lady Bellow.
Sin embargo, era la misma de siempre.
Porque allí estaba, murmurando para sí misma, tal como lo había hecho aquella primera noche.
Esa noche la había visto sentada allí, pero no tenía idea del tesoro que era cuando se alejó.
Esta noche, quería que ella supiera que nunca más quería alejarse de ella.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

"Solo respira. Solo respira. Solo respira", se repetía Amelia mientras jugueteaba con su tarjeta de baile.

Podía hacer esto.

Podía enfrentar a Simon.

Mirarlo a los ojos, sus hermosos, pecaminosos y distractores ojos...

Espera, ¿qué estaba diciendo?

Era un testimonio de sus nervios que perdiera el hilo de sus pensamientos incluso al hablar consigo misma.

Sus nervios y esos ojos.

De todos modos, lo miraría a los ojos y se disculparía por lo que había dicho anoche. Le diría que lamentaba haberlo llamado libertino depravado, aunque, hasta donde ella sabía, eso era exactamente lo que él era. O al menos lo había sido.

En cuanto a si todavía era esa persona o no, bueno, ya no sabía qué era real y qué no.

Mirando hacia arriba, sus ojos buscaron de nuevo entre la multitud, entrecerrándose ligeramente para compensar sus gafas ausentes, y de repente... esos ojos.

Su respiración se detuvo en su garganta mientras su corazón latía dolorosamente.

¿Alguna vez se acostumbraría a su atractivo? ¿A la pura masculinidad de él?

La estaba mirando, sus ojos tan intensos que ella sentía que penetraban en su alma.

Estaba tratando de decidir si él parecía enojado o no cuando Adeline se apresuró y se sentó pesadamente en la silla a su lado.

"El capitán ha dicho que iremos a España para nuestra luna de miel". Su hermana sonrió. Amelia hizo todos los gestos correctos, feliz por la felicidad de su hermana, un poco envidiosa de que ella vería partes del mundo que Amelia probablemente nunca vería, pero en su mayoría complacida de que las cosas estuvieran saliendo tan bien para Adeline. Adeline, que no se había enamorado de un complicado conde con mala reputación. Adeline, que no había hecho ni dicho nada lo suficientemente estúpido como para arruinar todo para sí misma.

Su hermana dejó de hablar y luego se apresuró de nuevo para contárselo a su madre.

Tan pronto como se fue, Amelia volvió a donde había estado Simon.

Pero él se había ido.

Su corazón se torció de decepción.

De acuerdo, ¿qué esperabas? Se preguntó a sí misma. *Discutieron anoche, y no lo viste en todo el día. Claramente ya no está interesado.*

Sus ojos se llenaron de lágrimas, que se negó a dejar caer.

Era su propia culpa, en cualquier caso.

Debería haberle dicho que lo amaba el día que lo supo.

Debería haberle dicho que ya no estaba interesada en su primo y su estúpida expedición.

Aunque la expedición no era estúpida. De hecho, todavía le fascinaba. Era solo el odioso Sr. Taft el que era la mosca en ese ungüento en particular.

Como si sus pensamientos hubieran conjurado al hombre, de repente el Sr. Taft estaba frente a ella.

"Buenas noches, Srta. Linchfield". Se inclinó y, sin invitación, tomó el asiento que Adeline acababa de dejar.

¿Cómo era posible que hubiera asistido a lo que parecían cientos de estos eventos y nunca una sola alma le había hablado, pero esta noche la silla a su lado estaba más ocupada que Piccadilly?

"Buenas noches, Sr. Taft", respondió con rigidez.

"Yo... eh... me preguntaba si podría discutir algo con usted", comenzó el historiador, luego se detuvo abruptamente. "Debo decir, Srta. Linchfield, que se ve bastante bien esta noche", dijo.

"Oh." Amelia parpadeó sorprendida. "Eh... gracias."

"Sí, de acuerdo, eso es irrelevante", dijo el Sr. Taft.

"¿Qué es irrelevante?" preguntó fríamente.

"Sí, de acuerdo..." tartamudeó un poco, y la paciencia de Amelia se agotó. "Me preguntaba si tal vez podría ver esas notas suyas que hizo sobre los asentamientos de las Islas Shetland".

Amelia lo miró sorprendida.

"¿Por qué?" preguntó después de un momento.

"Hizo algunas observaciones interesantes que creo que serían útiles en mi viaje". Sonrió beatíficamente, como si concediera un gran honor.

Antes de ayer, ella lo habría considerado un gran honor.

Ahora, solo estaba confundida.

"Las observaciones en las que no estaba interesado el otro día serían útiles en el viaje en el que no quiere que yo participe?" preguntó lentamente, pronunciando cada palabra para que él escuchara la audacia de las mismas.

"De acuerdo, sí", respondió. "Quiero decir, obviamente no podría tener a una mujer en la excavación, como dije".

Él ya sea que no escuchó o ignoró el jadeo de indignación de Amelia, siguió hablando.

"Pero eso no quiere decir que sus ideas no sean buenas. Y, de hecho, me gustaría implementar algunas de ellas."

Era obvio que no tenía ni idea de lo audaz que estaba siendo. Ella podía verlo en su expresión.

"Para ser claros", dijo de nuevo a través de dientes apretados. "Rechazó mi solicitud de unirme a usted, ¿pero quiere tomar mis ideas y usarlas para su propio beneficio?"

Finalmente, algo pareció llegar a él y suspiró, extendiendo la mano para darle una palmada en la mano de manera condescendiente.

"Srta. Linchfield, realmente no debería alterarse tanto", dijo. "Usted es una joven muy encantadora. No hay razón para que no pueda encontrar a un buen hombre con quien casarse. No necesitará preocuparse por cosas como la historia si tiene un marido que la mantenga ocupada."

Amelia no pudo hablar. Estaba completamente atónita por la altanería del hombre.

Solo pudo mirarlo, preguntándose cómo alguna vez lo había admirado.

"¿Entonces?" la presionó cuando ella siguió mirando.

Ni siquiera valía sus palabras. No sabría por dónde empezar, en cualquier caso.

Sin darle la cortesía de una despedida, Amelia se levantó y salió furiosa de la habitación.

Si Simon no estaba aquí, ella no quería estar aquí, de todas formas.

En la bendita paz del pasillo, Amelia respiró hondo para calmarse.

No estaba muy bien iluminado, pero no lo necesitaba.

Estas últimas semanas había llegado a conocer la casa como si fuera suya. De hecho, en momentos de debilidad fantasiosa, se había imaginado caminando por sus pasillos como su dueña. Acurrucada en una silla en el estudio de Simon leyendo mientras él trabajaba, solo estar cerca de él era suficiente para hacerla feliz.

Y luego, con el tiempo, criar a su familia aquí. Una camada de chicos traviesos y chicas traviesas.

Una ola de anhelo barrió a Amelia, y estaba desesperada por ver a Simon. Pero no podía hacer que él le hablara.

Deambuló por el pasillo y se detuvo frente a su estudio.

Con una pequeña sonrisa de recuerdo por cómo un estudio similar al de Simon fue lo que los había unido en primer lugar, empujó la manija y entró, cerrando la puerta suavemente detrás de ella.

Al girarse, su respiración se detuvo en su garganta.

Simon se levantó del diván y sonrió de esa manera pícara que hacía que sus dedos de los pies se encogieran.

"De acuerdo, no sería mi primera opción para un encuentro, pero supongo que a nadie le gusta beber solo."

CAPÍTULO TREINTA

Simon observó atentamente, esperando el momento en que sus palabras se asimilaran.

No podía creer que hacía solo unas semanas que se las había dicho.

Lo recordaba como si fuera ayer, su sorpresa al encontrar una flor solitaria modesta e inofensiva interrumpiendo su soledad.

Nunca en un millón de años habría pensado que esa noche sellaría su destino para siempre.

¿Cómo pudo haber pensado que ella no era emocionante? Ella era lo más emocionante que le había pasado.

Lo único que realmente le había importado.

La única persona que había amado y que jamás amaría.

Y Dios, la amaba. Incluso ahora, la distancia de unos pocos metros le parecía demasiada.

Sus pensamientos dispersos se detuvieron en seco cuando vio el momento exacto en que sus ojos pasaron de estar abiertos por la sorpresa y, ¿se atrevería a pensar que, exaltados?, a estar entrecerrados y furiosos.

“¿Cómo dice?” exigió ella con vehemencia.

Solo tomó otro momento fugaz para que ella recordara. Lo vio en el suavizamiento de sus ojos.

“Hicimos una pareja bastante extraña esa noche,” dijo ella con melancolía.

“Así fue,” él coincidió. “Aunque, no puedo decir que no disfruté de la compañía.”

Observó, fascinado, cómo un rubor se adueñaba de sus mejillas.

“No pretendía perturbar su soledad.”

“Definitivamente, esperaba que lo hiciera.”

Simón estaba impresionado consigo mismo. No solo estaba haciendo un buen trabajo manteniendo su tono suave, sin traicionar la profundidad de las emociones que acechaban bajo la superficie, sino que podía mantenerse allí sin arrojarse a sus brazos como desesperadamente quería.

Pero si iba a hacer esto, iba a hacerlo bien.

Nunca antes había puesto tanto pensamiento o esfuerzo en nada. No a menos que la incluyera a ella.

"Me alegra que esté aquí," dijo ella suavemente, con vacilación.

"¿Oh?" preguntó él. "¿Y por qué es eso?"

Ella tragó nerviosamente, luego echó los hombros hacia atrás y respiró hondo.

Él reconoció las señales de un próximo discurso o sermón y se dispuso a esperar.

"Quería disculparme," dijo ella, como si recitara un discurso que había estado practicando, sus

ojos firmemente clavados en su corbata. "No debería haber dicho las cosas que le dije anoche. Estaba enojada y molesta y, claro está, simplemente no debería haberlo dicho."

Él abrió la boca para responder, pero ella no había terminado.

"Aunque," continuó, "no dije nada que no fuera verdad. Las partes sobre la señorita Langton eran obviamente falsas, pero el resto, sus comportamientos, es decir. Creo que fui bastante precisa en mi evaluación."

Simon frunció el ceño.

Probablemente esta era la peor disculpa que había recibido.

Ella levantó la vista hacia su rostro y sus ojos se abrieron antes de bajarlos de nuevo.

"No es que todavía esté participando en esos comportamientos. A menos que lo haga. Podría hacerlo. Eso estaría bastante bien."

Él levantó una ceja, cruzando los brazos y recostándose contra el diván.

"No quiero decir que esté bien para mí, por supuesto," dijo ella. Luego frunció el ceño. "No que no esté bien para mí. O que deba tener una opinión fuerte al respecto, de una manera u otra."

Se detuvo bruscamente y soltó un suspiro.

"Lo que estoy tratando de decir," continuó, ahora en un tono más dulce. "Es que anoche estaba dolida, supongo que podría decirse. Y por eso quería lastimarlo. Pero eso estuvo mal. Y lo siento."

Él había querido hacer todo esto de una cierta manera.

Había querido hablar. Algo que ambos necesitaban desesperadamente hacer.

Pero ella se veía tan hermosa, tan vulnerable. Y esa no-disculpa había sido tan Amelia que no pudo evitarlo.

Con pasos rápidos, acortó la distancia entre ellos, luego le levantó la barbilla y tomó su boca en un beso ardiente

***

Como disculpa, Amelia sabía que la suya podría haber sido mucho mejor.

Sin embargo, el resultado final había sido más de lo que podría haber esperado.

En el segundo en que los labios de Simon tocaron los suyos, se perdió, como sabía que sucedería.

Uno pensaría que a estas alturas estaría acostumbrada al efecto que él tenía en ella, pero nunca lo estaría.

Y este beso, esto iba más allá de cualquier cosa que hubieran compartido antes. Había algo salvaje en él, una pasión que parecía apenas contenida.

Por supuesto, debería haberla asustado, pero todo lo que hizo fue hacerla desear más. Más de eso. Más de él.

Levantó los brazos para enroscarse alrededor de su cuello, presionándose más cerca de él y deleitándose con su respuesta gutural.

Sus manos se movieron a su cintura, y de repente se encontró levantada del suelo, pegada contra toda su longitud.

Sabía que él se estaba moviendo, aunque no podría haber dicho hacia dónde.

Solo cuando la colocó sobre una superficie dura y se ubicó escandalosamente entre sus piernas, se dio cuenta de que debía estar sobre su escritorio.

Él apartó sus labios de los de ella, y ella gritó ante la pérdida, tratando de atraerlo de nuevo.

Su risa fue torturante mientras presionaba su frente contra la de ella, su respiración agitada igualando la suya.

“Esa,” jadeó él, “fue la peor disculpa que he recibido.”

Bueno, eso apagó su ardor.

“La practiqué,” dijo ella, mordazmente ofendida.

Esta vez su risa fue más ligera.

“Lo siento,” dijo ella, mirándolo.

Él extendió una mano y acarició su mejilla con los nudillos.

“Si sigues mirándome así, no hablaremos nada,” advirtió él, con los ojos ardiendo de deseo.

“Hablar está sobrevalorado,” dijo ella un poco desesperadamente, ganándose otra risa.

“Estoy tratando de comportarme, Amelia. No es algo a lo que esté acostumbrado. Y usted lo está haciendo particularmente difícil.”

Sus mejillas se calentaron ante el deseo crudo en su mirada.

Amelia tuvo la impresión de que él se había estado conteniendo antes. Pero algo era diferente ahora. Y la fuerza de la pasión que vio en sus ojos, aunque excitante, era un poco aterradora, aunque no tenía dudas de que había un calor equivalente en su propia mirada.

“¿De qué quería hablar?” preguntó ella tan correctamente como pudo, con más de un metro ochenta de hombre entre sus piernas.

Él se alejó, y ella pudo respirar sin intoxicarse con el aroma de sándalo y algo más que solo era él.

“Primero, no tiene nada de qué disculparse,” dijo él. “Lo que vio en el establo. No fue lo que pensó.”

“Alison me lo dijo,” dijo ella rápidamente, queriendo volver a la muy agradable, nada adecuada, no conversación.

“Ya veo,” dijo él uniformemente. “Saltó a muchas conclusiones, ¿verdad?”

Amelia decidió que si alguna vez había un momento para ser honesta, era ahora. Debía irse mañana. Podría no volver a verlo nunca.

“Estaba celosa,” admitió con un encogimiento de hombros. “Alison es muy hermosa.”

“Como lo es usted,” interrumpió él suavemente.

Oh, Señor.

“Y es aficionado a, um, comportamientos lascivos,” continuó ella. “O al menos lo era.”

“Créame, querida. Todavía lo soy.”

Esa sonrisa podría hacer caer a un ángel en desgracia.

“Pero no con la señorita Langton,” dijo él.

El corazón de Amelia latía tan fuerte que se sorprendió de que él no pudiera oírlo.

“Agradezco su disculpa,” continuó suavemente. “Pero eso no es de lo que quería hablar.”

“Oh. De acuerdo, ¿de qué quería hablar?” preguntó ella, oyendo la falta de aliento en su tono, pero sin poder evitarlo. No cuando él la miraba así.

Su piel, su propia sangre se estaba calentando.

“Quería decirle…” Su voz era áspera, sus ojos oscuros e intensos. Se sentía como si sus propias venas se estuvieran convirtiendo en llamas.

“Me voy de Inglaterra en un viaje prolongado.”

Y así, un cubo de agua helada apagó las llamas.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Amelia sintió como si el mundo se inclinara.

¿Él se iba?

El peso de su desesperación era aplastante.

Pensar que él mantenía una relación secreta con Alison Langton no era nada comparado con el dolor de esto.

Si no hubiera estado sentada, Amelia estaba segura de que sus rodillas se habrían doblado.

“¿S...se va?” preguntó en un susurro, sin confiar en su voz.

“Sí,” dijo él con calma.

Ella solo pudo mirarlo boquiabierta, esperando que él ampliara la respuesta, pero él permaneció en silencio. Simplemente la observaba.

“¿A dónde va?” exigió.

“A cualquier lugar. A todas partes.” Él se encogió de hombros, y su corazón se retorció una vez más.

No solo porque él se iba, sino porque iba a hacer lo que ella siempre había deseado. Ver el mundo, ir donde el viento la llevara.

“Oh,” dijo patéticamente. “Entonces, solo se va. ¿Solo?”

Un destello de alguna emoción profunda apareció en sus ojos.

“No solo,” dijo él.

La ira de Amelia se encendió. Sus respuestas cortas no le daban nada más que un dolor de cabeza que coincidía con la angustia.

“Entonces, ¿con quién se va, entonces?” exigió.

Sus labios se curvaron.

“¿Está enojada?” preguntó de manera casual.

Amelia resopló.

“No, solo tengo curiosidad. Nunca mencionó un deseo de viajar. Incluso cuando dije *repetidamente* que quería viajar, nunca dijo una palabra. Y ahora se va a algún lugar, y no solo. No puedo imaginar con quién va,” continuó, entrando en su ritmo. “¿Lord Barnbury?”

“No. Nic nunca deja Londres si puede evitarlo,” dijo Simon con calma.

Hasta donde Amelia sabía, Simon no toleraba la compañía de muchas personas. Montvale y Avondale estaban demasiado enamorados de sus esposas como para dejarlas. Y si Lord Barnbury no iba, bueno, no conocía a ningún otro caballero que pudiera ser.

De repente, se sintió llena de un temor nauseabundo.

“¿Se va con...” tragó un nudo en la garganta “¿una d...dama?”

Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

Oh, Dios. Sí se iba.

“Ese es mi plan,” dijo él.

Su corazón se retorció tanto que Amelia tuvo que agarrarse al escritorio para no gritar.

¿Cómo podía haber estado ahí besándola como lo hizo, mientras planeaba irse a Dios sabe dónde con alguna buscona?

Sabía que lo llamaban diablo, pero esto estaba más allá de cualquier crueldad que hubiera pensado que él fuera capaz.

“Tenga un buen viaje, mi lord,” dijo, su visión ya nublada por las lágrimas no derramadas.

Necesitaba salir de ahí.

Amelia saltó del escritorio y corrió hacia la puerta.

“¿No tiene curiosidad por saber quién me acompaña?” preguntó él, deteniéndola a mitad de camino.

Ella se dio la vuelta, sintiendo las lágrimas amenazar, negándose a dejarlas caer.

“¿Quién?” exigió acaloradamente.

Él avanzó, deteniéndose solo a unos centímetros de ella.

“La mujer que amo,” dijo suavemente. “La mujer que irrumpió en mi mundo y lo puso completamente patas arriba.”

Amelia solo pudo mirarlo. No se atrevía a respirar. No se atrevía a tener esperanza.

“Que ha discutido conmigo en cada momento. Que me ha vuelto loco. Que me ha irritado más allá de lo creíble.

Había estado esperando ser ella, pero ahora no estaba tan segura. No estaba siendo muy elogioso.

"Suena como una molesta", olió.

"Oh, lo es," contestó. "Increíblemente. Ella es argumentativa, beligerante, una completa sabelotodo."

Le frunció el ceño.

Y luego sonrió con esa sonrisa de infarto.

"Pero también es tan hermosa que hace que mi corazón se detenga cada vez que la veo. Es cariñosa. Intimidantemente inteligente. Enérgica. Fuerte. Valiente. Ambiciosa. Todo lo que siempre quise. ¿Cómo no podría amarla más allá de las palabras?"

"Está usando muchas palabras," dijo estremecida.

Las lágrimas no se paraban, y fluían libremente ahora.

Simon se levantó y le acarició una de sus mejillas.

"No hay suficientes palabras en este idioma ni en ningún otro para describir cuánto la amo. Ella posee todo mi corazón. Toda mi alma. Y quiero que se case conmigo. quiero ser su esposo y llevarla a todos los lugares a los que siempre quiso ir."

Le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

"Quiero que estudie sus tribus y saquee ejércitos y lo que quiera. Porque nunca es más hermosa que cuando se mete las gafas en la nariz y da conferencias sobre historia. O cuando se excita por desenterrar tierra. Quiero que se meta sus gafas por la nariz cincuenta veces al día y me dé lecciones de decoro cada vez que el humor la lleve."

"Ella," dijo Amelia temblorosamente, "es un problema."

"Sí," estuvo de acuerdo. "Lo eres."

***

El corazón de Simon latía dolorosamente mientras esperaba la reacción de Amelia.

Durante todo el día, aunque había estado ansioso por llegar a ella, había estado ocupado con su mayordomo y su hombre de negocios local, haciendo arreglos apresurados y planes para sus propiedades.

Sabía que sus administradores podían arreglárselas el resto de sus vidas sin él. Nunca había estado particularmente involucrado en la gestión de sus diversos intereses antes. Pero ahora quería estarlo.

O al menos quería estarlo cuando él y Amelia regresaran de todas sus excavaciones.

Quería establecerse, cuidar de ella, cuidar de su legado. Un legado que, con suerte, pasaría a sus hijos.

Pero primero, quería asegurarse de que todo seguiría funcionando sin problemas, ya fuera en Escocia o en Escandinavia.

Dondequiera que Amelia fuera, él la seguiría.

Pero primero, necesitaba una respuesta.

"¿Me ama?" preguntó ella. No de una manera temblorosa, melancólica y desconcertante.

Más bien lo exigió, con ese pliegue en la frente.

Él extendió la mano y alisó su ceño con un dedo.

"La adoro," dijo roncamente.

Su repentina sonrisa fue como ver salir el sol.

"Yo también lo amo," dijo ella, con más lágrimas formándose en sus ojos esmeralda. "Lo amo tanto."

Ella lanzó sus brazos alrededor de él, y eso fue todo. No hubo necesidad de más palabras.

Finalmente, sin embargo, ella se apartó de él.

"No tenemos que ir a ninguna parte", dijo ahora, mirándolo con una adoración que no podía creer estampada en su rostro.

Habían terminado en la tumbona, con Amelia firmemente plantada en su regazo.

Por el resto de su vida, ella se quedaría tan cerca de él como le fuera posible.

"En verdad, ya había decidido que no quería estar en ningún otro lugar del mundo. Solo quiero estar donde usted esté."

Él pasó su pulgar por su mejilla.

"Lo estará," dijo. "Y estaré en cualquier lugar donde haya basura antigua que desenterrar".

Ella rio felizmente, con un sonido que le daba más alegría de la que habría creído posible.

“Se aburrirá,” le advirtió ella.

“¿Con usted? Nunca.” Él sonrió.

“Y, además...” Él inclinó la cabeza y comenzó a mordisquear su cuello, besando el pulso errático, deleitándose con su respiración entrecortada. “Olvida con quién ha aceptado casarse. Todavía soy el Diablo de Dashford. Solo piense en todas las cosas perversas que puedo encontrar para hacer.”

***

Fuera del estudio, el baile continuaba.

Ninguno de los invitados se sorprendió particularmente de que el Conde de Dashford se comportara tan escandalosamente como para saltarse su propia fiesta.

Y la mayoría de la gente no notó la ausencia de la señorita Linchfield.

Lo cual convenía perfectamente a ambas partes, ya que el diablo estaba ocupado mostrándole a su prometida todas las cosas perversas que podían hacer.

Fin.

EPÍLOGO

“No lo digas.”

James, Rob y Nic le sonrieron como tontos mientras él tomaba un sorbo de champán y hacía una mueca.

A Simon nunca le había gustado esa bebida, pero su madre había insistido.

El Conde de Dashford finalmente se había casado, y eso era motivo definitivo de celebración.

“¿Decir qué?” preguntó James inocentemente. Demasiado inocentemente.

Simon solo lo miró con el ceño fruncido, pero sin enfado.

La verdad era que no sabía si aún podía fruncir el ceño con intensidad.

Tenía demasiado por lo que estar feliz.

Recorriendo con la mirada el salón de baile lleno de gente, vio a Amelia, y la familiar mezcla de deseo y ternura lo invadió.

“Eres un caso perdido, amigo mío,” se rio Robert. “Y pensar que juraste por el mismo Lucifer que nunca sucumbirías. Que nunca serías un cachorrito enamorado. ¿No fueron esas tus palabras?”

Simon sabía que merecía sus burlas. Al fin y al cabo, tenían razón.

Los había ridiculizado sin piedad cuando se enamoraron de sus esposas.

Ahora, él se había unido feliz y entusiastamente a sus filas.

“¿Qué puedo decir?” se encogió de hombros. “Ella saca el cachorro en mí.”

Aceptó con tranquilidad los gemidos y las protestas risueñas que siguieron.

Cuando se calmaron, se volvió hacia Nic.

“El último hombre en pie.” Sonrió.

“Sí, y tengo la intención de mantenerme así,” dijo su amigo con serenidad.

“Todo lo que se necesita es la mujer adecuada, amigo mío.”

Los ojos de Nic se oscurecieron por un momento antes de que sonriera de esa manera apacible que tenía.

“En mi caso, se necesitaría un milagro,” se rio. “De todos modos, la ciudad está vacía ahora, ya que toda la sociedad se trasladó a Liverpool para ver casarse al notorio Diablo. Así que no quedará nadie, de cualquier manera.”

“No estés tan seguro. Pronto tendrás la compañía de Abby y mía. Abigail quiere que Alison se acostumbre a Londres antes del inicio de la próxima temporada. Pensamos que podríamos quedarnos un tiempo.”

Su amigo imperturbable pareció visiblemente desconcertado por un momento antes de que una

máscara de calma estoica cayera sobre sus rasgos.

“Bueno, estaré ocupado, pero estoy seguro de que nuestros caminos se cruzarán en algún momento,” dijo abruptamente. “Si me disculpas, Simon, me retiro ahora.”

Los tres amigos compartieron una mirada de consternación mientras Nicholas se despedía de Amelia y luego salía de la habitación.

“Extraño,” dijo Robert en voz baja.

“Muy,” coincidió James.

Simon no dijo nada, pues toda su atención estaba en su nueva esposa, que se había deslizado hasta su lado.

“¿Te has cansado de tantas felicitaciones, querida?” Simon le rodeó la cintura con una mano, atrayéndola escandalosamente cerca.

“Me he cansado de todos.” Ella frunció el ceño.

Todavía era una persona reservada en el fondo.

“No de todos, espero.” Él inclinó la cabeza para susurrarle al oído, deleitándose con su escalofrío.

“No, no de todos.” Sonrió. Luego apareció esa arruga en su frente. “Siguen felicitándome por exorcizar al Diablo.” Puso los ojos en blanco.

“¿Es eso malo?” preguntó él.

Sus mejillas se sonrojaron, y su cuerpo respondió de inmediato.

Era hora de irse. Al diablo la fiesta.

De todos modos, se iban a Escocia mañana, y de allí a Noruega.

La sociedad superaría su comportamiento para cuando regresaran a suelo inglés.

“Nunca quise cambiarte,” respondió ella suavemente. “Te amaba tal como eras.”

Simon sonrió y, sin siquiera despedirse de sus amigos, sacó a Amelia del salón de baile y hacia el pasillo vacío más allá.

“No te preocupes, querida. Todavía soy un diablo en el fondo.” Sonrió.

Y luego se dispuso a mostrarle cuán diabólico podía ser.

Fin.